

LOS BIENES DE ESTE MUNDO

IRENE
NEMIROVSKY



 **ANAGRAMA**

Publicada por entregas en el semanario Gringoire entre abril y junio de 1941 bajo el epígrafe «Obra inédita de una mujer joven» para eludir la prohibición de trabajar que el gobierno de Vichy imponía a los judíos, esta novela se editaría en 1947, cinco años después del asesinato de su autora en Auschwitz.

La profunda discordancia entre la indiferente placidez de la vida burguesa y el dramático devenir de los acontecimientos —que sería el leitmotiv de su siguiente y última obra, la excepcional Suite francesa—, es el hilo conductor del que Némirovsky se sirve para narrar las vicisitudes de una familia burguesa del norte de Francia sobre el trasfondo de un período especialmente convulso de la historia europea que culmina con el desmoronamiento del orden social que siguió a la ocupación alemana.

Hijo de los propietarios de una importante fábrica de papel desde hace generaciones, el joven Pierre Hardelot contraviene los deseos de sus padres renunciando a su compromiso de boda con Simone, la rica heredera que han escogido para él. Para mayor escarnio, Pierre se ha enamorado de Agnès, que no tiene dote y pertenece a una familia de la pequeña burguesía de reciente arraigo en el pueblo.

Así, por medio de la rebelde actitud de Pierre y la decadencia de los Hardelot, Némirovsky ha escrito una persuasiva historia de amor, dulce y amarga por igual, en la que acompaña a los personajes con una mirada inclemente, aunque siempre teñida de afecto y comprensión.

IRENE NEMIROVSKY

Los bienes de este mundo

Salamandra

Sinopsis

Publicada por entregas en el semanario Gringoire entre abril y junio de 1941 bajo el epígrafe «Obra inédita de una mujer joven» para eludir la prohibición de trabajar que el gobierno de Vichy imponía a los judíos, esta novela se editaría en 1947, cinco años después del asesinato de su autora en Auschwitz.

La profunda discordancia entre la indiferente placidez de la vida burguesa y el dramático devenir de los acontecimientos —que sería el leitmotiv de su siguiente y última obra, la excepcional Suite francesa—, es el hilo conductor del que Némirovsky se sirve para narrar las vicisitudes de una familia burguesa del norte de Francia sobre el trasfondo de un período especialmente convulso de la historia europea que culmina con el desmoronamiento del orden social que siguió a la ocupación alemana.

Hijo de los propietarios de una importante fábrica de papel desde hace generaciones, el joven Pierre Hardelot contraviene los deseos de sus padres renunciando a su compromiso de boda con Simone, la rica heredera que han escogido para él. Para mayor escarnio, Pierre se ha enamorado de Agnès, que no tiene dote y pertenece a una familia de la pequeña burguesía de reciente arraigo en el pueblo.

Así, por medio de la rebelde actitud de Pierre y la decadencia de los Hardelot, Némirovsky ha escrito una persuasiva historia de amor, dulce y amarga por igual, en la que acompaña a los personajes con una mirada inclemente, aunque siempre teñida de afecto y comprensión.

Autor: Némirovsky, Irene

©1947, Salamandra

ISBN: 9788498385755

Generado con: QualityEbook v0.75

Los bienes de este mundo

Irène Némirovsky

ESTABAN juntos; eran felices. Siempre vigilante, la familia se deslizaba entre ellos y los separaba con implacable suavidad, pero a los dos jóvenes les bastaba con saber que estaban cerca el uno del otro; lo demás se desvanecía. Era un anochecer de otoño, a orillas del Canal, a principios de siglo. Pierre, Agnès, sus respectivos padres y la prometida de Pierre se disponían a presenciar los últimos fuegos artificiales de la temporada. Apenas iluminados por las estrellas, los habitantes de Wimereux-Plage formaban grupos oscuros sobre la fina arena de las dunas. La humedad marina flotaba en el aire y una paz absoluta reinaba sobre ellos, el mar y el mundo.

Ambas familias, pertenecientes a la pequeña y a la mediana burguesía, no se frecuentaban. Mantenían su sitio y las distancias con cortesía, firmeza y dignidad. Rodeadas por sendas murallas de palas y sillas plegables, respetaban escrupulosamente las parcelas ajenas y defendían la propia con educación aunque sin titubeos, como la espada de buen temple, que se dobla pero no se rompe. «No toques eso, que no es tuyo —murmuraban las madres—. Perdona, señora, pero ese sitio es de mi hijo y éste mío. Guarda tus juguetes o te los quitarán.»

Durante todo el día había amenazado tormenta, aunque no acababa de estallar. Agnès pensó que sería estupendo mojarse los pies en el mar; pero la gente sólo se bañaba con el sol de mediodía, rodeada de una multitud, lo que en cierta forma preservaba el pudor de una muchacha. Oía suspirar a Pierre, que se quejaba del calor: llevaba una chaqueta oscura y cuello duro. Agnès lo reconocía por esa mancha blanca, que destacaba ligeramente en la oscuridad. Estaba tumbado en la pendiente de la duna y agitaba los brazos con impaciencia.

—Por amor de Dios, Pierrot, estate quieto —lo reprendió su madre, como si tuviera doce años, cuando ya había cumplido los veinticuatro; la afectuosa y autoritaria voz seguía ejerciendo poder sobre él, y Pierre obedecía.

Simone, su novia, estaba sentada entre Agnès y él. Pierre tenía la cabeza vuelta para no ver los extremos de su cinturón de tela claro y sus rollizos y blancuzcos brazos. Aquella chica, pensaba, parecía hecha de leche, de mantequilla, de nata. Era curioso: antes solía mirar con agrado la lozana y suave carne de Simone, su grueso y blando talle, su cabello rojizo, pero desde hacía un tiempo le revolvía el estómago, como una comida demasiado pastosa, demasiado dulce. No obstante, estaban prometidos. Al cabo de una semana, sus respectivas familias se reunirían para la gran cena del compromiso oficial. Agnès y Pierre no se hacían ilusiones. Por no hacerse, ni siquiera se habían hecho promesas. Era inútil. Los padres de Pierre eran dueños de la Papelera Hardelot de Saint-Elme; los de Agnès, cerveceros. Una unión entre ellos sólo le habría parecido posible a un extraño, a alguien de fuera. La gente de Saint-Elme no se engañaba; captaba lo que separaba ambas posiciones sociales con una perspicacia y una finura infalibles. Aquellos cerveceros eran de extracción modesta y además procedían de Flandes, ni siquiera eran de la región. Los Hardelot eran de Saint-Elme. Y aún había otros obstáculos. Pierre debería estar desesperado, pero era feliz. Agnès estaba allí. Estaban juntos.

Los fuegos artificiales no empezaban y los hombres se permitían cierto abandono: estiraban las piernas, se apoyaban en un codo.

—Pero nadie se revuelca como tú. Eso no se hace —le susurró la señora Hardelot a su hijo.

Las mujeres estaban sentadas en la arena como en sillas de un salón, con el busto erguido y la falda cubriéndoles los tobillos. Cuando, agitadas por el viento, las reseca briznas de hierba les rozaban

las pantorrillas, juntaban castamente las piernas. Llevaban largos vestidos negros y cuellos de lencería almidonados y armados con ballenas, que les apretaban y les hacían volver la cabeza a derecha e izquierda con bruscas sacudidas, como gallinas que picotearan una lombriz. De vez en cuando, la luz del faro descubría sobre sus sombreros todo un arriate de flores de gasa y terciopelo que temblaban sobre sus tallos de alambre. Aquí y allá se veía una gaviota de puntiagudo pico disecada en lo alto de un canotier, como dictaba la última moda, la sensación de la temporada, aunque había quien lo encontraba un poco atrevido. Aquel pájaro con las alas extendidas y los redondos ojillos de cristal resultaba un tanto aparatoso, pensaba la madre de Pierre mirando a la madre de Agnès y comparando el sombrero de su vecina, adornado con plumas grises, con el suyo, salpicado de margaritas. Pero la madre de Agnès era parisina. Había matices que no percibía ni comprendía.

No obstante, parecía deseosa de agradar. Decía: «Sí, opino lo mismo», «Yo también lo creo». Sin embargo, su humildad tampoco inspiraba confianza. Se sabía que antes de casarse Gabrielle Florent había tenido que trabajar para vivir. Ella misma admitía que había dado lecciones de canto. Tal vez. Pero una profesora de canto bien podía haberse codeado con actrices. Pese a todo, en Saint-Elme la recibían en todas las casas, porque de su conducta actual nada podía reprochársele. La recibían, aunque sin bajar la guardia.

Para Agnès, para su porvenir, habría sido mejor una acusación concreta acerca del pasado de su madre que aquellas vagas sospechas, aquellos cuchicheos a su paso, aquellos meneos de cabeza, aquellos murmullos. «¿Tienen familia en París? Me parece que en su juventud madame Florent no era nada fina. Su hija no encontrará marido fácilmente. Yo no la veo casada. ¿Y usted?» El señor Florent había muerto hacía tres años, y sorprendía que la viuda se hubiera quedado en Saint-Elme. «No debe de tener más familia», comentaba la gente de Saint-Elme con malevolencia, pues la carencia de parentela abundante se les antojaba sospechosa. «Ella cuenta que perdió a todos los suyos»; pero ésa no era una excusa: una buena familia burguesa debía ser lo bastante grande y resistente como para hacer frente a la muerte.

—¡Los fuegos artificiales, van a empezar los fuegos artificiales! —anunciaron unas voces infantiles.

Detrás de una duna había surgido una estrella de oro que ya desaparecía entre las olas. La gente se levantó, curiosa y regocijada. Los habitantes de Wimereux-Plage no andaban sobrados de diversiones: en la sala del casino se jugaba a la ruleta de caballitos y a veces visitaba la población alguna compañía de teatro parisina. Los fuegos artificiales no costaban mucho. El mundo aún se regía por los sanos principios del ahorro.

—Ponte aquí, Agnès... —propuso Pierre—. Aquí, delante de mí, lo verás mejor...

Pero cuando ella quiso acercarse, encontró a Pierre flanqueado por su madre y su novia. El chico le dio la mano para ayudarla a subir la pendiente de la duna.

—Colócate detrás de Agnès, Charles —se apresuró a decirle la señora Hardelot a su marido—. ¡Eres tan alto! No la dejas ver, ¿verdad, pequeña?

Así que Pierre, rodeado por tres lados, estaba protegido como una fortaleza.

—Hace demasiado calor —dijo, apartando a ambas mujeres con cierta brusquedad—. Prefiero tumbarme en la arena.

Sin atreverse a moverse y con la cabeza baja, Agnès se esforzaba por no llorar.

Pese a ser vecinos, los Hardelot y los Florent apenas se veían durante el invierno. La gente de Saint-Elme tenía auténtico talento para ignorar lo que no quería saber, como si pudiera volverse ciega y sorda a voluntad. ¡Con qué delicadeza apartaban de su camino lo que les desagradaba! Dos

familias podían vivir puerta con puerta durante veinte años sin intercambiar una mirada. Sin embargo allí, en Wimereux, era distinto. En su juventud, el padre de Agnès y Charles Hardelot habían comprado sendas parcelas frente al mar y sus villas eran contiguas. Era una casualidad, y el buen emplazamiento primaba sobre cualquier otra consideración. Negarse el saludo no habría sido de recibo. Además, en verano no tenía importancia, pensaban los Hardelot. Era como si sus costumbres, sus prejuicios, sus prevenciones fueran producto de su entorno, del ambiente. Lejos de casa se volvían más tolerantes, como los insectos que sólo clavan el aguijón cerca del nido.

«Y nos separaremos para siempre... —pensaba Agnès—. Él se casará y yo... Pero al menos, ¿me quiere? Nunca me lo ha dicho... Como sabe que no podemos casarnos, piensa que no sería honesto —razonó—. Si me quisiera, lo seguiría al fin del mundo.»

—Mira qué bonito —dijo la señora Florent inclinándose hacia su hija.

—¡Oh, sí, precioso! —respondió Agnès con voz temblorosa, incapaz de ver nada.

Un haz de estrellas se elevó hacia el firmamento y luego descendió, iluminando a la muchedumbre, con un largo silbido semejante al de un chorro de vapor. Todos los rostros estaban alzados: el de Pierre, delgado y moreno, con una amplia frente y una boca pequeña bajo el ralo bigote castaño; el de la señora Hardelot, redondo, suave y pálido; el de Simone, con su papada; el de Agnès, que seguía mecánicamente el movimiento de los demás, fresco y fino, con su tez de rubia y sus cabellos negros.

El cielo se llenaba de llamas, cornucopias, resplandecientes ruedas... Luego todo se apagó y la noche pareció más oscura. El aire olía a humo. Una sola estrellita verde, perdida, como huérfana, permaneció un segundo en el cielo y a continuación se precipitó hacia las dunas a gran velocidad. La muchedumbre soltó un «¡Oh!» de decepción, pero al ver que hacia el este se encendían nuevas figuras (un gallo, una fuente, primero blanca, después salpicada de oro y por último tricolor), manifestaron su alegría dejando escapar un «¡Aaah!» de satisfacción, mientras el llanto de un niño se elevaba en la oscuridad.

La fuente se desvaneció y se secó. Los últimos cohetes se hundieron en el mar. Los fuegos artificiales habían terminado. Los Florent y los Hardelot se dispusieron a regresar a casa. Abrió la marcha Charles Hardelot. Sus anteojos relucían a la luz del faro. Llevaba los zapatos y los calcetines en la mano y el pantalón remangado hasta las rodillas; era difícil caminar por las dunas de otro modo: aquellas colinas, aquellos valles de arena que se deshacían y volvían a formarse sin cesar, se deslizaban en forma de finos chorros blancos que crujían en el interior de los botines y las medias. Las señoras, que lo sabían mejor que nadie, avanzaban penosamente haciendo muecas y apoyándose unas en otras; por supuesto, la idea de descalzarse no les habría parecido menos disparatada que quitarse el corsé. Las jóvenes caminaban en silencio junto a sus madres. Pierre no los acompañaba.

—Ha dicho que quería pasar por el casino antes de regresar a casa —explicó su madre con desaprobación; y, volviéndose hacia su marido, le susurró muy bajo—: No te duermas hasta que llegue, para enterarnos de la hora.

—¿Sabes qué te digo? —respondió él en el mismo tono—. Estaré más tranquilo cuando volvamos a Saint-Elme y se case. Temo la vida disipada de los balnearios —añadió.

Tras sacudirse la arena de las musculosas y nudosas pantorrillas y los largos y frágiles tobillos, se calzó de nuevo sin dejar de negar con la cabeza con cara de preocupación.

En el paseo, algunas farolas encendidas iluminaban las villas, construidas entre las dunas y el pinar. Se llamaban «El Descanso», «El Placer», «El Chalet Suizo», «Las Olas»... Todas eran parecidas, con altos tejados puntiagudos, balcones de madera calada y ventanas estrechas adornadas con guijarros y conchas. Las de los Hardelot y los Florent eran las últimas del dique. Después el paseo se transformaba en una pista arenosa. La escalinata de la entrada y los senderos de los

modestos jardines también estaban cubiertos de arena. Wimereux se preparaba para el descanso nocturno. De trecho en trecho se veía una luz traspasar los postigos y luego apagarse. Todos se parapetaban contra el viento nocturno y el fragor marino. No se oían cantos ni gritos: los moradores de Wimereux eran «gente bien». Se decía que más abajo, en la costa, habían construido un hotel de lujo, frecuentado por hombres que vestían esmoquin para cenar y mujeres que montaban a caballo diariamente. Allí se bailaba y se jugaba hasta el amanecer. Pero esos forasteros no eran objeto de envidia. Aquello ocurría muy lejos, se diría que en otro planeta, y no merecía consideración ni despertaba interés alguno. En los umbrales de las puertas, las familias intercambiaban largas y ceremoniosas buenas noches. Tiraban de la mano de los adormilados niños y subían en fila india los ligeros peldaños de madera clara, que olían a resina y miel.

Simone subió a su habitación, situada entre la del abuelo y la del matrimonio Hardelot. Pierre se acostó en otra planta, lo más lejos posible de su novia, para que el hecho de que un chico y una chica jóvenes durmieran bajo el mismo techo no despertara la menor sospecha. Atrancaron las puertas, cerraron las ventanas con pestillo y miraron debajo de las camas. En su apacible universo, no veían más que peligros, toda suerte de amenazas.

En su casa, Agnès levantó un extremo de la cortina esperando ver llegar a Pierre por el paseo, pero procurando que no la descubrieran. Qué escándalo si se hubiera sabido que no estaba durmiendo, sino esperando... ¿a quién? ¡Al novio de otra! Pierre no aparecía. Una densa y grata neblina ascendía del mar. Estaban a comienzos de septiembre. El otoño se empezaba a notar. El aire iba perdiendo su tibieza y se volvía fresco y húmedo. Agnès seguía a la espera. Eran casi las doce. Las farolas fueron apagándose una tras otra. A medianoche, Wimereux ya dormía. Oh, por fin, por fin oyó el chirrido de la puertecita de madera, empujada por Pierre. Había vuelto. No con ella, sino con Simone, pero había vuelto. Por unos instantes, siguió ante la ventana quitándose lentamente las horquillas que sujetaban su largo cabello. La playa y el mar permanecían ocultos tras la bruma. Sólo se oía el leve murmullo de las olas, como un suspiro humano.

LA señora Hardelot y la señora Florent se disponían a bañarse. Habían alquilado una cabina a medias. Un caballo arrastraba hasta la orilla la descolorida *roulotte* donde ambas se cambiaban, púdicamente ocultas detrás de dos cortinas improvisadas con toallas. El animal avanzaba lentamente. El sol inundaba la cabina. Habían atravesado la zona de las dunas, los cardos y los pequeños claveles silvestres y estaban acercándose a la orilla. Por el tragaluz, la señora Hardelot saludó a su marido, que estaba pescando camarones: con el viejo sombrero de fieltro empapado de agua y, a la cintura, un cestito de mimbre con las palabras «Wimereux-Plage» bordadas en rojo, sujetaba con una mano la red y con la otra los anteojos, que no paraban de caérsele. Su mujer lamentaba por él que se acabaran las vacaciones, pues disfrutaba como un niño con aquellos inocentes pasatiempos, pero ella estaba impaciente por volver a Saint-Elme y sus rutinas. Gruesa, fofa y de movimientos lentos, de pie con su corsé rosa, pensaba distraída que el agua estaría fría y que, al meterse, la señora Florent soltaría unos grititos ridículos. Y pensaba en Pierre, en la cena del compromiso, en la pobre Agnès, tan visiblemente enamorada de él, en el anillo de pedida (¡qué caro era todo!), en la dote de Simone, en el amor, en el matrimonio, en la vida... De vez en cuando, al tiempo que iba quitándose las medias de algodón negro enrollándolas, dejaba escapar un débil suspiro.

La señora Florent se desnudaba echando ojeadas al espejo de la pared: se las había arreglado para que el único que había en la cabina quedara en su lado. Estaba melancólica. Los planes de boda entre Pierre y Simone tenían alteradas a ambas madres: una paladeaba la dulce satisfacción de ver entrar en su familia la cuantiosa dote de la joven huérfana, mientras que la otra se sentía frustrada. Y no es que la señora Florent albergara la menor esperanza para Agnès: los Hardelot habían dado a entender con suficiente claridad que una unión entre Agnès y Pierre les parecía impensable. Pero era humillante ver que otras se casaban y su hija no, humillante e injusto. «Desde luego —pensaba—, como partido, Agnès no puede compararse a Simone; pero ¿y la cara, la figura, el cabello? En definitiva, mi cara, mi figura y mi pelo cuando era joven. Eso también cuenta, digo yo. Esa Simone parece una vaca...»

—Su futura nuera tiene un carácter encantador, tan tranquilo, casi plácido... —dijo en voz alta, por asociación de ideas—. ¡Qué cualidad tan maravillosa en una mujer! Yo, que padezco de los nervios, la admiro, pues es un atributo que no poseo. Y ese buen color, ese cabello tan bonito...

—Sí, es una buena chica —respondió la señora Hardelot, adoptando instintivamente un tono modesto y orgulloso de propietaria.

Pero no podía elogiar a Simone sin reservas: no convenía mostrarse bobamente satisfecha de haber concertado aquella boda. Simone estaba bien, sin duda; pero ¿y su hijo?

—La encuentro un poco reconcentrada —matizó tras un breve silencio—. Y no sé si su carácter es como usted cree... Puede llegar a mostrarse muy testaruda —añadió bajando la voz, pese a que sólo el cielo y las olas podrían haberlas oído—. No siempre es fácil de manejar.

—Le ha faltado la influencia apaciguadora de una madre —aseguró la señora Florent con sentimiento—. Perdió a la suya muy joven, ¿verdad?

—Sí, muy, muy joven —confirmó con viveza la otra, que, barruntando un comentario desagradable, hubiera querido explayarse, como se dice en el teatro.

Pero la señora Florent no dejó pasar la ocasión:

—Sí, es curioso que muriera tan joven... Sin embargo, Simone parece gozar de una salud excelente.

—Su madre murió de pena al enviudar —replicó la señora Hardelot con sequedad—. En cuanto al padre, perdió la vida en un accidente de automóvil —añadió en tono triunfal.

La señora Florent guardó silencio. En realidad, Simone tenía un aspecto tan lozano que no podía dudarse de su salud.

—Simone se parece una barbaridad a una amiga mía que se casó muy joven —acabó diciendo—. La pobre... no pudo tener hijos. A veces, a las chicas rollizas y sonrosadas les sucede, ¿lo sabía?

—¿Pedimos que paren el caballo? —le preguntó la señora Hardelot, observando con preocupación el avance de las olas, pues llegaban al primer peldaño de la escalerilla—. ¿Está preparada?

—Sí, ya voy.

Salieron. Llevaban trajes de baño de lana negra compuestos de túnicas estrechadas en la cintura y pantalones bombachos. El viento marino hizo volar las túnicas e hinchó los gorros de hule como globos. El de la señora Hardelot era de color verde ácido; el de la señora Florent, naranja.

Antes de meterse en el agua, las dos vacilaron. La señora Florent la tocó con la punta del pie.

—¡Qué fría está! —exclamó.

Se quedaron en la puerta de la cabina. De vez en cuando, se agachaban y una y otra sumergían las manos, adornadas con sendas alianzas de oro.

—¡Cuántas preocupaciones, cuántos problemas para usted este invierno, mi querida señora Hardelot! ¡Una boda en la familia! Pero también ¡cuántas alegrías!

Llevándose una mano a la frente para protegerse del sol, la señora Hardelot sonrió. El descontento de la señora Florent le permitía, por contraste, calibrar al fin su propia dicha. Así, cómodamente sentada al aire fresco, al sol, sin corsé, con los brazos y las piernas libres y relajados, saboreaba una profunda paz; se sentía colmada, feliz. Tenía un marido al que quería y el mejor de los hijos. La papelera iba viento en popa. Su suegra había muerto. Pierre hacía una boda excelente. En su corazón, dio gracias a la Divina Providencia, que había cubierto de rosas su camino y le había infundido fuerzas para soportar cristianamente las espinas: el carácter de su suegro, la mala conducta de Joséphine, la nueva criada... Se sentía propensa a la caridad. Miró a la señora Florent con comprensión. Pobre mujer, viuda, sola en el mundo...

—Pero ¿y usted? ¿A qué espera?

—¿A qué se refiere?

—Pues... a que la siguiente debería ser Agnès.

Las dos se miraron. Los ojos de la señora Florent preguntaban: «¿Habla usted por hablar o tiene a alguien en mente?» Y la sonrisa de la señora Hardelot respondía: «¿Por qué no hacer feliz al prójimo si su felicidad no perturbará la mía?» Movió la barbilla varias veces con benevolencia.

—Había pensado...

En ese instante, una ola más grande que las demás rompió ruidosamente contra la base de la *roulotte* y salpicó la escalerilla. Entre chillidos, risas y saltitos, las dos mujeres bajaron pesadamente al agua.

—¡Ay, ay, qué fría está! ¡Me he mojado hasta la espalda!

—¡Métase! ¡Métase del todo!

—¡Usted primero!

—No, deme ejemplo.

Pero, a pesar de las bromas, ninguna perdía el hilo de sus pensamientos.

«¿En quién habrá pensado? —se preguntaba la señora Florent, echándose agua por la espalda y temblando a la vez de miedo y placer ante su fresco y vivo contacto—. ¿En quién?», pues conocía a todos los jóvenes casaderos de Saint-Elme.

Entretanto, la señora Hardelot se agachaba entre las olas y volvía a levantarse delicadamente, agitando los brazos e imaginándose que nadaba. La corriente las acercaba entre sí y luego las separaba con brusquedad.

—¿Es alguien a quien conozco?! —chilló al fin la señora Florent, muerta de impaciencia.

La otra asintió sonriendo.

—¿Alguien de buena familia?

—Por Dios, mi querida señora Florent, ¿se lo propondría de no ser así...? —respondió la señora Hardelot, interrumpiéndose para escupir el agua salada que le había entrado en la boca.

—¿Adecuado en cuanto a su edad, su situación y su fortuna?

—Hay una ligera diferencia de edad...

—¿Ah, sí?

—Cuarentón.

—No sé si Agnès...

—Hacerla entrar en razón es cosa suya. Es el hijo de Lumbres.

—¿De Lumbres?! —exclamó la señora Florent, decepcionada—. Pero ¿son comerciantes!

Los Lumbres tenían una relojería en Saint-Omer.

—Comerciantes que se sacrificaron para dar estudios a su hijo. Ahora es médico y le va muy bien.

—La señora Hardelot hizo una pausa y, por encima de una ola, añadió—: En París...

«¡Ah, era eso! —pensó la otra, sonriendo disimuladamente—. Agnès casada en París, lejos de la joven pareja... Sería lo ideal para los Hardelot. ¿Y por qué no, Dios mío? ¿Por qué no?», se dijo, imaginándose instalada en París. Su hija podría alojarla...

—¿Cuarenta, dice usted?

—¡Oh, pero no los aparenta!

—¿Con buena salud?

—¿Conoce al viejo Lumbres? Tiene la edad de mi suegro. Es fuerte como un roble.

—Habrà que pensarlo, habrá que pensarlo... —murmuró la señora Florent, abismada en sus cavilaciones.

Una nubecilla tapó el sol. A las mujeres les entró frío.

—¿Subimos? Ha sido un baño delicioso.

—Muy tonificante —convino la señora Hardelot; le castañeteaban los dientes.

Salieron del agua. El bañador de lana negra estaba pensado para disimular las formas naturales de la mujer. Ambas parecían vestidas con sacos, pero el viento hinchaba el tejido húmedo y creaba extrañas y monstruosas protuberancias en el pecho y el trasero. Empezaron a desnudarse. Ya no hablaban. El caballo comenzó a arrastrar la cabina a paso lento. Sin haberlo comentado, las dos sabían que la presentación se produciría durante la cena del compromiso entre Pierre y Simone. Las presentaciones de ese tipo tenían como escenario habitual la boda o el anuncio del noviazgo de otros. En aquella tranquila provincia, donde no se estilaban los bailes, esas solemnidades eran una especie de ferias a la que cada cual llevaba lo que quería vender.

«Yo no me casé así», pensaba la señora Florent.

Era cierto que había tenido que dar clases para vivir. Tras la muerte y la ruina de los suyos, se había quedado huérfana muy joven. Era profesora de canto y soñaba con pisar los escenarios, hasta el día en que conoció a Florent en casa de unos alumnos... Satisfecha, se dijo que ella no había perdido el tiempo, que había sabido maniobrar con habilidad y había conquistado y llevado al altar a Florent en un visto y no visto. En su momento, esa boda le había parecido muy afortunada y ventajosa. Ahora pensaba: «¡Bah! Con mi figura y mi pelo...» Pero ahora no se trataba de ella.

Reprimió un leve suspiro.

La cabina salió del agua y retomó el camino habitual a lo largo de la pista de arena, salpicada de claveles silvestres. En lo alto de la duna, Charles Hardelot agitaba orgulloso el cesto lleno de camarones. Avanzó al encuentro de la *roulotte* y ayudó a bajar a las señoras. Llevaban largas faldas blancas de piqué, sombreros de paja y gruesos velos para protegerse del sol. Abrieron las sombrillas. Simone y Agnès estaban sentadas en la playa con la labor en las manos; tumbado a cierta distancia, Pierre leía un libro. Serenas, condescendientes, llenas de calma y sabiduría, tan seguras de sí mismas como las diosas que tienen en sus manos el destino de los hombres, las dos madres avanzaron hacia los jóvenes vacilando ligeramente en la arena sobre sus altos tacones puntiagudos.

LA cena del compromiso empezó temprano, un sereno atardecer de septiembre. Desde su asiento, Agnès distinguía el jardín, de proporciones modestas pero elegantes, bien perfilado, visible aún en el crepúsculo. El aroma de las últimas rosas de la temporada penetraba por las ventanas. En la mesa, sobre el mantel bordado, había una cesta de rosas blancas rodeada por la sólida y reluciente cristalería de Baccarat y la vajilla de las grandes ocasiones, de una porcelana tan delicada como una cáscara de huevo. Toda la buena sociedad de Saint-Elme había sido invitada. La larga mesa, montada en forma de herradura, ocupaba casi toda la planta baja: el salón, el comedor y parte del vestíbulo, enlosado en blanco y negro. Los novios se hallaban en el centro, Pierre con traje negro y Simone con un vestido rosa caramelo. Sus dos familias (los Hardelot al completo, incluidos los Hardelot-Arques y los Hardelot-Demestre, y los Renaudin, únicos parientes de Simone) los rodeaban como una guardia de honor o una sólida muralla de carne rolliza y sana, buena sangre y ahorros invertidos en bonos del Estado, y dedicados a proteger eternamente a la juventud de las asechanzas del destino y de sus propias pasiones. Altos, gruesos, fuertes y rubicundos, se parecían unos a otros, pues se habían unido en matrimonio durante generaciones. Incluso el doctor Lumbres, con su enorme frente, su ancha boca y su pelo rojizo, parecía de la misma raza. Burgueses y campesinos procedían de un mismo tronco: habían salido de Saint-Elme, de aquel viejo terruño regado durante siglos con su sudor y su sangre. Tenían manos de labrador y pies enormes, como hechos para apisonar y nivelar el suelo. A su lado, Pierre casi parecía enclenque. No era su cuerpo el que había heredado su vigor, que en cambio se manifestaba en sus gestos, bruscos y vehementes, en su penetrante mirada, en sus templados nervios. Agnès recordaba sus juegos infantiles: Pierre, ágil y risueño, ganaba a todos corriendo y nadando. Nunca había sido guapo, pero su destreza, la elasticidad de sus miembros, la rapidez de sus movimientos, el brillo de sus ojos, su aspecto saludable, su buen humor, su gracia... No había nadie en el mundo como él, pensó Agnès. Sin embargo, al recordar de pronto que estaba prometido, verlo al lado de Simone y al divisar no muy lejos de ella al hombre que le estaba destinado, se acusó de deseos culpables, de pensamientos inconfesables. «Me casaré con el doctor Lumbres y me iré lejos de aquí —se dijo—. No volveré a verlo. Es lo mejor. Lo más sensato. Lo olvidaré.»

La cena, larga y abundante, había sido encargada en la ciudad más cercana, aunque en casa de los Hardelot siempre se comía bien. Pero era la costumbre. En una comida de celebración había que servir inexcusablemente salmón frío, y no bastaba con que fuera bueno; tenía que estar decorado de una forma imposible de ejecutar en casa: las hojas de estragón, las colas de bogavante, las medias lunas de trufa, las barquillas con salsa rosa y champiñones formaban arabescos tan complicados como los de un encaje. Y lo mismo ocurría con el asado y la volatería, los postres y los helados. Los camareros, con bigote y chaqueta blanca, contratados para toda la jornada, servían los selectos vinos y presentaban los platos y las salsas. Desde sus asientos, Pierre y Simone podían admirar la magnífica perspectiva de la mesa adornada, el salón, con los muebles liberados de sus fundas, y, más allá, la única calle de Saint-Elme, que conocían palmo a palmo. En aquella calle, los Hardelot eran señores, verdaderos reyes. En un extremo se alzaba la fábrica papelera, al otro la casa del viejo Hardelot, y entre ambas se alineaban las viviendas de Charles Hardelot, de los Hardelot-Arques y los Hardelot-Demestre, todas similares: postigos cerrados a cal y canto, salvo los días en que se recibía, un jardincillo en la parte posterior, una marquesina de cristal con lámpara eléctrica, un

cenador y un huerto. El viejo Hardelot era el único que se había permitido un estanque con dos cisnes. En otros sitios, en las inmediaciones de aquella calle, vivían familias sin parentesco con los Hardelot, pero a nadie le importaban; su existencia, apenas perceptible, pasaba inadvertida, del mismo modo que los caballos y las vacas pueden pasarse la vida juntos en el mismo prado sin que parezcan verse.

Entretanto había ido anocheciendo; ya no se divisaban los senderos del jardín ni la pequeña calle gris. Las lámparas sobre la mesa iluminaban todos aquellos apacibles rostros congestionados por el calor y la comida. El viejo Julien Hardelot, con su bigote cano, el pelo cortado al cepillo y las fuertes y atezadas manos tranquilamente posadas a ambos lados del plato, estaba sentado frente a los novios, sin quitarles la vista de encima. Aquel hijo de campesinos ya no ambicionaba nada. Era rico y respetado, y para él ambos privilegios formaban uno solo: el respeto ajeno y el dinero no valían nada el uno sin el otro, ni valía más uno que otro. Si hubiese sido honrado pero pobre, o rico pero despreciable, habría considerado su vida un fracaso. Pero sabía el montante de su fortuna y que su conciencia estaba limpia. Así que su alma rebosaba paz y seguridad. Estaba seguro de sí mismo y de su mundo: su casa era sólida, bien construida, bien asentada sobre sus cimientos; su fábrica prosperaba; su familia le obedecía; su dinero estaba invertido en obligaciones del Estado. Su universo era pequeño; nunca había salido de Francia y había cruzado los límites de su región en contadas ocasiones, pero conocía aquel pequeño rincón del mundo como la palma de su mano. Sabía lo que pensaban y lo que hacían los campesinos, los obreros y sus hijos. Sabía lo que harían y lo que pensarían mañana. En él y en torno a él, todo era tranquilo e indestructible. Podía calcular cuánto dinero tendría al mes siguiente, al año siguiente, y cuál sería el volumen de negocio de la fábrica al cabo de diez, veinte años, en 1920, en 1930. Para entonces, él ya estaría bajo tierra, pero allí todo seguiría igual. Por los siglos de los siglos, los Hardelot continuarían proveyendo a los comercios del Paso de Calais y del Norte sus fiables, sus inigualables papeles blancos extrafinos para libros de registro —en todo tipo de pautados— y para impresión, símil japonés, bristol blanco y de colores; comprarían tierras, casarían a sus hijos, ahorrarían y morirían en sus camas. De forma que eran inmunes a las preocupaciones y las dudas.

En ese momento hubo un brindis a la salud de los novios. Charles Hardelot, que había extraviado los anteojos, palpaba nerviosamente las copas, que sus ojos miopes no conseguían distinguir, en busca de la copa de cristal con borde dorado. Cuando al fin la encontró y bebió un trago de champán, se sintió súbitamente alegre, presa de una alegría inocente y dulce. La señora Hardelot alzó su copa curvando un poco el meñique. «Tiene refinamientos de provincia y dice “asiéntese” en vez de “siéntese”», pensó la señora Florent con amargura. El viejo Hardelot bebió a toda prisa, con indiferencia: sólo le gustaba la cerveza. A continuación, los prometidos deberían haber bebido a su vez, sonreído y dado las gracias con una inclinación de cabeza; el galanteo prescribía que ella se sonrojara y él la mirara alelada y respetuosamente. Pero Pierre, con la cara tensa y la boca crispada, no veía nada. Simone le dio un suave golpecito por debajo de la mesa.

—¿No bebes, Pierre?

Él cogió la copa, la rozó con los labios y volvió a dejarla con tanta brusquedad que la rompió. Simone soltó un grito.

—Mira que eres torpe, hijo mío —le dijo la señora Hardelot, irritada.

—Romper cristal blanco trae buena suerte —declaró la señora Florent con su voz aflautada.

Se levantaron de la mesa. Charles Hardelot fue detrás de su mujer, pisándole los pliegues de la larga falda sin darse cuenta y diciéndole con ternura:

—Esto me recuerda nuestro compromiso, Marthe... Nosotros hemos sido muy felices. Ojalá nuestro

hijo también lo sea.

—Pues claro, pues claro, ¿por qué no iba a serlo? —respondió ella encogiéndose de hombros.

Los invitados bajaron al jardín. Era un anochecer de otoño, apacible y todavía cálido. Habían dejado que los novios tomaran la delantera. Pierre y Simone no se hablaban. Al cabo de unos minutos, ella volvió dentro y él se quedó solo. Reinaba la oscuridad. Pierre se dirigió al cenador sabiendo que allí encontraría a Agnès. Nunca se habían dado cita; no hacía falta, pues el instinto los empujaba el uno hacia el otro. Aunque varias veces habían logrado estar solos, a espaldas de sus padres, sólo habían intercambiado unas palabras triviales, temerosos de sí mismos. Esa noche, cuando Pierre llegó junto a ella, ambos estaban demasiado emocionados, demasiado angustiados como para mentirse. Agnès sollozaba. Pierre le cogió la mano.

—¿Vas a casarte con el doctor Lumbres? —le preguntó, porque esa idea lo había torturado toda la tarde, despertando en él unos celos que nunca había sentido, tan seguro estaba de ella.

—Es mi deber. Tú te casas con Simone —le recordó Agnès bajando el tono—. Son dos bodas parecidas.

En ese instante oyeron la voz de la señora Hardelot, que llamaba a su hijo desde lo alto de la escalinata:

—¿Dónde estás, Pierre? ¡Entra enseguida, cariño, tu prometida te busca!

Él hizo un gesto de irritación.

—¡Me tienen harto! No me conocen en absoluto. Tengo la cabeza bien puesta sobre los hombros, y sé cómo comportarme. ¡Quédate, Agnès! No tengas miedo.

Sin embargo, ella temblaba y trató de alejarse.

—¡No quiero que me vean contigo! —dijo—. ¡No quiero que me encuentren aquí!

—Pero ¡tenemos que hablar! ¿Puedo ir a tu casa?

Agnès negó con la cabeza.

—¿Es por tu madre?

—No es eso —repuso ella en voz muy baja—. Pero sabes perfectamente que con la criadas, los vecinos, la gente que pasa... Mañana lo sabría todo Saint-Elme.

—Entonces, ¿dónde podemos vernos? No me creo que no se te ocurra nada. Las chicas sois muy astutas —dijo Pierre en el tono vivo y burlón que solía emplear para provocarla cuando eran niños.

Al recordarlo, Agnès sintió que el corazón se le derretía. Sí, en su pecho algo se volvía blando y pesado como un melocotón maduro. Era tan dulce, tan nuevo, que se quedó inmóvil, sobrecogida.

—Haré lo que me pidas —dijo a continuación con una voz sorprendentemente alta y clara.

—Mañana. En el bosque del Coudre. Un poco tarde. ¿Podrás ir?

—Sí, pero ahora vete.

—Pero ¿irás? ¿Irás? ¿Cómo te las arreglarás?

—No lo sé. Diré que quiero ver a mi vieja niñera, que vive cerca de allí. Mamá me acompañará y luego volverá a recogerme, pero entretanto... No sé, ya veré. Ahora vete. Te prometo que iré. Pero ¿para qué? ¿De qué servirá? No cambiará nada. Yo me casaré con el doctor Lumbres y tú...

—¡Ah, somos unos niños! —exclamó Pierre, colérico—. Hemos dejado que nos trataran y manejaran como a niños. Y ahora es demasiado tarde, ¡lo sé tan bien como tú! Sería un escándalo espantoso. Y nuestros padres nunca... ¡Si sólo fueran ellos! Pero el abuelo jamás... Puede que hicieras mejor no acudiendo mañana, Agnès. Tal vez lo mejor fuera despedirnos de una vez por todas, aquí, esta noche.

—No —murmuró ella, echándose a llorar.

—Nos diremos adiós mañana, ¿de acuerdo? —propuso Pierre con voz cada vez más débil—.

Mañana...

En la oscuridad, la atrajo hacia sí, pero no se atrevió a besarla. Se quedaron abrazados unos instantes, con el corazón palpitante. Luego se separaron en silencio.

UN mes más tarde, un domingo, después de vísperas, la señora Florent llamaba a la puerta de los Hardelot. Había pensado detenidamente hasta el último detalle de su atuendo, sencillo sin excesiva modestia, severo sin austeridad. Llevaba un abrigo color óxido con trencillas negras y un sombrero cloché adornado con uvas de jade, en una mano el paraguas y en la otra el bolso. Era un desapacible día de otoño. Hacía cuarenta y ocho horas que llovía sin parar; al final de la calle, el estanque de los patos rebosaba. Atrincherado tras las ventanas cerradas, amodorrado por la ociosidad dominical, Saint-Elme seguía digiriendo el almuerzo mientras contemplaba la lluvia con ojos somnolientos. La señora Florent sabía que todo el mundo la observaba, pero no le importaba. «Hemos llegado a un punto en que ya no hay nada que ocultar —pensaba, aferrando el paraguas contra el viento—. Al revés: un susto puede servir para romper el compromiso de Pierre. En fin, ya veremos. Yo estoy cumpliendo con mi deber de madre», se dijo.

Entró en casa de los Hardelot y pidió ver a la señora.

—A la señora o al señor; si puede ser, a ambos. Es por un asunto urgente —le explicó a la criada.

Le abrieron la puerta del triste y frío salón, con los muebles cubiertos con fundas. Una planta del dinero adornaba la chimenea y sobre el piano había un ramo de rosas artificiales. «¡Oh, jamás me acostumbraré a vivir en provincias!», pensó la señora Florent esbozando una sonrisa desdeñosa.

Oyó las fuertes pisadas de la señora Hardelot. Avanzó dos pasos. La puerta se abrió. Las dos mujeres se estrecharon la mano murmurando un frío saludo.

—Tome asiento —dijo la anfitriona, indicándole un incómodo sillón cubierto de dril—. Le ha dicho a la criada que se trataba de un asunto urgente. Reconozco que me he asustado. Mi marido viene enseguida. ¿Debe estar presente él también...?

—Sí, sería conveniente —repuso la señora Florent, que había perdido parte de su aplomo y temblaba ligeramente—. El asunto que me trae aquí es delicado y penoso, pero ante todo soy madre. Dos madres pueden entenderse y... En pocas palabras, esto es lo que ocurre: el doctor Lumbres, que, como usted seguramente sabe, pretendía a mi hija...

—Claro que lo sé, puesto que fui yo quien los presentó.

—Sí, en efecto, lo conocimos en su casa. Parecía haber quedado muy impresionado por el aspecto y la personalidad de Agnès. En pocas palabras, me pidió su mano. El compromiso iba a hacerse oficial. Pues bien, lo ha roto.

—¿Que lo ha roto? ¿Y por qué motivo?

—Porque, al parecer, ha descubierto que mi hija y... su hijo... Sí, que el señor Pierre y Agnès se han citado en varias ocasiones en el bosque del Coudre.

—Eso es imposible —aseguró la señora Hardelot con tono inexpresivo—. Pierre está comprometido.

—Lo sé, y eso es lo grave del asunto. Como comprenderá, han sido las malas lenguas las que han informado al doctor Lumbres. Mi hija está deshonrada. No tiene padre. Mi deber era venir a preguntarles qué van a hacer, qué conducta piensa adoptar el señor Pierre respecto a mi hija. ¡Porque, caramba, no se trata de una criadita! —exclamó de pronto, pues había ido enfadándose y acalorándose poco a poco—. ¡Es una joven de buena familia!

—Mire, señora, una joven de buena familia no acepta citas —replicó la anfitriona con acritud.

—Efectivamente, sólo un gran amor, un impulso muy sincero o una promesa pueden haber llevado a

mi hija...

—¿Una promesa? ¡Es imposible! ¡Sabe tan bien como yo que Pierre está comprometido!

—No sería el primero que...

—En nuestra familia, esas cosas no pasan —afirmó la señora Hardelot con orgullo—. Pierre no ha hecho ninguna promesa, estoy segura. ¡Lo habrá enredado su hija!

—¿Qué está diciendo, señora?

Muy tiesas, ambas se lanzaron fulminantes miradas de odio. La señora Hardelot fue la primera que consiguió serenarse.

—Esto es muy grave. Es cosa de hombres. ¡Charles! ¡Charles! —Abrió la puerta y llamó a la criada—: ¡Joséphine, querida, por favor avisa al señor!

En silencio, las dos mujeres esperaron al varón, al juez. Cuando Hardelot apareció al fin, su mujer le comunicó con voz entrecortada:

—Charles, la señora Florent asegura, sostiene... que Pierre le hizo promesas a su hija en el bosque del Coudre.

—¿Qué clase de promesas? —preguntó él en tono severo.

—Pues... de matrimonio, ¿de qué van a ser?

Los tres se quedaron callados.

—Qué desastre... —murmuró finalmente Charles Hardelot.

Con la cara contra el pañuelo, su mujer lloraba en silencio.

—Conozco a Pierre. Si se entera de que Agnès anda en boca de la gente, de que su compromiso se ha roto, querrá casarse con ella. Siempre la ha querido. ¡Yo lo sabía perfectamente! Pero, en tal caso, ¿por qué no ha vigilado mejor a su hija? ¡Qué escándalo! La fecha de la boda está fijada. Las tarjetas de invitación, encargadas... ¡Debe casarse con Simone!

—Pero entonces, ¡mi hija, mi hija...!

—¡Su hija me trae sin cuidado! —le espetó la señora Hardelot olvidando los modales—. ¡Que hubiera sabido comportarse!

—¡Marthe! —intervino Charles—. ¡Se lo suplico, señoras, no digan cosas de las que después podrían arrepentirse! Todos queremos a nuestros hijos y deseamos su felicidad. Reflexionemos. Hablemos menos, pero con sentido común.

—Les advierto que Simone acabará enterándose del comportamiento de su prometido —dijo la señora Florent—. Saben tan bien como yo que en un lugar como Saint-Elme una cosa así no puede ocultarse. ¿Y qué dirá? Se dará cuenta de que sólo se casa con ella por su dinero. Por lo general, esas cosas se sobrentienden, pero las chicas jóvenes no ven la vida como nosotros. Usted misma me dijo que no siempre era de trato fácil. ¡Qué futuro le reserva usted a Pierre! —Y tras una breve pausa, con voz suave añadió—: Desde luego, Agnès no posee la fortuna de Simone, pero tampoco carece de medios. Su pobre padre le dejó una dote en valores muy seguros, fondos rusos.

Charles, que se había quitado los anteojos, los limpió, volvió a colocárselos sobre la nariz y a continuación se los quitó de nuevo.

—Mire, señora, voy a serle sincero, y estoy seguro de que mi mujer piensa como yo. Si sólo se tratara de nosotros... Queremos mucho a nuestro hijo... pero el asunto va más allá. La boda fue concertada por mi padre. Usted lo conoce. Sabe que nunca quiso asignarme una fortuna personal, que ni siquiera soy su socio, sino una especie de encargado al que no paga. Me pasa una pensión, como hará con Pierre, siempre y cuando se case como a él le conviene. ¿Qué quiere que le diga? Es viejo y es... en fin, un tirano. Nunca me he opuesto a su voluntad. Siempre he considerado que la familia es una institución que hay que aceptar en su totalidad, como un político llamado Clemenceau dijo de la

Revolución francesa. Pierre hará lo mismo que yo. Además, tiene veinticuatro años. Su futuro está asegurado en la fábrica, pero fuera de aquí únicamente quedan la aventura y sus incertidumbres, porque su abuelo no lo mantendrá a su lado después de un escándalo como el que usted plantea. De todas formas, puede que estén ustedes preocupándose y en definitiva sólo se trate de habladurías, de calumnias...

—Tal vez —admitió su mujer—. Pero me da igual, Charles, voy a llamar a Pierre. ¿Qué te parece?

—Cuidado, es una cuestión delicada.

—¡Quiero aclarar las cosas! ¿Están acusándolo? ¡Pues que se defienda! ¡Es lo mínimo!

—Procura que las criadas no sospechen, Marthe. Joséphine ya me ha mirado de un modo extraño.

—¿Tú crees? —murmuró su esposa, consternada—. Mañana la despediré. Para empezar, creo que esa chica se ve con el cochero de papá.

—Es terrible. Si papá se enterara...

—Hay personas —declaró la señora Hardelot lanzando una mirada colérica a su visita— a quienes les trae sin cuidado provocar una catástrofe.

—¿Lo dice por mí? ¿Por mí? Cuando el futuro de mi hija está...

De pronto, calló: Pierre acababa de entrar.

—Se los oye desde mi cuarto. Al menos he oído mi nombre y el de Agnès. ¿Qué ocurre? —preguntó el joven.

Procurando mantener la calma, saludó a la señora Florent.

—¡Esta mujer sostiene que arrastraste a su hija al bosque del Coudre! —exclamó su madre—. Y yo digo...

—Es cierto, ¿no? —preguntó la señora Florent en voz baja.

—Nos encontramos dos veces, siempre en presencia de la antigua niñera de Agnès. Y nos despedimos. Ambos estábamos comprometidos con otras personas. Yo había dado mi palabra, y aceptamos separarnos. Es usted misma quien vuelve a reunirnos, porque si por mi culpa le ocurre algo malo...

—¡Está perdida! —clamó la señora Florent alzando en el aire el bolso y el paraguas, que hasta ese momento había mantenido apretados contra el pecho.

Era el mismo gran gesto desesperado de Tosca cuando, en el último acto, se arroja sobre el cadáver de su amante. Emergía del fondo de su memoria, de la época en que acariciaba la esperanza de subir a un escenario, cuando por las noches entonaba arias famosas ante el espejo de su armario.

—¡Su reputación se halla en entredicho! El doctor Lumbres... La carta que me envió... ¡Si el padre de mi pobre hija viviera, abofetearía a ese señor, que se permite escribirme en semejante tono! De todas formas, ¿qué podía esperarse del hijo de un relojero? Pero usted, Pierre, mi pequeño Pierre, permítame que lo llame así, usted, a quien recibía en mi casa de niño...

—No le haga caso, es una intrigante —le susurró la señora Hardelot a su hijo.

—Señora, tengo el honor de pedirle la mano de su hija —dijo Pierre a toda prisa, y miró a sus padres, pálido y desafiante.

La respuesta fue un doble grito. Mientras la señora Florent asentía con la cabeza y empezaba a sollozar, Charles y Marthe Hardelot gemían:

—¿Te has vuelto loco? ¿Te das cuenta de lo que haces? No puede decirse que hayas abusado de la inocencia de... Habéis sido imprudentes, pero de eso a... ¡Pierre, tu abuelo te echará! ¡No tendrás ni dinero ni empleo! ¡Sabes que no podremos interceder por ti! ¿Y Simone? ¿Has pensado en ella?

—No. En absoluto.

—¿Y en nosotros? ¿Acaso piensas en nosotros? ¿En el disgusto que nos das?

Sus padres multiplicaban a su alrededor las exclamaciones y los vanos ruegos, y él, como corresponde a un hijo respetuoso, los consolaba y tranquilizaba...

Pero ambos se percataron de que se había acabado, de que ya no les pertenecía. Con el corazón desgarrado, la señora Hardelot pensó confusamente: «¡Haberlo querido tanto, haberlo cuidado tanto, haberlo protegido de todo, para que me lo arrebaten en un segundo! No podrá quedarse en Saint-Elme, su abuelo no lo consentirá. Lo he perdido. Con Simone, Pierre habría vivido aquí y yo lo habría visto a diario. Ahora...» Ni siquiera oía la discusión que mantenían su marido y su hijo. Sabía que todo era inútil, que no podrían retenerlo. Su abuelo tampoco conseguiría nada. ¡Ah!, ¿por qué no era dócil y apocado como Charles? Pero, pese a todo, admiraba a su hijo. «Al menos, él es un hombre», se dijo. Y eso, esa admiración por el carácter de Pierre, fue lo que acabó infundiendo un poco de dulzura a su alma. Siguió llorando, pero ya sin amargura, con resignado dolor.

Más tarde, una vez a solas, Charles y Marthe se miraron entristecidos.

—Tú nunca habrías actuado así —aseguró la señora Hardelot.

Charles suspiró, sin saber (porque tampoco lo sabía su propia esposa) si esas palabras eran un elogio o un reproche.

—¿Crees que serán felices? —preguntó ella tras un breve silencio.

Charles manifestó su ignorancia con un gesto grandilocuente.

—¡Oh, querida! —exclamó al fin y, con un movimiento suave y un tanto vacilante, le acarició la sien y le alisó el cabello encanecido—. Todo esto me supera... No, no sólo la desobediencia de estos chicos y los disgustos que preveo (porque, naturalmente, mi padre me culpará de todo; pero, en fin, ya estoy acostumbrado). Eso es lo de menos. Y sí —añadió al ver el gesto de sorpresa de su mujer—, si se hubiera casado con Simone, nada habría cambiado. Te cases así o de otro modo, el final siempre es... esta larga vida... En cuanto a la felicidad de estos chicos, me encomiendo a la Providencia, pero sé bien lo que la Providencia, en su divina sabiduría, entiende por felicidad. Preocupaciones, angustias, dificultades... los bienes de este mundo, Marthe... Nosotros hemos sido felices, pero recuerdo los primeros años, y la primera noche, cómo llorabas...

—Qué tonto eres... —murmuró ella afectuosamente, con los ojos humedecidos.

—El carácter de mi padre y tus discusiones con mi pobre madre, y el nacimiento de Pierre. Y tu enfermedad, hace dos años, cuando hubo que operarte... Y ahora, la vejez que se acerca, y la boda de nuestro hijo... —Charles hablaba en voz muy baja, como cuando en sueños se murmuran frases entrecortadas—. Creo que todo eso estaba escrito el día que pedí tu mano. ¿Qué les espera a ellos? Por favor, pide que me traigan una manzanilla bien caliente, Marthe. No sé qué me ocurre. Todo lo que he comido se me ha quedado aquí —dijo, llevándose la mano a un punto indeterminado entre el estómago y el corazón—. Todo eso, ¿sabes?, todo eso...

Calló. La señora Hardelot se enjugó las lágrimas y fue por una taza de manzanilla a la cocina. No comprendía los sentimientos de su marido; estaba irritada y desesperada. No lograba ver más allá de la escena con su suegro al día siguiente y la boda de Pierre, que tendrían que celebrar en la intimidad si Julien Hardelot se negaba a asistir. Lo demás eran ocurrencias típicamente masculinas.

LOS recién casados, sus padres y los testigos, un pequeño cortejo que se sentía desdichado y perdido bajo la lluvia en aquella calle de París, salieron de la iglesia. La obstinación de Julien Hardelot, que se negaba a ver a su nieto, y el empecinamiento de Pierre, que quería casarse en cuanto fuera legalmente posible sin atender los consejos maternos («Da tiempo al tiempo», «Todo se arreglará», «Con paciencia se gana el cielo», etcétera), habían estado a punto de enloquecer a los Hardelot. A ojos de Marthe, aquella boda en París era una desgracia, un escándalo. Pero ¿qué otra cosa podían hacer? No se sentía con ánimos para enfrentarse a Saint-Elme, para recibir los parabienes de sus amigas. Y la presencia allí de Simone lo complicaba todo aún más. Así que le habían adjudicado a Agnès una abuela imaginaria muy anciana que vivía en París y no podía desplazarse, lo que obligaba a celebrar la boda en la capital. Los recién casados pasarían tres meses en su casa, habían explicado los Hardelot. «Después, ya veremos», pensaba Marthe, que todavía confiaba en que se arreglaran las cosas y su suegro entrara en razón. Saint-Elme sabía que los Hardelot mentían y los Hardelot no ignoraban que Saint-Elme estaba al corriente del asunto, pero todos mantenían las apariencias.

Era un día de noviembre. El cielo lloraba mansamente, el viento jugaba con el velo de la novia y los coches de punto aplastaban las últimas hojas secas. No habría banquete ni almuerzo nupcial, pensaban las dos madres con profunda y dolorosa congoja. Ambas estaban convencidas de que en aquella boda el sacrificado era su propio hijo; les parecía que nunca se había celebrado un matrimonio bajo tan malos auspicios. Incluso la señora Florent se sentía amargamente decepcionada. Hasta el último minuto había esperado el desenlace clásico propio de las novelas y el teatro: el abuelo se dejaba ablandar, abría los brazos a su nieto y le asignaba una espléndida dote. Pero el odioso viejo no cedía. «Habrá que ser paciente hasta el primer nieto», pensaba la señora Florent, con su energía y su optimismo característicos. De momento, la fortuna de la joven pareja se limitaba a la modesta dote de Agnès y los ahorros del matrimonio Hardelot, que le habían ofrecido a su hijo. En cuanto a Pierre, había renunciado a sus legítimas ambiciones, a sus esperanzas. La idea de verlo arrojado fuera de la fábrica y de Saint-Elme, y sobre todo la idea de que podía ser feliz lejos de ella, desesperaba a su madre.

¿Feliz? ¿Era feliz la joven pareja en esos momentos? Habían almorzado en el pequeño apartamento alquilado por la señora Florent, se habían cambiado y habían ofrecido la mejilla a los besos de sus familiares, oyendo aquellas voces conocidas, tan dulces pese al poquito de vinagre que vertía en ellas la edad madura (como la leche se agría con el tiempo): «Ojalá no tengas que arrepentirte nunca», «Jamás olvides todo lo que ha sacrificado por ti». Ahora estaban solos.

Pasarían la noche de bodas en un hotel. Estaban avergonzados de sí mismos, del destello de sus flamantes alianzas, de su aspecto de recién casados. Pierre no podía evitar acordarse de la casa de campo de su abuelo, en las inmediaciones de Saint-Elme, donde sus padres habían pasado la luna de miel y donde también él podría haber llevado a su mujer si todo hubiera discurrido conforme a las reglas, si todo hubiera sido distinto... Aquella habitación le desagradaba. Habían elegido el hotel al azar; estaba en la avenida de la Ópera y era antiguo y lujoso. Acostumbrados al silencio de Saint-Elme, el estruendo de los coches, las voces en los pasillos y los sonidos de la calle les crispaban los nervios. Las emociones del día, el cansancio y la novedad del decorado inhibían su deseo.

Nunca se habían sentido menos atraídos el uno por el otro. Por supuesto, no se arrepentían, pero

Pierre pensaba: «Con Simone todo habría sido más fácil.» Y Agnès se decía: «No lo reconozco. Con qué seriedad me mira... Parece un extraño.» Tenía frío. Aquellas camas de cobre, los sanitarios de mármol negro del aseo, la aparatosa consola... todo hacía que se sintiera helada. Las persianas estaban cerradas, pero las intensas y extrañas luces de París penetraban en la estancia. De pronto, un profundo y sordo temblor hizo vibrar las paredes.

—¿Qué es eso? —preguntó Agnès, asustada.

—Nada. El metro —murmuró Pierre.

Se quedaron callados. Él no se atrevía a abrazarla, a tocarla. Hasta entonces, habían considerado el día de su boda, aquella primera noche, la culminación de su amor, el colofón de todo. «Pero no es más que el comienzo», pensaban con una mezcla de estupor y consternación.

Al cabo de un rato, Pierre trató de hablar, de bromear con su mujer. Su mujer... a quien apenas reconocía con aquel vestido que nunca le había visto y el peinado nuevo. Sin embargo, de pronto, todo cambió. Agnès se había sentado delante del espejo y estaba quitándose las horquillas. Pierre se armó de valor y, murmurando repetidamente su nombre, posó los labios en su pelo y la besó. La deseaba. Ella esperaba, dócil, trémula, insegura.

Cuando Pierre se despertó había anochecido. Se levantó de la cama, encendió la luz y se inclinó sobre Agnès, que dormía. Cuando antes él se le había acercado, ella se había puesto el brazo sobre los ojos y ahora, dormida, seguía en esa postura infantil. Pierre la contempló con una felicidad tan profunda, tan dulce que, en el silencio, se sorprendió exclamando:

—¡Qué bien, Dios mío, qué bien va todo!

Y tímidamente deslizó la mano por su hombro desnudo y su delgado brazo. Más que una caricia, era el tierno esfuerzo por conservar un recuerdo de ella tal como era esa noche. Podría olvidarse de su voz, que cambiaría con la edad, igual que su cuerpo o sus facciones; pero pensaba que la palma de su mano guardaría impresa la leve huella de su silueta, aquella muñeca un poco frágil todavía, la suave y delicada curva de aquel brazo, aquel pecho que el sueño alzaba y bajaba. Sorprendido de su propia emoción, sonrió. Era de temperamento pasional; había tenido aventuras. Lo que lo hacía sentirse tan estrechamente unido a ella no era el placer que le había procurado. Era otra cosa, algo que empezaba a nacer en algún lugar más sutil que la carne, más ardiente que el alma. «En la sangre —se dijo—, eso nace en la sangre.» Sentía que la suya corría más deprisa. Jamás había sido tan feliz. Ante un movimiento suyo, Agnès abrió los ojos. Pierre alzó sus dedos extendidos como pantalla entre ella y la luz, y le indicó por señas que volviera a dormirse, que le obedeciera, que no temiera nada en la oscuridad de aquella habitación desconocida, que él estaba allí. Luego se acurrucó a su lado y se durmieron.

—¿DÓNDE se habrán metido, Charles? No vienen. ¿Qué hora es? —preguntó por enésima vez la señora Hardelot, temblorosa.

Estaba delante de su casa, en la calle, con la cabeza descubierta. Mostrarse así, sin sombrero ni abrigo, a las siete de la tarde y a la vista de todos, era de lo más inconveniente; pero desde hacía cuarenta y ocho horas el mundo entero parecía tambalearse y desmoronarse, como un decorado teatral. Hasta Saint-Elme estaba conmocionado. Eran los últimos días de julio de 1914. Nadie quería pensar en la guerra, pero se percibía el ardor de su aliento. Pierre Hardelot regresaba de España con su mujer y su hijo para incorporarse a su regimiento. Tras casarse, a instancias de la sociedad que lo había contratado, había hecho prácticas como ingeniero, primero en Budapest y luego en Madrid. Sus padres no lo veían desde hacía dos años y medio. No conocían a su nieto, nacido en España.

«¡Volver a verlo, por fin! —pensaba la señora Hardelot, desesperada—. ¡Volver a verlo y perderlo enseguida! Pero no es posible que haya estallado la guerra... Es imposible que suceda algo así —se decía, igual que millones de personas esa noche. Por más que supieran que todos los siglos y todos los países habían tenido su cupo de guerras y desgracias, les parecía que aquella época y aquella tierra estaban eximidas por un decreto especial de la Divina Providencia—. Por supuesto, Alsacia y Lorena... Por supuesto, el káiser, y el zar, y Serbia... —enumeraba la señora Hardelot—. Todo eso existe, claro. Pero enfrente, Dios mío, está Pierre, por Dios, Pierre, mi niño. No es posible. Es una pesadilla.»

—¿Por qué no habremos ido a buscarlos a la estación?! —exclamó en tono de reproche, volviéndose hacia su marido.

—Sabes perfectamente que mi padre se habría enterado, Marthe...

—¿Y? —replicó ella con viveza—. ¿Es que pretende impedirme ver a mi hijo, mi propio hijo, al que envían a la muerte?

—No te exaltes tanto, Marthe. Movilización no significa guerra. Además, estoy convencido de que una guerra mundial apenas supondría derramamiento de sangre. ¿No comprendes que, de lo contrario, si cada una de las potencias lanzara todas sus fuerzas al combate, con el espeluznante progreso de la industria de guerra...? ¿Qué estaba diciendo? Ah sí, pues que sería una carnicería tan espantosa que la civilización desaparecería. Y, como puedes imaginar, ningún Estado querrá responder ante la posteridad de semejante crimen. No, todo quedará reducido a algunas maniobras de intimidación, seguro. Dentro unos días, las cancillerías tendrán la palabra y los cañones enmudecerán.

—¿Por qué no me has dejado ir a la estación? —insistió su mujer sin escucharlo.

—Compréndelo, no podemos tomar partido por nuestro hijo y en contra de mi padre abiertamente, a la vista de todo Saint-Elme. Y del mismo modo, a la gente le parecerá natural que tu nuera y tu nieto vengan a visitarte, pero en cambio estaría fuera de lugar que se alojaran en casa. Mi padre lo expresó en términos taxativos y ante una nutrida reunión, durante la comida del cumpleaños de la prima Adèle. Estaba todo Saint-Elme... Cuando le preguntaron por Pierre, declaró: «Me desobedeció. Ya no lo conozco.» ¿Qué podemos hacer, Marthe? Es el amo. Se hospedarán en casa de Gabrielle Florent. Pero podrás ver a tu hijo todo lo que quieras, y las apariencias quedarán a salvo. La vida en sociedad está hecha de matices.

—¡De mandangas! ¡Además, se va mañana!

—¡Me desesperas, querida! No te ofendas, pero a veces te expresas como una anarquista.

—¡Oh, déjame en paz! —exclamó ella, y, apoyando los brazos contra la puerta, se echó a llorar.

¡Llorar en la calle! ¿Cómo podía dejarse llevar de ese modo? Ni por un momento pensó en los vecinos o los curiosos. Por desgracia, esa noche en cada casa lloraba una mujer, a la que ya no le importaba lo que ocurriera fuera de sus cuatro paredes. La señora Hardelot seguía inmóvil en el umbral, sollozando convulsivamente contra su pañuelo. Entretanto, un coche fue acercándose... En él viajaban Pierre, Agnès, el niño, las maletas. La voz de Pierre, cariñosa y burlona, llegó a los oídos de su madre:

—Pero, mamá, ¿estás llorando? Supongo que de alegría... ¿Te alegras de vernos?

Su madre le lanzó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza.

—¿Cuándo te vas? ¿Te vas enseguida?

—Pues claro que no —respondió Pierre, tratándola como a una niña.

Pero ella sabía que mentía: le había bastado un vistazo al pálido y triste rostro de Agnès para darse cuenta. Le devolvían a su hijo por unas horas, quizá por una noche. Aterrada, con los labios fríos, besó a su nuera y a su nieto.

—Mira qué niño tan guapo, mamá —le dijo Charles.

Pero la señora Hardelot no quería mirarlo, no quería consolarse. En esos momentos, en su corazón sólo existía su hijo. Era como si cada sonrisa que dirigiera a los demás se la robara a él.

—Vamos, entrad —murmuró maquinalmente—. La cena se enfría. Habéis llegado muy tarde. He mandado preparar unas sopas de leche para el niño.

—Ya ha comido, señora Hardelot —dijo Agnès—. Sólo queríamos que lo conociera; mañana se lo traeremos con más tiempo. Tiene la cama preparada en casa de mamá. La criada vendrá a buscarlo enseguida para acostarlo. Está cansado.

—Bueno, de acuerdo —respondió la señora Hardelot con un gesto con el que parecía decir que ya había apurado el cáliz de la amargura.

—Volveremos mañana. Volveremos tantas veces como quiera —le aseguró Agnès con dulzura.

—¿Tú también, Pierre? No nos guardas rencor por lo de tu abuelo, ¿verdad, hijo? Ya sabes que...

—Claro, mamá, lo sé.

—Comerás con nosotros mañana, ¿verdad? No quiero quitarle a Agnès a su madre el primer día, pero tú... —dijo, aferrándose a una última esperanza—. Vendrás, ¿verdad, cariño? ¿Mañana?

La mujer captó la mirada que intercambiaron Agnès y Pierre.

—No puedo, mamá. Me marcho.

—Pero ¿cuándo? ¿Mañana? ¿Mañana por la mañana? ¡Oh! Bueno, pues entonces quédate esta noche.

—Me voy dentro de una hora —anunció Pierre—. Es el último tren.

Entraron en silencio en el comedor.

Qué extraño parecía todo aquella noche... Mientras comían o hablaban, todos estaban pensando: «Estoy soñando... es una pesadilla...»

—Agnès se quedará aquí con su madre —explicó Pierre—. Así tendréis a Guy, a vuestro nieto, cerca. ¿Mi empleo? Lo recuperaré después de la guerra. Me iba bien, sí... No éramos ricos, pero tampoco estoy hecho para ser rico. No tengo el carácter del abuelo. Sí, vivíamos bien y éramos felices. Habría vuelto a Francia a principios de octubre. Tenía previsto... Ahora todo se ha ido al traste. A menos que de aquí a...

—Tengo la fundada convicción de que una guerra mundial sería breve y apenas supondría derramamiento de sangre —declaró su padre—. Si todas las potencias lanzaran sus fuerzas al combate...

—Escribenos a menudo —le pidió la señora Hardelot a Pierre, mientras pensaba desesperadamente qué más decirle, qué última recomendación darle que no sólo fuera una expresión de su amor, sino también útil, eficaz.

En otros tiempos, cuando Pierre se separaba de su madre para volver al colegio, ella le enseñaba las tabletas de chocolate y la caja de bizcochos que escondía en la maleta, y eso la consolaba: lo había ayudado en la medida de lo posible, dulcificándole la vida de hombre que lo aguardaba. Pero ahora, en el umbral de una existencia mil veces más dura, más viril de lo que nunca hubiese podido imaginar, perdía todo su poder. Incluso su equipaje lo habían preparado otras manos... «Es injusto», se decía. Sí, era verdad que esa noche muchas madres debían despedirse de sus hijos, pero los habían tenido a su lado hasta el último momento, mientras que ella había estado dos años y medio sin verlo. Por fortuna, sabía que volvería. Sí, pese a sus lamentos, pese a las lágrimas derramadas, una voz en el fondo de su corazón le susurraba que otros morirían, quedarían mutilados, serían heridos o caerían prisioneros, pero el suyo regresaría sano y salvo al acabar la contienda. Esa noche, en Saint-Elme, todas las madres pensaban: «Al mío no le pasará nada.» Todas creían que un ángel de la guarda protegería a su hijo, a su Jacques, a su Pierre, y no a otro.

—Come, hijo mío, que no comes nada —repetía mirándolo.

Para complacerla, Pierre fingía tener hambre y se llenaba el plato; pero apenas podía tragar. La carne que le servía su madre le inspiraba una invencible repugnancia.

—Hemos almorzado tarde —acabó diciendo.

—Pues haz un esfuerzo. Quién sabe cuándo comerás mañana...

—Pero, mamá, no entraremos en combate mañana mismo, tranquila...

Pierre dejó el cuchillo y el tenedor y contempló aquel comedor que tan familiar le era, las ventanas abiertas, el apacible jardín, la calle iluminada por la luna. Sentía una tristeza varonil, en la que se mezclaban el orgullo y la angustia. Desde luego, él no pensaba que sería el único en salir indemne entre miles de hombres. Veía con mucha lucidez adónde iba. No obstante, estaba tranquilo. Simplemente, se decía: «Qué pena no tener cinco años menos. Me habría marchado tan feliz... Pero ahora...»

Miró a Agnès. Estaban dando las ocho.

—Vamos, hemos de irnos —dijo, apartando los ojos de su madre con pesar.

El llanto de las mujeres, eso era lo terrible. Al pensar en los sollozos que iba a oír, en las lágrimas que derramarían, perdía el aplomo. Estaba impaciente por encontrarse entre hombres, oír palabrotas, chistes soeces, emborracharse con el basto vino de la camaradería masculina.

—Pero ¡si no has tomado café! —exclamó su madre—. ¡Sírvele café, Agnès!

Miraba a ambos jóvenes sucesivamente con las manos juntas, descompuesta y temblorosa. Nadie habló. Se acercó a su hijo y lo besó. Aquel beso, aquella presencia eran un engaño. Pierre estaba y no estaba allí, puesto que iba a marcharse. La señora Hardelot tuvo la sensación de abrazar a un fantasma, a una pálida sombra que no podía retener, que se desvanecía entre sus brazos. Sin embargo, no se le escapó ni una lágrima. Su dolor era demasiado extraño e intenso para permitirle llorar.

Los cuatro pronunciaron frases tranquilas:

—No os preocupéis si las cartas tardan en llegar...

—Tú, Agnès, cuídate mucho.

—Despedidme del abuelo. Explicadle que sólo tenía un momento.

—Esta noche pasarás calor en el tren, hijo mío.

Agnès y Pierre se besaron apenas, leve y fríamente, pensó Marthe. Aquél no era momento, delante de los padres, para despedirse. La noche anterior, solos en el silencio de su habitación, en la cama

caliente, se habían dado el beso del adiós, un beso mudo y apasionado, sin una queja, sin un vano reproche. Ahora sus labios estaban cansados e inertes.

Salieron al vestíbulo escoltando a Pierre. Charles Hardelot desapareció unos instantes para volver con una botella de champán ya descorchada. Lo seguía Ludivine, la criada, con una bandeja y copas.

—Brindemos a tu salud, Pierre.

—Pero papá...

Sin embargo, su padre necesitaba ese rito. No podía dejar que su hijo se fuera sin un último discurso. «Cuántos me ha tocado oír», se dijo Pierre sonriendo. Su padre tenía una perorata reservada para cada circunstancia de la vida: para los compromisos y las bodas, para los nacimientos y las partidas anuales al colegio. Por un instante, volvió a verse en ese mismo vestíbulo una de aquellas lluviosas tardes otoñales en que, mientras cargaban su ligero equipaje de colegial y el caballo piafaba, su padre le decía en tono solemne: «Hijo mío, vas a ingresar en un universo viril donde el estudio, la camaradería y la emulación te serán de gran provecho. Recuerda que el hombre es el hijo del niño y que lo que hoy siembres en forma de docilidad, de respeto por tus excelentes maestros, de esfuerzo serio y constante, lo recogerás mañana convertido en felicidad, seguridad y consideración.»

—¡Brindo por tu victorioso regreso, hijo mío! —proclamó ahora Charles Hardelot alzando su copa—. Pronto volverás a tu hogar y serás el orgullo de tu familia y tus conciudadanos. El soldado valeroso es el ornamento de la sociedad —concluyó, llevándose la copa a los labios.

Todos bebieron. Suavemente, Pierre posó la mano en la cabeza de Agnès y salió.

ERAN los primeros días de la guerra, esos en que se llora a los que caen y se sufre por los que parten. Después, la gente se habitúa y sólo piensa en una persona, en su familiar. Al comienzo de una contienda el corazón es del todo nuevo, aún no ha encallecido. Parece rodeado por mil lazos que lo unen a los habitantes de un país o a cierta ciudad, a una provincia donde nunca se ha estado pero cuyo simple nombre provoca angustia o esperanza. En Saint-Elme, donde hasta entonces nadie había pensado en los demás sino con indiferencia o malicia, de pronto algo unía a todas aquellas familias hostiles, divididas por mil envidias, por mil rivalidades en cuanto a la situación social o la riqueza. La noticia de una muerte o una herida provocaba un eco doloroso en todas aquellas frías y grises casas. Pronto pasaría, pero en esos primeros días la gente no pensaba sólo en sí misma; el prójimo también contaba, y eso ayudaba a vivir.

Las noticias del frente eran malas. No las difundían los periódicos, pues para comprender sus artículos y «partes de guerra» se habría necesitado ser un consumado diplomático o un estratega genial. Tampoco salían de las cartas, que procuraban no socavar la moral de familiares y amigos. No. Las traía un viento que no se sabía de dónde venía, pero las propagaba por doquier.

—Esto no va bien —decía el campesino con el que uno se cruzaba en un camino.

—Parece que nos están machacando —contaba la mujer de la limpieza.

La gente se acostaba, se levantaba y comía pensando en la guerra. Soñaba con ella. Lo sorprendente era que la población pudiera seguir acostándose, levantándose y comiendo a pesar de la contienda. Hacían la colada, recogían fruta para las mermeladas, preparaban la cena... Y Agnès jugaba con su hijo. Entretanto, en aquel extraño y terrible país al que llamaban «zona de guerra», que al principio se hallaba lejos, pero que iba aproximándose día a día, cada segundo moría un hombre, un hombre que podía ser Pierre. Bélgica estaba ocupada. El enemigo había penetrado en Francia por el norte; ya se encontraba a sólo dos días de marcha de Saint-Elme, mientras que Saint-Elme no se movía. Dormitaba en su engañosa seguridad, como si escondiera la cabeza bajo el ala y se creyera invisible. Si alguien decía «Podría haber combates por aquí», lo miraban con estupefacción. ¿En Saint-Elme? ¡Qué va! ¿Que iba a correr la sangre, que iban a caer obuses entre la iglesia y la plaza del mercado, o en la calle de los Hardelot? «Ciertas cosas son imposibles», pensaban todos sus habitantes.

Saint-Elme se fue a la cama tranquilamente, pero despertó en plena noche presa del pánico. ¡Los alemanes ya estaban a un paso de allí! Quién había dado la voz de alarma, por dónde estaban llegando los alemanes, por qué había que irse y adónde, nadie lo sabía. Si hasta entonces habían tenido la certeza de que Saint-Elme sería el único lugar del planeta que se salvaría, ahora sus habitantes despertaban con la de que su pueblo era el epicentro de la batalla, de que todos los ejércitos del mundo se dirigían hacia el cercano canal, hacia la iglesia, la plaza mayor y la fábrica de los Hardelot.

Agnès dormía en su habitación con el niño a su lado, cuando la despertaron unos golpes en la puerta.

—¡Tenemos que irnos!

—¿Adónde? ¿Cómo?

—No lo sé —respondió su madre—. Tenemos que irnos. Todo el pueblo se va. Tus suegros nos esperan.

Agnès se vistió a toda prisa, envolvió al niño en una manta y salió. El estruendo de los cañones se oía con claridad. La calle estaba atestada de gente. Era una noche tibia y clara. En coches, caballos, carretas, carretillas cargadas de fardos, a pie, a caballo, tirando de sus vacas, se sucedían los refugiados procedentes del norte. Había vehículos que venían de Bélgica arrastrados por perros, ovejas que balaban, pequeños rebaños de bueyes que avanzaban pesadamente. Agnès fue a casa de los Hardelot, pero allí no había nadie. De todas las viviendas salían mujeres a medio vestir. Se oía el ruido de postigos atrancados, de puertas cerradas con llave. Los pobres ya se habían puesto en camino. Los ricos aguardaban, porque les habría gustado llevarse las paredes de sus casas y la tierra sobre la que éstas se alzaban. Agnès se dirigió al «palacio», como se conocía la casa del viejo Hardelot. Se sentía serena y decidida. Aquello no era nada. El peligro no era nada. El peligro la acercaba a Pierre. Tenía la sensación de que a partir de ahora podría comprenderlo mejor. Sabría lo que significaban las palabras «cañonazos», «pánico», «el enemigo está aquí»... Si él se hubiera encontrado en un remoto país de clima tropical, Agnès habría amado el calor del verano y la sed abrasadora, como misteriosas señales enviadas por su marido que sólo ella podía percibir.

La verja del palacio se hallaba abierta. Tras una breve vacilación, Agnès entró. Esa noche todo parecía posible... Todo resultaba extraño, más similar al sueño que a la realidad: la casa de Julien Hardelot con las puertas abiertas de par en par; las maletas y los bultos en lo alto de la escalinata; Marthe, cargando una pila de sábanas que arrojó dentro del coche, mientras Charles, con sombrero hongo y guantes amarillos como en sus visitas dominicales más ceremoniosas, llenaba el depósito de aceite del vehículo, inclinando el bidón con suavidad y precaución, igual que si se tratara del mejor vino de los días de fiesta. En una de las grandes estancias de la planta baja, una lámpara sobre una mesa iluminaba a unas ancianas llorosas, las cuatro señoritas Hardelot-Arques, que habían acudido a buscar refugio junto al cabeza de familia. Saint-Elme estaba rodeado por una furiosa marea de sangre y fuego que ascendía hasta sus muros y rompía contra ellos, amenazando con tragárselo; pero la cólera divina perdonaría a la casa de Julien Hardelot, se decían las ancianas. Ahora los cañones estaban tan cerca que con cada disparo los cristales y las arañas temblaban.

—He mandado a Ludivine a buscarte, Agnès —le dijo su suegro—. Hay que marcharse. ¿No tendrá frío el niño? ¿Dónde está tu madre?

—Enseguida viene.

—¡Charles! —gritó Marthe, corriendo hacia su marido—. ¡Oh, mi pobre Charles! —Le cogió la mano y se la apretó angustiada—. ¡Tu padre quiere quedarse!

—Entonces es que no hay peligro —concluyeron la señoritas Hardelot-Arques, olvidándose de la batalla, los cañonazos, los refugiados que avanzaban por la carretera... Julien Hardelot había hablado, e incluso las olas le obedecían.

—Pe... pero eso es imposible —tartamudeó Charles Hardelot, como solía hacer en los momentos de gran emoción—. ¡Habrà combates en el canal! Estaremos en medio de la matanza. ¿Acaso es lugar para civiles, para mujeres?

—Dice que yo debo marcharme.

—¿Sola? ¡Jamás!

—Quiere que me acompañes hasta la estación y vuelvas enseguida, Charles...

—Hablaré con él —respondió su marido, arrojando al suelo el bidón vacío y precipitándose hacia la casa.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Hardelot? —preguntó Agnès.

—¡Ay, hija mía! No lo sé, estoy tan aturdida... Pensar que hay que dejarlo todo, nuestros muebles, nuestra ropa, los recuerdos familiares... No hago más que coger cosas y amontonarlas de cualquier

manera, aquí y en mi casa —añadió, señalando su vivienda, a lo lejos, y luego el palacio—. Pero ¡hay tan poco sitio! ¿Has traído equipaje?

—Dos maletitas y las cosas del niño.

—Sí. Tú eres joven y careces de recuerdos. En cambio, yo querría llevármelo todo —repuso la mujer mientras recogía, se apretaba contra el cuerpo y dejaba caer de nuevo los objetos más diversos: un retrato de Pierre niño, un azucarero de plata, un mantel adamascado con entredoses de encaje...

—Déjeme ayudarla.

El coche ya estaba medio lleno con las pertenencias del matrimonio Hardelot, pero aún consiguieron meter la cubertería de plata, los libros de contabilidad de la fábrica y una sombrerera repleta de más ropa blanca.

—No queda sitio —anunció al fin Agnès.

Charles volvió a bajar la escalinata.

—Vámonos.

—Pero ¿y tu padre? ¿Y tu padre?

—Se queda.

—¿Y tú?

—Volveré en cuanto lo haya dejado todo en un lugar seguro.

—¡Pues yo no pienso separarme de ti! —exclamó la señora Hardelot—. ¡Prefiero morir contigo!

En la penumbra del vestíbulo apareció el rostro de Julien Hardelot.

Agnès dio un paso en su dirección, pero él la miró con frialdad y le volvió la espalda.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó Marthe.

El anciano le tendió la mejilla, que su nuera cubrió de besos y lágrimas.

Hardelot soportó el diluvio sin rechistar.

—A su edad, padre...

—Los títulos de propiedad están en el cofrecito negro —le dijo Julien Hardelot a su hijo.

—Papá, recapacita...

—Te espero mañana.

—Pero el peligro...

—Me quedaré aquí —lo atajó el anciano, golpeando el enlosado con el pie en un gesto que no era colérico, sino una especie de toma de posesión del lugar—. Te espero mañana —repitió.

Y entonces volvió a entrar en su casa, cerró la puerta y echó la llave.

Charles Hardelot ayudó a subir al coche a la señora Florent, que llevaba en brazos la criatura dormida, y a Agnès y su mujer, y se pusieron en marcha.

Amanecía. La campana de la iglesia dio la media; al oír ese sonido familiar, las cuatro señoritas Hardelot-Arques se miraron como si acabaran de despertar de una pesadilla.

—Creo... —empezó una.

—Si Julien se queda... —murmuró otra.

La tercera ya se había arrebuñado en el chal con gesto friolero y apretaba el paso hacia su casa. Sólo la cuarta, la más joven, balbuceó con temor:

—Lo que me asusta son esos cañonazos...

—Nos quedaremos en la sala grande —propuso su hermana—. Está tan atrás que no se oye nada.

Frágiles y distinguidas, de repente conscientes de la inconveniencia de estar solas en la calle a semejante hora, regresaron pálidas y cabizbajas a su casita, que se alzaba a la sombra del palacio.

SIMONE RENAUDIN y la anciana parienta que le hacía las veces de dama de compañía no tardaron en encontrarse con los Hardelot en la carretera. Las señoras asomaron la cabeza por las ventanillas e intercambiaron fríos saludos de circunstancias. Los dos coches, que se habían librado de la requisa, eran viejos y amplios. Aunque ambos maniobraron con astucia para adelantarse mutuamente, cuando llegaron a la carretera nacional tuvieron que colocarse uno detrás del otro y esperar su turno. Era la mañana siguiente a una batalla perdida. Las tropas pasaban en desorden: ambulancias, heridos, coches, caballos, cañones y, entre ellos, civiles que huían, monjas de un convento de Flandes, campesinas que tiraban de sus vacas, viejos que arrastraban carretillas cargadas con un par de sillas, una mesa de madera blanca y utensilios de cocina asegurados con tablas. Solamente se podía avanzar al paso. De vez en cuando, los Hardelot reconocían a algún vecino de Saint-Elme en aquella riada humana.

—Me ha parecido ver al notario y su mujer —comentaba Charles.

—Ahí están los Dubecq en calesín, con la abuela —señalaba la señora Florent.

Sin embargo, todos desaparecían, salvo el coche de los Renaudin, que la diabólica obstinación del destino hacía surgir a su lado sin cesar. Marthe y Simone volvían la cabeza con un mohín.

—Ni que lo hicieran a propósito —murmuró la señora Hardelot.

Pero en ese momento recordó que al día siguiente Charles se separaría de ella para regresar a aquel infierno. ¿Y Pierre? ¿Dónde estaba su hijo? Creía reconocerlo en cada soldado.

—¿Te has fijado en ese que ha pasado con el brazo en cabestrillo? Se parecía a Pierre... —le dijo tímidamente a su marido, rozando su mano.

—Ves a tu hijo en todas partes, mi pobre Marthe —respondió Charles.

Ni un grito ni una queja se elevaba de la multitud, que ni siquiera prestaba atención a aquel terrible e inolvidable espectáculo, que un día constituiría una página de la historia de Francia: las primeras semanas de la Gran Guerra. Los niños eran los únicos que contemplaban a los soldados con sus grandes y curiosos ojos. Los demás se habían dejado los sentimientos atrás. Pensaban en sus casas, en sus tierras, en sus tiendas abandonadas. Marthe repasaba mentalmente sus tesoros: la gran cama donde había dormido durante veintinueve años con su marido, su armario ropero, las finas sábanas de Flandes bordadas por religiosas de Brujas, su batería de cocina —los cacharros de cobre, los candelabros, aquellas deslumbrantes ollas— y los retratos de la tía Adèle en su primera comunión y del tío Jules desnudo sobre un cojín, a los once meses. Todo de un valor incalculable. Y todo sería destruido, robado, saqueado, convertido en humo bajo un cielo indiferente.

—Pero, si bombardean el castillo y la casa, ¿adónde iréis? —le preguntó ingenuamente a su marido.

Aún creía que las paredes podían venirse abajo, pero los cuerpos sobrevivirían a los obuses: la guerra respetaría a los civiles. No sabía cómo elegiría la bala su objetivo, ni por qué, pero le parecía inconcebible que el cuerpo de su marido, de su pacífico Charles, pudiera ser atravesado o destrozado como los de los soldados.

—¿Adónde iréis? ¿Qué dice tu padre?

—Que la casa puede hundirse, pero que la bodega es sólida y allí estaremos a salvo.

—Pero... ¿y la humedad?! —exclamó Marthe—. ¿Tienes el chaleco de franela?

Agnès había cogido en brazos al niño, que se había despertado llorando. Le besó los cabellos,

delicados como plumas, y lo apretó contra su pecho pensando: «Tú no volverás a ver una guerra.» «Vosotros sois jóvenes; carecéis de recuerdos», le había dicho su suegra. Qué equivocada estaba... Los recuerdos le acudían a la mente en tropel. No eran de objetos, que podían reemplazarse por otros parecidos; formaban parte del propio mundo en que había vivido, donde Pierre y ella se habían amado de niños. Aquel camino que recorrían en el coche familiar o en bicicleta durante las comidas campestres que organizaban los Hardelot, la ciudad, cuya catedral se divisaba a lo lejos, donde Pierre había estudiado interno, el bosque del Coudre, aún visible en el horizonte... Qué querido, qué dulce, qué irremplazable le resultaba aquello. Cerró los ojos y, ardientemente, pensó: «Estoy soñando... es una espantosa pesadilla. Voy a despertar en nuestro piso de París hace tres años... ¡Oh, Dios mío! Devuélveme las tardes de invierno, cuando volvía de comprar bajo la lluvia, corriendo, para que me diera tiempo de encender el fuego en el comedor, en la vieja chimenea de mármol verde, que tan fea nos parecía entonces... Y de arreglar las flores. Luego llegaba Pierre y cenábamos. ¿Es posible que nunca más...?»

En la muchedumbre, cada corazón femenino suspiraba del mismo modo por las pequeñas alegrías perdidas. Y todas esas congojas individuales se fundían en una sola e inmensa angustia por la suerte de Francia. Era una angustia tan intensa que, poco a poco, borraba lo demás. Se aceptaba el luto, las lágrimas, el dolor, con tal de que el país se salvara. Pero alrededor sólo se veían escenas de derrota y huida. En los pueblos que atravesaban, la gente salía a la puerta y preguntaba:

—¿Se acercan los alemanes?

Sí, se acercaban. Hacía horas que los Hardelot habían dejado atrás la estación donde habitualmente cogían el tren a París; por aquella línea ya no se circulaba. Había que seguir avanzando.

«Si los alemanes se apoderan de Saint-Elme, ¿podré volver mañana? —se preguntaba Charles—. ¿No aislarán el norte del resto de Francia?» Claro que no, eso era inconcebible. Él era un civil. Pasaría entre los ejércitos, entre las balas. Leyes, convenciones y costumbres habían defendido siempre su persona, su libertad y sus bienes. No podían caducar ni ser abolidos de la noche a la mañana. Entretanto, seguían avanzando al paso por la embotellada carretera.

Hacia mediodía, el coche de los Renaudin intentó adelantarlos, dio un bandazo y mandó a Charles Hardelot y los suyos a la cuneta. Todos bajaron sanos y salvos entre las astillas de cristal y madera, aunque Agnès con un corte en la frente. Tras salirse de la carretera, el coche de los Renaudin había chocado contra un árbol unos metros más adelante. Tampoco había heridos, pero el vehículo estaba inutilizable. Hubo que sacar los bultos y las maletas y esperar en el arcén mientras el chófer iba en busca de ayuda.

—No se preocupen, señoras, alguien nos echará una mano —aseguraba Charles—. Nos ayudarán.

Pero el caos era cada vez mayor e inquietante. Bélgica entera y todo el norte de Francia parecían dirigirse hacia París. La ola de caminantes, jinetes y coches rodeaba por todas partes los vehículos averiados.

—Tengamos paciencia, tengamos paciencia —pedía Charles, que no quería renunciar a la esperanza.

Los Hardelot y los Renaudin, enemigos en Saint-Elme, estaban sentados juntos en la cuneta, como vagabundos. Los hábitos de la buena educación seguían tan arraigados en ellos que la anciana parienta de los Renaudin y las señoras Hardelot y Florent intercambiaban cumplidos y ceremoniosas excusas.

—No sabe cuánto lamento este contratiempo, señora... Ha sido culpa de nuestro chófer.

—No, mi marido es muy imprudente. Siempre se lo digo.

—Lo importante es que nadie ha resultado herido.

Las únicas que no hablaban eran Agnès y Simone, que se miraban con disimulo.

«Está demasiado gorda. Parece pretenciosa y dura», pensaba Agnès. Y la otra: «El niño es enclenque. Yo le habría dado a Pierre unos hijos preciosos. ¿Qué le ha aportado ella, a ver? Reñir con su familia. Que lo echaran de la fábrica. ¿Y por qué? ¿Qué vio en ella? Está demasiado flaca, casi no tiene caderas ni pecho. Y no me gusta la forma de su boca.»

Compartieron las pocas provisiones que llevaban. Las horas fueron pasando. La ayuda esperada no llegaba.

El niño, que al principio reía a carcajadas, se había puesto nervioso y ahora lloraba sin consuelo. Necesitaba leche fresca para la noche, un baño, una cuna.

—Hay que continuar —señaló Agnès al fin, viendo que la tarde avanzaba—. Tenemos que dejar la carretera y seguir las vías del tren hasta donde vuelva a circular. Si es necesario, pasaremos la noche en la caseta de un guardabarreras, porque seguramente no queda una sola habitación libre en ningún pueblo.

—Dios mío... ¿Y los coches? ¿Y las maletas? —preguntó Marthe. Sin embargo, no protestó mucho. Había llegado a ese punto de agotamiento nervioso en que todo da igual, salvo las satisfacciones más inmediatas: una comida, una cama, dormir...—. Me parece bien. Vámonos —dijo levantándose con esfuerzo—. ¿Vienen con nosotros? —preguntó, volviéndose hacia Simone.

Pero Simone prefería esperar al chófer, que se había marchado hacía cinco horas y seguía sin aparecer. Estaba abrazada a una maleta y una sombrerera. Entre aquella ropa plegada descansaban las acciones, los documentos de la familia y los fajos de luses; las joyas de su madre estaban ocultas en los forros de los sombreros.

—Váyase con ellos si quiere, prima —le dijo a su parienta con sequedad.

Agnès había sacado del vehículo accidentado el cochecito de Guy. Como pudieron, cargaron en él el cofrecito negro de Charles y algunas maletas, y se pusieron en camino. El viento portaba un vago olor a humo. Pueblos enteros ardían. Podía ser que de Saint-Elme ya sólo quedaran cenizas. Pasaban ambulancias. Atardecía. Quizá alguna de ellas transportara a Pierre.

Caminaron largo rato. Con los últimos rayos del sol los raíles relucían. Agnès llevaba al niño dormido a la espalda y empujaba el cochecito en silencio, apretando los dientes. La señora Florent ponía al mal tiempo buena cara, mientras trastabillaba sobre los zapatos de tacón alto y tropezaba con cada piedra del camino. Para Marthe Hardelot, gruesa y con las piernas pesadas y torpes sobre unos pies minúsculos, era más duro. Acabó deteniéndose.

—¡Prefiero morir antes que dar un paso más! —estalló entre lágrimas—. Déjame, Charles. Déjenme, amigos míos. Las piernas ya no me sostienen.

—Vamos, Marthe... —le dijo su marido con dulzura, cogiéndola del brazo—. Resiste, mujer. ¿Qué pensarán de nosotros?

No se equivocaba apelando a su sentido de la respetabilidad burguesa. En tales circunstancias, era lo único que podía sostenerla. Estaban en guerra, lo habían perdido todo, iban de aquí para allá como vagabundos, pero se debían a sí mismos no llorar en público, no gesticular, o sea, comportarse. Del mismo modo, el duelo no impide a una familia decente permanecer de pie en el cementerio y ofrecer la mejilla bajo el velo de crespón a labios indiferentes.

—¿Qué pensarán de nosotros? —repitió la señora Hardelot maquinalmente.

Se enderezó el sombrero sobre los grises cabellos y, recuperada del breve desfallecimiento, frunció los labios, cogió la mano de Charles y, a lo largo de las vías que apenas relucían ya en la penumbra, esforzándose por no pensar en Pierre, ni en Saint-Elme, ni en su casa ni en sus varices, siguió caminando.

ERA de noche y Simone no se había movido. Su prima se había ido con los Hardelot y el chófer seguía sin aparecer. Estaba sola, a la espera. Nada la habría hecho marcharse de allí. Ponía en ello un empeño feroz, como si desafiara a Agnès a distancia. Simone Renaudin no se rendiría, no se dejaría abatir por la fatalidad, salvaría del desastre sus bienes y su persona. Algún día Pierre lamentaría no haberse casado con ella; aún no sabían de lo que era capaz. Era joven; siempre había vivido mimada y protegida de cualquier peligro, pero sentía en sí misma la fuerza y la energía de su estirpe. ¡Ah, si Pierre se hubiera casado con ella! El viejo Hardelot se habría alegrado de tenerla como nieta. Lo habría ayudado a dirigir la fábrica en ausencia de Pierre. Lo habría salvado todo, lo habría conservado todo para Pierre... ¡Cuánto lo había querido, Dios mío! Afortunadamente, nadie se había dado cuenta. Para la gente, su compromiso sólo había sido un arreglo entre familias. Pero lo había amado con una pasión ardiente y celosa, bien oculta en el fondo de su corazón a pesar del aspecto lerdo e imperturbable que le conferían su piel lechosa y su carne rolliza. A ella no la habría asustado quedarse en Saint-Elme bajo las bombas. Les habría plantado cara a los alemanes.

Seguía sentada en la cuneta, rodeada de una oscuridad atravesada por extraños e intensos resplandores, oía el ruido confuso de pasos, voces, ruedas pesadas y caballos al galope. Uno de ellos, sin jinete, pasó tan cerca de ella que recibió el soplo de su hocico en plena cara. Otros lo seguían con soldados heridos que aún podían mantenerse erguidos en la silla y buscaban a sus camaradas. Muchos iban a pie. Simone vio que uno de ellos se le acercaba con dificultad; arrastraba los pies y hablaba con voz ronca y jadeante.

—¿Por casualidad no tendría un poco de agua o vino, señora?

—Sí, espere —respondió Simone buscando la botella de cerveza que el chófer había llevado consigo al salir de Saint-Elme—. ¡Oh! Pero ¡si está rota! Hemos tenido un percance... —explicó, con el gollete partido en la mano—. Lo siento...

—No importa —murmuró el soldado con aire distraído.

Al dar media vuelta estuvo a punto de caer en los brazos de Simone.

—¿Está herido? —le preguntó ella.

—Sí, en el hombro.

—Espere un momento.

Simone se puso a buscar en el coche de los Hardelot. Al cabo de unos instantes, sacó de entre los restos una botella de leche preparada para el pequeño Guy, milagrosamente intacta. Simone se alumbraba con una linterna. Enfocó la cara del soldado: era joven y tenía el mismo aspecto mugriento, exhausto y sufriente que cualquiera esa noche. El hombre bebió ávidamente y luego se dejó caer en la cuneta, al límite de sus fuerzas.

—¿Tiene hambre? —le preguntó ella.

El soldado abrió los ojos, unos ojos oscuros que relucían a la luz de la linterna.

—¡Que si tengo hambre! ¿Tiene algo de comer?

—Deben de quedarme provisiones.

Simone encontró unos sándwiches y un melocotón, que el joven devoró. Después se quedó recostado junto a ella, mirando vagamente el negro camino.

—¿De dónde viene usted?

—Del Cateau.

—¿Se ha combatido allí?

El soldado asintió con la cabeza.

—Está cerca de Saint-Elme... —murmuró Simone, preocupada—. ¿Los alemanes han cruzado el canal? ¿Sí? Es que soy de Saint-Elme...

—Los alemanes deben de estar allí —confirmó el soldado.

Ella se estremeció.

—¿Tiene familia en Saint-Elme, señora?

—Señorita —lo corrigió distraídamente—. Señorita Renaudin.

—Señorita Renaudin, de Saint-Elme —repitió él—. ¿Ha huido de su pueblo?

—Sí, al amanecer.

—¿Adónde va?

—A París.

—Yo soy de París. Me llamo Burgères, Roland Burgères.

La comida y aquellos instantes de descanso le habían sentado bien, y el joven hablaba en tono más animado. Ella lo escuchaba y miraba con curiosidad. Era la primera vez en su vida que estaba a solas con un hombre. Al principio, a aquel soldado anónimo surgido de la oscuridad, famélico y herido, no lo había visto como a un hombre, sino como a uno más en aquel inmenso y cambiante caos que la rodeaba. Pero una especie de turbación había ido apoderándose de ella. Era de noche. Y en medio de aquella multitud errante estaban solos. Él era joven. Simone veía brillar sus blancos dientes, y su voz y sus maneras no eran las de un hombre del pueblo. También el soldado trataba de verle la cara inclinándose hacia ella en la oscuridad.

—Si tiene familia en París —dijo al fin Simone—, puedo comunicarles que lo he visto y que ha sobrevivido a la batalla.

—Se lo agradezco, pero soy huérfano.

—¿No está casado?

—No. No tengo a nadie —repuso él sonriendo.

—¿Ni amigos?

—Tengo un carácter de mil demonios.

—Lo siento. Me habría gustado hacer algo por usted.

—Puede hacerlo... Deme su dirección en París. En cuanto me sea posible, iré a darle las gracias por haberme cuidado y alimentado. Por cierto, ¿no tendrá un cigarrillo? ¿No fuma? No, es verdad, es usted una chica de Saint-Elme... —bromeó Roland, levantándose con dificultad—. Adiós, señorita. Me alegro de que la casualidad nos haya juntado en un sitio tan encantador. Mi herida no es grave. No creo que me concedan un permiso de convalecencia. Pero quién sabe: puede que la próxima vez tenga más suerte. Deme su dirección —insistió.

—Seguramente viviré en casa de una de mis primas, la señora Halluin. Bulevar Saint-Germain, ciento ochenta y cuatro —repuso ella rápidamente y bajando la voz.

—Muy bien. No lo olvidaré. Adiós, señorita Renaudin. Buena suerte.

—Buena suerte también para usted —respondió Simone, y le tendió la mano.

De pronto, el joven recogió la linterna, que Simone había dejado en el suelo, y le iluminó la cara: la frente, los ojos y la boca y luego el cuerpo entero.

—Deme un beso. Me traerá suerte.

—¿¿Está usted loco?!! —exclamó ella con una mezcla de temor y secreto regocijo.

—Estamos en guerra, señorita de Saint-Elme —explicó Roland con aquella voz suya, risueña y acariciante—. En cualquier instante podría caernos encima un obús, y usted nunca habría disfrutado

de ese placer —dijo acercándosele.

Simone retrocedió. Él se echó a reír, le cogió la mano y se la besó.

—No se asuste. Es la fiebre y el cansancio, que te dejan aturdido. Bueno, ahora sí, tengo que irme, adiós. Gracias a sus deliciosos víveres he recuperado las fuerzas. Su dirección en París es bulevar Saint-Germain, ciento ochenta y cuatro, ¿verdad? Hasta pronto, señorita Renaudin. ¡Adiós!

Roland cogió su mochila y reanudó su camino arrastrando los pies. Simone se quedó sentada, sin aliento. La guerra, la retirada y todo lo demás eran menos reales para sus sentidos que aquella voz masculina, aquel beso de hombre en su mano. ¿Y Pierre? Pierre nunca la había tocado. La tarde de su compromiso, delante de sus padres, le había rozado castamente la frente con los labios. Ahora, todo su cuerpo y su ardiente sangre parecían despertar y estremecerse. Y el cansancio y el peligro no hacían más que aumentar su turbadora embriaguez. Pero enseguida se repuso: «No me parece un hombre serio —se dijo—. Un parisino, sin familia ni amigos. Seguramente será un tarambana. Roland. El nombre es bonito... Roland Burgères... No volveré a verlo», concluyó con vehemencia, con la mano sobre el corazón, que le latía con fuerza. Esa extraña y profunda palpitación, que parecía venir de una región de su cuerpo desconocida para ella misma, ¿la generaba su corazón? Inmóvil, contempló a la muchedumbre que la rodeaba. Cuántos hombres... Todos aquellos jóvenes famélicos y exhaustos que pasaban junto a ella sin verla emanaban un calor vivo y animal que la exaltaba. Estaba avergonzada de sí misma, pero le habría resultado tan difícil cambiar el curso de sus pensamientos como alterar el de su sangre.

El chófer apareció al fin con un camión. Cargó el equipaje y sujetó el coche al camión. Reanudaron la marcha rumbo a París. Faltaban unos días para la batalla del Marne.

AGNÈS esperaba a su marido, que regresaba del frente. Se lo devolvían seis días. Llevaba dos años luchando y, muy de tanto en tanto, le concedían unas horas, unos días, unas pocas noches. Luego se iba de nuevo. Era así para todos. Había que aceptar ese destino común. El ser humano saca fuerzas de la desgracia, y cuanto mayor es ésta, mayores son sus fuerzas. Del mismo modo que se había arrastrado por las carreteras de los refugiados apretando los dientes, sin rechistar, Agnès había avanzado a lo largo de aquel año de 1915 y avanzaba ahora a lo largo de 1916, tratando de no pensar más que en el presente, sin añorar el pasado ni imaginarse el futuro. Estaban en las profundas tinieblas de la guerra, de las que parecía que jamás saldrían, porque la contienda seguiría por los siglos de los siglos.

«Pero ¡Pierre vuelve! ¡Llegará esta noche!», pensaba Agnès.

Estaba embriagada de alegría. De sus labios brotaban palabras de agradecimiento a Dios y tiernos arrullos. ¡Pierre, su Pierre, estaría allí! Lo besaría, lo tendría en sus brazos, cálido, vivo, sonriente, ¡vivo, Dios mío!

«¡Oh, qué feliz soy! ¡Soy la mujer más feliz del mundo!», se decía.

Todo resplandecía a sus ojos: el pequeño y oscuro comedor y los viejos rostros que la rodeaban. Vivía en París con su madre y los Hardelot. Charles no había podido regresar a Saint-Elme, ocupado por los alemanes. Hacía dos años que no sabían nada de Julien Hardelot, de la casa, de la fábrica. No disponían de mucho dinero y el apartamento en el que se habían instalado era incómodo, demasiado pequeño para tantas personas. Las dos madres discutían sin cesar. Y sin embargo, todo aquello carecía de importancia: esa noche volvía Pierre. No sabían a qué hora llegaría exactamente. Había que esperar. Esperar con los ojos fijos en la puerta y el oído atento al sonido de los taxis en el bulevar. Era una espera insoportable y a la vez deliciosa, que producía un placer similar a una tortura. Sabían que venía, estaban seguros. La angustia había acabado. Sí, la espantosa, la monótona angustia de la guerra había desaparecido. Pero quedaba la impaciencia, viva y abrasadora como una llama.

¡A Agnès todo se le antojaba dulce y maravilloso! Quería a todo el mundo. Le entraban ganas de besar a la señora Hardelot y acariciarle la mejilla a su suegro. Con su madre no pudo contenerse: la cogió de la cintura, la atrajo hacia sí y, riendo, apretó la cara contra la suya. Fue a la cocina, donde la bretona contratada por la señora Florent batía huevos, y después de preguntarle por su padre, que también estaba en el frente, le quitó el cuenco de las manos, pues deseaba preparar ella misma el postre para Pierre. Pero enseguida pensó que se mancharía el vestido, que acababa de estrenar. ¿Le gustaría a su marido? Sintió escalofríos de hielo y llamaradas de fuego recorriendo su cuerpo.

«Debo de parecer una loca», pensó, corriendo hacia el vestíbulo para mirarse en el espejo con inquietud. Sonrió. Se veía guapa, con la cara fina y sonrosada, como iluminada desde el interior por una luz pura y palpitante.

—¡Agnès! —oyó llamar a la señora Florent.

—Sí, mamá, ya voy.

Pero no se movió. Quería esperar allí, en aquel oscuro vestíbulo, pegada a la puerta, que se abriría en cualquier momento. El niño dormía en la habitación de al lado. Esa misma noche, al cabo de una hora, se inclinarían juntos hacia él, le besarían el pelo... ¡Juntos! Estarían juntos. Qué importaba que fuera por tan poco tiempo, pensó confusamente. Antaño, una semana no hubiera significado más que

unas cuantas horas vacías y vanas. En cambio, ahora... Cuántas lágrimas y sonrisas, cuántas alegrías y penas durante un mísero permiso de seis días... Era un tiempo extraño que daba vértigo.

Todo ocurrió como tantas veces había imaginado. Fue exactamente igual que en sus sueños: el sonido del taxi en la calle, la portezuela que se cerraba, la voz de la señora Hardelot, que temblaba de ansiedad y felicidad como la de una anciana, y a continuación el viejo ascensor, que subía lenta, solemnemente. Y antes de que llegara a su piso, la familia entera reunida en el rellano exclamaba:

—¿Eres tú?! ¿Eres tú, al fin? ¿Eres tú, Pierre?

Sí, era él. El contacto de una ruda y dulce mejilla masculina contra la suya, la mano de Pierre en su brazo, su voz en sus oídos... Para Agnès no existió ya nada más, se desentendió de todo, se olvidó incluso del pesar que había experimentado al oír el taxi detenerse ante la casa: «El primer instante maravilloso ya ha pasado... ¡Qué deprisa se sucederán los demás, Dios mío! ¡Qué pronto se irá!»

LA división esperaba el relevo. Ocupaba posiciones en lo que antes fue un pueblo, un pequeño altozano rodeado de unas cuantas casas en ruinas. Sólo la iglesia permanecía intacta. Pierre veía sombras deslizándose en la oscuridad: gatos abandonados, famélicos, cazaban en grupo entre los escombros. No eran sus únicos habitantes: invisibles, escondidos en los sótanos, aún había algunos viejos y niños. Oyó los dos tañidos de campana que anunciaban una nube de gas. Sus oídos aún no se habían acostumbrado a aquel misterioso y lúgubre sonido, y cada vez que lo oía se le hacía un nudo en la garganta. El sentido de la vista se le había embrutecido de tal forma que ningún espectáculo, por horrible o repugnante que fuera, conseguía impresionarlo, al menos de un modo profundo y duradero. Pero no era capaz de habituarse a determinados sonidos. Estaba seguro de que, cuando al fin regresara a casa —si es que regresaba—, seguiría oyéndolos en sueños todas las noches: los roncros ladridos del fuego de contención, el restallido de látigo del cañón de 88, el siseo del de 75, que corta el aire como una guadaña, los maullidos de las balas y el silbido de los obuses, que da tiempo a esperar, a oírlos llegar lentamente, muy lentamente, antes de que destripen la tierra. «Paciencia: otros diez años, y te acostumbrarás», bromeaba Pierre consigo mismo.

Buscó la máscara y, una vez más, notó el repugnante olor del caucho y aquel peso de escafandra sobre la cabeza. Después salió. Como en todos los momentos de peligro, cuando la necesidad de actuar no se lo impedía, pensó en Agnès. Celebraba no haber tratado de ocultarle ciertos aspectos de aquella guerra. En sus cartas y durante sus permisos, sus compañeros escondían la verdad a las mujeres y los ancianos («¿Para qué vamos a contársela? No lo entenderán», decían). Esa reserva generalizada era en parte sincera y en parte afectada, una burla de las peroratas heroico-cómicas de la retaguardia. Manteniendo al civil en la ignorancia de la vida diaria del combatiente, se creía castigarlo. En cuanto a las almas caritativas, callaban por compasión. Pierre recordó a un pobre chico caído dos días atrás que, media hora antes de morir, aún decía: «Con que suframos nosotros es suficiente.»

«Naturalmente, no voy a contárselo a mi padre o a mamá —pensaba Pierre—. Pero con Agnès es diferente. Tiene que saberlo todo de mí, como yo lo sé todo de ella.»

Así que, cuando volvía, evitaba los malentendidos, los roces, cuanto les amargaba el permiso a los demás. Agnès no le formulaba preguntas estúpidas, del tipo: «Pero ¿qué hacéis allí? No avanzáis.» No le preguntaba, como su padre, si la ofensiva victoriosa tendría lugar, al fin, la siguiente primavera, ni en qué estaban pensando los generalísimos aliados («¿Sabes qué te digo? Echo en falta un poco de *furia francese*», le confiaba Charles Hardelot). Su mujer estaba al tanto de todo lo relacionado con los hombres, el día a día de la división, su vida cotidiana... Y si no sacaba el tema de la guerra, Pierre sabía que no era ni por ignorancia ni por desinterés, sino por su profunda y lúcida sensatez. Recordaba su última noche juntos. Qué lejos quedaba... ¡Dos meses ya! Tenía a Agnès en sus brazos, acariciaba su inmaculado camisón, las sábanas limpias, veía las flores junto a la cama, la cortina de seda floreada iluminada por la lámpara, y susurraba: «Por suerte, también existe esto.» Y no añadía nada; no era un hombre locuaz.

«A pesar de las apariencias, esto es lo esencial. La guerra pasará, nosotros también, pero esos humildes e inocentes placeres siempre existirán: el frescor del aire, el sol, una manzana roja, la lumbre en invierno, una mujer, unos hijos, la vida cotidiana... La agitación, el estruendo de las guerras acaba apagándose. Lo demás quedará... ¿Para mí o para otros?»

Sí, «¿para mí o para otros?» Ésa debería haber sido la pregunta más importante, la única. Pero, después de tres años de guerra, el instinto individual, si no había quedado anulado, estaba cuando menos aletargado. A veces incluso se olvidaba de quién era, de su nombre, de lo que le gustaba y lo que no. Caminaba, sufría, esperaba junto a tantos otros, unidos en el cansancio, el dolor o la esperanza, hasta confundirse con los demás: ya no era Pierre Hardelot. En cierto modo, se volvía anónimo, como podía serlo al día siguiente y para siempre, mezclado con el polvo y los restos de una fosa común. Los días de desánimo, esa sensación le procuraba un consuelo amargo pero reconfortante. «En el fondo, ¿qué más da que las cosas vuelvan a ser igual para mí o para otros? —pensaba—. Lo importante es que eso existe en sí mismo. Agnès...» En ese momento, ella dormía. Llevaba un camisón rosa con el cuello y los puños de encaje. El niño estaba acostado a su lado. «Pobre Agnès... Su vida no es muy alegre.» La escasez de dinero, las preocupaciones domésticas, las discusiones de ambas madres, tantas ingratas tareas que realizar... Al tener que ocuparse sola del niño, pues en manos de las dos abuelas habría sido la peor manzana de la discordia, no podía presentarse como enfermera y no colaboraba en ningún servicio auxiliar. Pero a él no le importaba. Aunque a veces perdiera la conciencia de su propia personalidad, seguía conservando parte del instinto celoso y posesivo del marido burgués. Así Agnès sólo se ocupaba de él. Y si sucedía que tenía que ayudar a otros hombres, únicamente lo hacía a través de su marido. Por ejemplo, Pierre le escribía explicándole que un compañero necesitaba libros, otro, ropa de abrigo, un tercero, noticias de los suyos, que habían quedado en la zona ocupada, y le indicaba los pasos que debía dar para obtenerlos. A él le gustaba así, obediente y sencilla. Sobre todo sencilla; fresca como una fuente. Cerró los ojos. «Calma mi sed», pensó.

Vio unas luces en las calles del pueblo, a sus pies. En la iglesia, entre las ruinas, celebraban misa. Había asistido a la de la noche anterior. El capellán militar y los fieles llevaban máscaras antigás, como él. Los cañonazos y los silbidos de los obuses se mezclaban con los rezos en una atmósfera irreal... Bajó y entró en la iglesia, donde se habían congregado los habitantes del pueblo. Resultaba extraño ver en las manos de aquel individuo enmascarado, cubierto con aquella capucha que debía protegerlo del gas, el rosario y el misal.

Cuando todos salieron, se acercó al altar, junto al que había advertido que había un montón de objetos heterogéneos que lo intrigaban. Como empezaba a amanecer, pudo verlos mejor. Se quedó asombrado ante el polvoriento y fúnebre batiburrillo de retratos, ramos de novia, candelabros, relojes de sobremesa con figuras... Al comienzo de la guerra, el pueblo había caído en manos de los alemanes, que luego lo habían abandonado. Antes de la retirada, los habitantes evacuados habían llevado a la iglesia sus tesoros más preciados, confiando en que allí se salvarían. El pueblo ya no existía. «Otro bombardeo como el de hace unos días —pensó Pierre—, y ya no podrá saberse con exactitud dónde se encontraba esta localidad.» Pero los retratos y relojes seguían allí. Salió de la iglesia cuando una lejana explosión hizo temblar las viejas piedras. Las vidrieras llevaban mucho tiempo rotas; un alba resplandeciente, sonrosada y pura, penetraba en el edificio.

Se acordó de la nube de gas que ascendía hacia ellos. No había muerte más horrible. En ese momento reparó en que uno de sus hombres venía a su encuentro.

—Ha pasado de largo —le informó el soldado.

CHARLES HARDELOT se dirigía a la iglesia. No tenían noticias de Pierre desde los ataques alemanes al norte del Camino de las Damas, el 8 de febrero, hacía más de un mes. Los cañones de largo alcance llevaban seis días bombardeando París. Agnès, pálida y sin lágrimas ya, se encerraba en su cuarto con el niño. Marthe, destrozada por el dolor, guardaba cama. La señora Florent se pasaba el día corriendo de la habitación de una a la de la otra. Y Charles Hardelot cumplía con sus deberes cristianos. Vestido de negro y paraguas en mano, avanzaba por las calles de París como si marchara al asalto, con el oído atento a las vibraciones de los cañonazos. Y no es que tuviera espíritu guerrero. Los bombardeos de 1914 lo habían angustiado profundamente (aunque nunca lo habría admitido), y no podía recordar sin estremecerse las estelas luminosas que los zepelines trazaban en el cielo. Siempre había insistido en bajar al sótano al primer aviso de la sirena.

—Mi pobre marido... —suspiraba Marthe—. Estamos más seguros aquí arriba, bajo las bombas, que allí abajo.

—Si aconsejo que nos pongamos a cubierto —puntualizaba Charles—, no es por miedo, Marthe, sino por obedecer a las autoridades. La fuerza del ejército reside en la disciplina. Y me atrevería a decir que, en tiempos de guerra, los civiles formamos un gran ejército. El frente nos mira; tiene los ojos puestos en nosotros. Espera nuestro ejemplo. El primero que podemos darle es el de la estricta obediencia. ¿Que el gobierno no nos ordena evacuar París? Me quedo en París. ¿Que el gobierno nos recomienda ponernos a cubierto? Corro al sótano. Así, Marthe, lo entiendo yo y practico la disciplina civil, primera virtud del ciudadano.

Sin embargo, tras cuatro años de triunfo de la muerte violenta, incluso Charles Hardelot empezaba a resignarse a ella, a decirse que quizá toda la población estaba destinada a sucumbir tarde o temprano a la hecatombe, que había que habituarse.

La sabiduría popular decía: «¿Qué más da morir en la cama o de otra forma?», pero luego todos pensaban: «No me tocará a mí, sino al vecino.»

Ese día, sin embargo, reinaba la calma. Al acercarse a la iglesia, Charles Hardelot aflojó el paso. Llegaba con tres cuartos de hora de adelanto. Llevaba la manía de la puntualidad al extremo de presentarse con los bártulos en la estación cuando el tren que debía coger aún no estaba formado, de llegar a la iglesia en el instante de la consagración de la misa anterior, o si lo invitaban a comer en Saint-Elme, de aparecer cuando la señora de la casa, con una bata sobre el vestido claro, supervisaba en la recocina el helado que desmoldarían para el postre, mientras los criados acababan de poner la mesa.

Ese día, una vez más, miró la hora y pensó: «Qué raro, mi reloj debe de adelantar.» Después subió lenta y solemnemente la escalinata del templo. Su religiosidad no era herencia paterna. Julien Hardelot nunca se había declarado ateo, pero tampoco era practicante, aunque encontraba la religión conveniente para su mujer y sus hijos. Sus convicciones personales podían resumirse así: «Dios es Dios, pero yo soy Julien Hardelot.» Dios tenía sus atribuciones bien definidas en la esfera espiritual, pero en lo terrenal, Julien Hardelot era el amo de su casa. No le gustaban los curas; a veces bromeaba sobre temas sagrados, pensaba su hijo con pesadumbre. Una vez, de niño, Charles había explicado delante de su padre que el sermón del sacerdote se había inspirado en el siguiente pasaje del Evangelio: «Convertíos en bolsas que no se gasten, un tesoro inagotable en los cielos, que el ladrón no toca y la polilla no roe.»

—En Judea no tenían buenos cofres —había murmurado Julien Hardelot.

A su modo de ver, las enseñanzas de Jesús no eran aplicables a aquel siglo XIX, en el que él, Julien Hardelot, vivía rodeado de cosas estables y seguras, las rentas al tres por ciento, las acciones de los ferrocarriles y las obligaciones rusas.

El celo piadoso de su hijo lo dejaba indiferente, y a veces Charles pensaba que, para el alma de su padre, habría sido mejor odiar a Dios que aquella gélida frialdad. La fe de Charles era humilde, constante y escrupulosa, y a veces se mezclaba con ciertas consideraciones profanas: se sentía más refinado, más «burgués» que su padre; el catolicismo practicante formaba parte de lo «bien visto». Sin embargo, desde el comienzo de aquella cruel guerra, en la iglesia o durante sus rezos nocturnos, Charles Hardelot se despersonalizaba cada vez más, en cierto modo como Pierre en su trinchera. Tenía la sensación de despojarse de sus anteojos, de su bigote negro, de su traje oscuro (o de su camisón con cenefas rojas) y, a la vez, de una parte de su alma, de la que sólo quedaba lo esencial, la llama más pura, encendida a los pies de su Creador. No ocurría de inmediato. Charles entraba en la iglesia, dejaba sobre una silla el sobretodo, bien plegado y con el forro hacia fuera, el sombrero y el paraguas, se arrodillaba con cuidado, tirando un poco del pantalón para no estropear la raya, y murmuraba una oración. Su mente tardaba unos instantes en desprenderse de las preocupaciones cotidianas, que se mezclaban con las palabras divinas. Luego, poco a poco, iba dejando de ser Charles Hardelot, el buen ciudadano burgués, marido y padre, para encontrarse frente a frente con Cristo. Y Dios lo escuchaba.

Era Viernes Santo. En la iglesia de Saint-Gervais iba a empezar el oficio de tinieblas. No había pompa, ni siquiera incienso, y apenas luz. Los escasos cirios encendidos se apagarían al caer la noche.

Charles estaba arrodillado en su reclinatorio bajo las estatuas de san Marcos y san Lucas, cubiertas con telas. Tenían la misma expresión de profunda, fervorosa y boba unción que adoptaba él de niño al presentarle las notas semanales a su padre, a quien le irritaba tanto que lo abofeteaba antes de haber abierto el cuaderno y comprobado que, una vez más, su hijo era el primero. Con las enguantadas manos entrelazadas sobre el respaldo, Charles le preguntó a Dios, sin impaciencia, con tierna y piadosa congoja, dónde estaba su único hijo, su Pierre. ¿Seguía habitando aquella región imprecisa, extraña, atemorizadora, que la imaginación no podía concebir y a la que denominaban «el frente», «la línea de combate», «la zona de batalla»? ¿Estaba prisionero? ¿Descansaba al fin en el seno del Señor del tremendo agotamiento de la guerra? Pierre nunca se había quejado de ese agotamiento, pero su padre lo sentía en sus propios huesos, lo comprendía por instinto, pese a no saber lo que significaba combatir.

—Pobre chico... —murmuró, ocultando la cara entre las manos.

Después pensó en su propio padre. ¿Qué habría sido de él? ¿Estaría vivo o muerto? ¿Cuándo, Dios mío, cuándo acabaría aquella guerra? Cuándo y cómo. Sobre todo, cómo. Porque valía la pena sufrir para que Francia obtuviera la victoria, pero ¿y si todo había sido en vano? ¿Y si todos los sacrificios acababan siendo inútiles?

—Sé, Dios mío, que deseas la entrega total, el completo abandono a tu divina voluntad; pero te ruego que consideres que no tengo otro hijo en este mundo y, si nadie se salva, si lo mejor de nuestra juventud perece, ¿qué será de Francia? Lo más puro de su sangre ya se ha vertido. Los mejores, los más fuertes, caen. ¿Quiénes quedarán? Niños criados sin padres, a veces sin hogar, los débiles, los cobardes. ¡Haz que Pierre vuelva! A cambio, toma mi vida. Sí, ya lo sé, tiene un hijo que crecerá. Pero le llevo tantos años... A quien quiero es a Pierre, a quien aún puedo comprender es a mi hijo, que es de los mejores, de verdad, de lo mejor de mi estirpe. Yo soy débil, apocado, interesado,

cobarde... Es mi culpa, mi gran culpa. En ocasiones, mi padre se ha mostrado codicioso y duro (perdóname, Señor). Pero Pierre es mejor que nosotros. Entiéndeme, no te suplico sólo como padre. Marthe te recordaría que lo trajo al mundo, que sufrió por él, que era un niño tan guapo... Pero sé que no le ahorraste ese dolor a tu propia Madre. No ruego solamente por nosotros, sino en nombre de la propia Francia. Apiádate de ella. Devuélvele lo que queda de su juventud. Yo soy viejo e inútil... Ya he vivido bastante. No entiendo nada del mundo en el que vamos a entrar. Pierre dice que ésta no será la última guerra, como creíamos, sino la primera de una larga serie de contiendas todavía más implacables y crueles. Guerras y revoluciones. Sangre y más sangre. ¡Basta! Al menos para mí, basta —murmuró, con la sensación de que una siniestra riada lo arrastraba realmente, a él, Charles Hardelot, con su paraguas, sus guantes y sus botines negros, hacia orillas desconocidas.

La recitación de los salmos había terminado. El coro de Saint-Gervais iba a cantar las lamentaciones de Jeremías. Charles Hardelot alzó los ojos hacia el gran Cristo, invisible bajo la tela morada. Recordó sus pies atravesados por clavos, su cuerpo consumido, su rostro lleno de compasión y dolor. De repente, el cielo pareció venirse abajo. Un obús acababa de alcanzar el muro izquierdo del templo, destrozando un contrafuerte y uno de los soportes del edificio. Un pilar de una crucería cedió. Parte de la bóveda y la propia clave de bóveda, que representaba la corona de la Virgen, cayeron sobre los fieles, que quedaron sepultados. Bajo las piedras, bajo las vigas, bajo el denso polvo blanco, yacía el cadáver ensangrentado de Charles Hardelot.

ERA el final. La guerra había acabado. Pierre estaba vivo. Gravemente herido y prisionero, en un hospital de Alemania. Habían recibido noticias de las regiones invadidas. Saint-Elme había pasado de mano en mano varias veces. Se hallaba en ruinas: el castillo, la casa de los Hardelot, la iglesia, la fábrica... ametrallados y bombardeados, ya sólo eran piedras calcinadas, cenizas, escombros, muros entre los que empezaba a crecer la hierba. Hubo combates en el cementerio y, después, los soldados acamparon en la plaza del mercado y hacían la colada en el río... En el pequeño bosque del Coudre había cadáveres enterrados. No obstante, el viejo Hardelot había sobrevivido. Tomado como rehén y luego liberado, enviado a Douai y más tarde a Arras, había vuelto por fin a Saint-Elme durante la ocupación alemana y obtenido autorización para vivir en la casa de campo que poseía en los alrededores. Ahora más que nunca era el amo de su casa, rey y oráculo. Había «sufrido bajo los alemanes», pero no había huido de Saint-Elme. Sus convecinos lo consideraban un símbolo de aquella tierra indestructible. El alcalde, a quien siempre había odiado, había perecido, ya no existía. Ahora Julien Hardelot intervenía en todo, lo decidía todo. Saint-Elme se reconstruiría según sus instrucciones. Todo volvería a ser como antes. Las mismas casas se reedificarían en los mismos sitios. La gendarmería recuperaría su peristilo Segundo Imperio, y la escuela, sus interminables y gélidos pasillos. En la fábrica, Julien Hardelot mandarían solo. Pierre podría quedarse bajo su mando, a sus órdenes, en un puesto aún más modesto que el que había ocupado Charles.

Así se lo comunicó el anciano a su nuera, que regresó a Saint-Elme a principios de 1919. Marthe le habló de Charles, del bombardeo de Saint-Gervais, mientras su suegro la escuchaba en silencio, con las grandes y fuertes manos apoyadas abiertas sobre la mesa temblándole ligeramente. Estaba a punto de decir algo, pero prefirió callar y miró por la ventana el desolado jardín de su casa de campo. Los cristales estaban rotos y las columnas de la terraza yacían en la hierba rala, amarillenta, devorada por los caballos. Los soldados habían talado los árboles del parque, incluso los del huerto, para construir barracones y calentarse durante cuatro inviernos. Volviendo lentamente la cabeza hacia su nuera, el anciano dijo al fin:

—Qué le vamos a hacer, hija... Parece que en tiempos como éstos los jóvenes deben irse antes que los viejos. Tú aún tienes a tu hijo.

—¿No va a perdonarlo, papá?

El anciano alzó la mano para imponerle silencio.

—Si quiere volver a la fábrica, bien... Me faltó gravemente, pero, en fin, ha hecho una buena campaña militar. Lo perdono. ¡No! ¡Calla! A ella no quiero verla. Te diría que la acepto, pero me conozco, hija, no podría disimular: la desairaría. No la recibiría. Él, que venga; le pagaré un sueldo, como a su... como al pobre Charles. Ahora hay que ponerse a trabajar —concluyó.

—Pero, padre, todavía está prisionero... Hasta que...

—Hasta entonces, me las arreglaré.

—¿Es verdad lo que me han contado? —le preguntó tímidamente Marthe—. ¿Que Simone Renaudin se casó, volvió a Saint-Elme y quiere meter en la fábrica a su marido?

El anciano no respondió.

—¿Se ha casado? —insistió su nuera.

—Sí. Se casó con un tal Burgères.

—Pero ¡si no es de aquí! —exclamó Marthe, escandalizada.

Pierre había rechazado a Simone y su dote, pero aun así ambos eran de Saint-Elme. La boda de Simone con un forastero, un parisino, la frustraba. Y ahora iba a entrar en la fábrica de los Hardelot, que por derecho divino era suya, de los de su sangre, con exclusión de todos los demás. Decididamente, el viejo orden tocaba a su fin; pero la desconcertaba que fuera su suegro quien le diera el golpe de gracia. Frunciendo los labios e irguiendo la cabeza bajo el grueso velo de crespón, le preguntó:

—¿Se sabe siquiera de dónde ha salido ese Burgères? Tiene una pésima reputación de juerguista y mujeriego... Antes de la guerra se gastó su fortuna con pelanduscas. Lo sé por la tía de Simone, la que vive en París, que era una Hardelot de Lille.

—Ahora dispone del dinero de Simone —observó el anciano en un tono que daba a entender: «Y vosotros, inútiles, lo dejasteis escapar.»

Julien Hardelot sabía perfectamente quién era Burgères, se había informado. Procedía de una buena familia parisina, aunque, una vez huérfano, le había faltado tiempo para dilapidar la herencia paterna. En vísperas de la guerra, carecía de recursos. Había combatido con valentía. La suerte había puesto a Simone Renaudin en su camino. Deseoso de obtener su dote, Burgères se había casado con ella. Pero Simone era una chica prudente, y había sabido proteger su dinero con todas las garantías necesarias. Sólo soñaba con una cosa: arrancar a su marido de París, de las tentaciones parisinas. Un puesto en la fábrica Hardelot sería un modo eficaz de retenerlo en Saint-Elme. Simone invertiría en la empresa el capital que Julien Hardelot codiciaba desde hacía años, desde la época en que Pierre, vestido de marinero, jugaba a la pelota con Simone, con traje corto. El dinero debería haberse quedado en la familia, es cierto; pero, ya que eso era imposible por culpa de Pierre, que al menos entrara en la fábrica. Julien Hardelot dirigió la vista hacia el solar de la papelera bombardeada, ahora en reconstrucción.

—Ven, hija, ven a ver el pueblo —propuso, cogiendo el sombrero y el grueso bastón con empuñadura de ébano—. ¿Aún no has estado?

—No, padre, he venido directamente aquí.

—Ven. Comprobarás el avance de los trabajos. Están reconstruyendo por todas partes.

La señora Hardelot lo siguió. Recorrieron a pie la distancia que separaba la casa de campo del pueblo. Marthe miraba alrededor horrorizada. La tierra destripada enseñaba sus entrañas: arcilla amarillenta y pegajosa mezclada con chatarra, botas, latas de conserva, trozos de madera y hierro retorcidos, enganchados, amalgamados con el bosque, los huesos, las piedras. A lo largo del lindero había letreros con flechas y la frase en inglés y en francés:

VISITE LOS CAMPOS DE BATALLA

VISIT THE BATTLEFIELDS

Flanqueaban el camino restos de árboles destrozados por los obuses, resecos, blanquecinos, envenenados por el gas.

—Una guerra que también mata los árboles... ¿Cuándo se había visto algo así? —murmuró la pobre mujer.

Sin embargo, su suegro sólo tenía ojos para su fábrica. Avanzaba sin apartar la vista del lugar donde volvería a alzarse, golpeando el suelo con el bastón mientras movía los labios sin dejar de hacer cálculos mentales. No preveía sólo años de bonanza, pues habría altibajos. Pero lo importante no era eso; lo importante era que al fin podría volver a trabajar, que podría ir a su despacho cada mañana y quedarse hasta mediodía en aquel cubículo de cristal que dominaba la sala de máquinas,

vigilándolo todo, dirigiéndolo todo, sintiéndose el dueño de todo. ¡Qué satisfacción! El pobre Charles jamás lo había entendido. ¿Y Pierre? Había depositado muchas esperanzas en su nieto, pero su boda lo había decepcionado. Podía perdonarlo, aceptarlo de nuevo a su lado, darle un puesto en la fábrica; pero nunca volvería a confiar en él. ¡Ah!, ¿por qué no se habría casado con Simone, aquel rebelde? Al anciano le gustaba Simone. Era exigente consigo misma y con los demás, ahorradora, enérgica. En cuanto a su marido, Roland Burgères... Lo había calado enseguida: un inútil, un vago. Simone lo llevaría por donde quisiera. En la fábrica, lo obedecería a él. En casa, a ella.

«Y ella hará lo que yo le diga —pensaba Julien—. ¡Sabe que tengo la cabeza sobre los hombros! Y que si me confía sus intereses, velaré por ellos como lo haría ella misma.»

Y de nuevo, al pensar que no era la mujer de Pierre, experimentó una punzada en el corazón. Se detuvo y señaló un montoncito de piedras al borde del camino.

—El café de Jault —anunció lacónicamente.

—¿Eso?

—Sí.

—Entonces, ¿la calle, las casas, la mercería de las señoritas Dubois...?

El viejo Hardelot dejó caer la mano abierta, como si fuera la cuchilla de una guillotina.

—Arrasadas.

Mujeres enlutadas vagaban entre los escombros buscando los restos de sus casas, pero no los reconocían. Donde antaño se cultivaba con esmero un pequeño jardín sólo crecían amapolas silvestres, entre las cuales ahora correteaba un niño, arrancándolas a puñados. Por fin, llegaron a la calle de los Hardelot. Estaban demoliendo las ruinas. Marthe vio su casa, la esquina que seguía en pie, vacilante y amenazadora, y el enorme boquete de la pared, a través del cual distinguió una silla del salón colgando de una viga.

Sabía que al día siguiente harían saltar por los aires aquellos restos, antes de que se desplomaran sobre alguien. Se quedó inmóvil mirando su casa como si contemplara a un difunto en un ataúd abierto.

Un autocar lleno de visitantes se detuvo cerca de ella, y por sus ventanillas asomaron unos rostros indiferentes.

—Para la visita a los campos de batalla y las zonas devastadas, por aquí, damas y caballeros —anunció un guía—. ¡Por aquí!

EL CATORCE de Julio de la victoria amaneció frío e inestable. Tras unas cuantas gotas de lluvia, un pálido rayo de sol atravesaba las nubes. El aire olía a otoño. Las calles estaban abarrotadas; los vendedores ambulantes alquilaban escaleras de mano para ver el desfile, y cada silla plegable, cada taburete y cada escalón se pagaba a precio de oro. En el bulevar de la Madeleine, la gente rodeaba a los cantantes callejeros y las obreras entonaban a coro el estribillo:

Hein, crois-tu qu'on les a eus!

Pero, extrañamente, los rostros no traslucían auténtica alegría. Tal vez porque sin duda se recordaban los muertos, las ruinas. Sin embargo, eso no había influido en la euforia del armisticio. ¡No! Se trataba de otra cosa: el país estaba exhausto y lo único que quería era descansar. Todo lo impacientaba, hasta el recuerdo de sus glorias. Para empezar, no quería seguir pensando en la contienda. Cualquier otro asunto parecía más interesante, más vivo, más actual que la guerra: la música negra, la nueva poesía, las faldas cortas y los peinados de las mujeres, las costumbres relajadas... «¡La paz! ¡Dios mío, que nos la dejen a nosotros! Nos la hemos ganado —pensaban los ex combatientes—. La política, para los arribistas, los mercachifles, los charlatanes, los ladrones. A nosotros que nos dejen en paz.» «¡Basta de discursos altisonantes! ¡Devolvednos a nuestras mujeres, nuestras casas, nuestro buen vino!», pedían los de más edad. «¡Queremos disfrutar de los bienes de este mundo! —exclamaban los jóvenes, que salían del sepulcro famélicos y ávidos—. ¡Qué banquete debió de darse Lázaro después de resucitar! ¡Qué bien debió de dormir en una cama caliente! Dejados comer, beber, amar... De lo demás, ¡basta!»

La gente vitoreaba, aplaudía el desfile, a los soldados, a Joffre, a Foch y a los monarcas extranjeros, pero en el fondo seguía triste y nerviosa. Se comentaba que quienes desfilaban bajo el Arco de Triunfo nunca habían entrado en combate, que, como siempre, unos habían muerto y otros se cubrían de gloria... Y allá donde se mirara, no se veía más que velos negros, cintas de viuda y niños vestidos de luto.

Un viento desagradable agitaba las banderas. Los ingleses y los estadounidenses lo pasaban en grande. En los viejos taxis, tan sucios como si hubieran participado en la batalla del Marne, se repantigaban y abrazaban a mujeres. Por las aceras se veían mutilados en sus carritos. Pálido y delgado, con la frente y el brazo vendados, irreconocible, Pierre caminaba cojeando apoyado en Agnès, lo que no lo libraba de los empujones, no por mala voluntad de la gente, sino porque ya nadie se fijaba en los heridos. En cuatro años de guerra, todo el mundo se había acostumbrado a ellos; no inspiraban ni admiración ni afecto. «Ya no gozamos de su cariño —pensaba Pierre—. Les damos lástima, sí, pero una lástima superficial, a flor de piel, que se desvanecerá antes de que nuestras heridas cicatricen.» Como sus camaradas, sentía un inmenso cansancio, un cansancio físico, mental y espiritual. No sabía qué decisión tomar, si volver a Saint-Elme y aceptar la oferta del viejo Hardelot o intentar salir adelante por sí mismo, como antes de la guerra. Pero ahora todo era más difícil que en 1911.

No obstante, había ido a ver a sus antiguos jefes.

—Me guardaron un puesto —le explicó a Agnès—. Aseguran que nada ha cambiado respecto a mí. Pero soy yo quien ya no vale lo que valía, y ellos lo saben. Mírame. Querían mandarme a Brasil, a una región casi salvaje. «Tendrá que cabalgar bastante, pero usted es un excelente jinete», me dijeron. —Pierre dio un traspie en el adoquinado de la rue Royal—. Eso es el pasado. Ahora formo

parte del pasado.

—¿No tienen ningún puesto en Europa para ti? —le preguntó su mujer con dulzura.

—¿Sabes lo que me dijeron? —repuso él, encogiéndose de hombros—. Que Europa es muy pequeña para todos los que vuelven. Y nosotros que creíamos que habíamos matado a demasiados... Nos equivocamos. Al parecer, no fueron bastantes.

La gente bailaba en los cruces de las calles. Sobre un estrado rodeado de banderas tricolores, un soldado muy joven y ciego se movía al ritmo de la música en brazos de una buscona vieja y pintarrajeada. La mujer lo llevaba y, cuando la música cesaba, se colgaba de su cuello y pegaba sus gruesos y pintados labios a los del chico. Y él reía y se dejaba guiar en la oscuridad por aquel adefesio. En Weber, unos oficiales estadounidenses destrozaban los cristales.

Era la última guerra. Jamás habría otra. La gente estaba harta de sangre. No le bastaba con olvidar la contienda, necesitaba ensuciar su recuerdo. Corría a los restaurantes y las salas de baile, se apretujaba en el vestíbulo del Claridge y la sala del Carlton. Estaba anocheciendo. Las hojas secas revoloteaban como en octubre. Sobre la ciudad, frenética, olvidadiza y, aun así, mortalmente triste, sobre su maquillaje y sus lágrimas, caía un rojo y turbio crepúsculo. Para atraer a los norteamericanos, las mujeres, las chicas de la calle, se ponían el velo de las viudas sobre el pelo teñido, vestidos oscuros y medias rosa.

—En Saint-Elme serías más feliz —le dijo Agnès a Pierre.

—¿En Saint-Elme? Imposible. El abuelo tendría que recibirte como a...

—¡Qué tonto eres! —lo interrumpió ella, riendo—. ¿Qué más me da? Si estamos juntos, ¿qué más me da? —repitió, acariciándole el brazo con ternura—. Te quiero y sólo me importas tú.

—Eso es porque hemos estado separados mucho tiempo —murmuró Pierre.

—Claro que no. Dentro de treinta años será igual.

—Entonces, ¿es que somos muy felices! —exclamó él con una media sonrisa.

—¿Acaso no lo sabías, desagradecido?

—Qué largos, qué duros han sido estos cuatro años...

—Sí, pero quizá hayamos agotado de golpe toda la mala suerte que nos correspondía.

—Eso seguro. Un precio tan alto no se paga dos veces. —Se detuvo y se llevó la mano al pecho—. Estoy sin aliento. No puedo andar más.

—Pararé un taxi y regresaremos.

Se apresuraron a volver a casa. Ya apenas quedaba gente en las calles a oscuras, iluminadas por la luna. En las viviendas, las familias cenaban, ajenas al resto del mundo. Los extranjeros estaban en los restaurantes y las salas de fiesta. De repente, París parecía medio vacío, exangüe.

EL segundo hijo de Pierre y Agnès, una niña, vino al mundo en 1920, en Saint-Elme. Por entonces, el matrimonio vivía con Marthe. La nueva casa tenía la misma orientación e idénticas proporciones que la antigua; sus sólidos muros se alzaban entre la calle principal y el jardín, a la sombra de la fábrica, y mostraba orgullosa su marquesina sobre tres escalones de piedra. Pero el cenador había sido derribado, y los árboles, talados. El jardín, desnudo al sol, arrancaba suspiros a la señora Hardelot.

—Aquí ya no hay sombra. Nos vamos a asar... —se lamentaba.

Ese verano fue especialmente caluroso. Después del desayuno, Agnès cogía a los dos niños —Guy, que ya tenía siete años, y Colette, a la que aún le daba el pecho— y se los llevaba al bosque del Coudre. La pequeña dormía en su cochecito bajo un velo de tul que la protegía de las moscas. Guy jugaba con las piñas y, de vez en cuando, se acercaba a su madre para limpiarse la tierra de las manos en su falda. Agnès cosía. Una hora después, veía aparecer a la señora Hardelot, seguida de la señora Florent.

—Ese niño no lleva sombrero, Agnès —le hacía notar su suegra.

—No hace falta, mamá, aquí no da el sol.

—No da el sol, de acuerdo, pero el aire es de tormenta.

—Mirad a la pequeña: en cuanto me ve, se ríe —comentaba la señora Florent.

Las dos abuelas contemplaban a la niña, que se despertaba, agitaba los bracitos y soltaba grititos. Al instante, las dos querían cogerla y mecerla. La escena se repetía diez veces al día. Mientras tanto, Agnès ahuyentaba con una ramita los mosquitos que trataban de picarle los brazos y el cuello. Cuando las abuelas se cansaban de marear a la niña, volvían a dejarla en manos de su madre.

—La pobrecita quiere estar con su mamá, ¿verdad que sí, cariño mío, sol de tu abuela? Anda, calma a tu hija. Qué poco arte tienes... Pero ¿qué le pasa?

—Le pasa que estaba durmiendo tan tranquila y la habéis despertado.

—¿Yo? Pero ¡si no la he tocado! —se defendía la señora Florent—. Ya estamos con lo de siempre... No volveré a acercarme a los niños.

Resbalaban en las agujas de pino. Un olor penetrante y dulzón impregnaba el aire. El calor era sofocante.

En aquel bosque del Coudre, un día Agnès encontró un pequeño anillo de plata.

—¿Qué es, mamá? —le preguntó Guy.

—Es mío, cariño. Lo perdí aquí hace diez años, cuando paseaba con papá...

Se interrumpió y sonrió. Había sido en su primera cita. Ella escuchaba hablar a Pierre mientras jugueteaba distraídamente con aquel anillo, que le venía un poco grande y se le había caído entre las hojas. Tras buscarlo en vano, Agnès había vuelto al día siguiente por si daba con él. Y ahora emergía de nuevo a la luz del día, después de tantos años. Lo frotó contra su falda.

—Es raro que los soldados no lo encontraran...

—¿Qué soldados?

—Pues los soldados, cariño... Ya sabes, durante la guerra, cuando hirieron a papá.

—¿Qué bicho es ése, mamá?

—Una hormiga.

El niño se tumbó boca abajo con la mejilla pegada al suelo y observó el insecto. Agnès intentó

ponerse el anillo, pero no le entraba: desde que le daba el pecho a la niña había engordado. Dejó la labor y apoyó un codo en el suelo. Cerró los ojos. Los mechones sueltos le hacían cosquillas en el cuello, pero le daba pereza recogerse los. Sus pensamientos vagaban inconexos: «Qué calor hace... Ojalá estuviera en la playa... Qué pena, me he cosido la blusa demasiado pequeña; tendré que añadirle un entredós...»

—Si te arrastras así te mancharás la ropa de verde, Guy.

«¿Vendrá a buscarnos Pierre? ¡Oh, por fin un poco de aire! —Suspiró al notar la leve brisa entre los pinos—. Puede que haya tormenta... Me apetece tomar un helado tumbada en la arena, frente al mar.»

—No te revuelques así, Guy, que aún tendrás más calor.

La tarde iba pasando, vacía y lenta. Agnès dio de mamar a la niña. Guy, empeñado en subirse a un árbol, se cayó y se lastimó la rodilla. La señora Florent los dejó a las tres: quería pasar por la pastelería a encargar unos bocaditos de nata para la cena del día siguiente. En cuanto se fue, la señora Hardelot, al fin tranquila (ahora nadie le disputaría la atención de su nieto), se acordó de que no había comprobado el planchado de la lencería fina. Se levantó con dificultad y volvió a colocarse el sombrero sobre el gris cabello.

—Bueno, me vuelvo a casa, hija. No tengáis prisa. En el camino hace mucho calor...

—Estaremos en casa a las seis —aseguró Agnès, que sabía que si llegaba con unos minutos de retraso encontraría a su suegra asomada a la ventana, exclamando: «¡Por fin! Creía que os había pasado algo.»

Una vez sola, intentó seguir con la labor, pero se le escapaba entre los dedos húmedos. A las cuatro, sacó del bolso unas rebanadas de pan, las galletitas de mantequilla y la fruta y llenó de agua fresca el vasito del termo.

—Ven a merendar, Guy.

Mientras el niño comía, ella observaba las nubecillas que habían aparecido en poniente.

«Hace demasiado calor, no puede seguir así, va a caer una tormenta... Seguro que se estropea el tiempo cuando estemos en la playa, como siempre. Qué curioso, haber encontrado el anillo... Lo perdí hace diez años. Sólo diez... Parece que haga más. Han pasado tantas cosas... —Y con la aguja de coser dibujaba en la tierra distraídamente—. Sí, entonces la criada aún no había contado nada. Si las señoritas Hardelot-Arques no nos hubieran visto... Si Saint-Elme no se hubiera enterado de que «el chico de los Hardelot y la señorita Florent se citan en el bosque del Coudre», ahora sería la mujer de otro. ¿Feliz, quizá? Qué poco se requiere para desviar la vida en determinada dirección. ¿Qué nos une con tanta fuerza a Pierre y a mí? —se preguntó de improviso—. ¿Por qué dejamos de vivir, sufrir, ser felices o pensar individualmente, desde que nos casamos? ¿Por qué nos convertimos en una sola carne de un modo tan completo? Hay matrimonios que nunca lo consiguen. Es un gran misterio y una gran suerte.»

—¿Qué haces, Guy? ¡Ven aquí! —ordenó a su hijo—. ¡Deja de tirar piñas, puedes hacerte daño o hacérselo a tu hermanita!

—Dame tu anillo, mamá...

—No. ¿Para qué lo quieres?

—Para jugar.

—No es un juguete.

De nuevo se abandonó lánguidamente a sus pensamientos.

«La niña come bien. Tendrá el pelo negro, como mi suegra. Qué pena... Dicen que Simone Burgères está embarazada. La invitan al palacio todos los domingos. La gente debe de pensar que esa situación

me incomoda. Si supieran lo poco que me importa... Pero Pierre no la lleva bien. Qué raros son los hombres. ¿Qué hora es? ¿Vendrá?»

Cuando al fin lo vio, eran más de las cinco. Sin poder evitarlo, tanto si estaban solos como rodeados de gente, al verlo, su rostro y su cuerpo se inclinaban hacia él, como aspirados por su marido.

No se besaron. Se sonrieron, y él se dejó caer en el suelo, a su lado.

—¡Qué calor!

—Va a haber tormenta —afirmó Pierre.

—Lo único que me consuela es pensar en Wimereux. Qué bien estaremos en la playa... ¡Y solos! Imagínatelo, Pierre, solos con los niños...

—¡Ay, mi pobre Agnès! Wimereux... —respondió él, apurado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, inquieta.

—Me temo que este año no podrá ser.

—¿Qué? ¿Este año tampoco? ¡Es exasperante! ¡Todas las vacaciones, todas las diversiones son para los Burgères! ¡Y para nosotros, nada!

—En eso eres injusta, cariño. Roland se pasea solo por las playas. Descuida, que su mujer no abandonará la fábrica, la muy... Cuando pienso que estuve a punto de casarme con ella...

Pierre le cogió la mano. Era extraño: todo los unía, incluso su irritación, la irritación que sentían el uno hacia el otro.

—¡Tu abuelo es un viejo tirano! ¡Un viejo tirano! —repetía Agnès, enfadada, rompiendo piñas con las manos.

—¿Hasta ahora no te habías dado cuenta? Es curioso. Las mujeres sois extrañas. Soportas las peores humillaciones sin dejar de sonreír, y por tres míseras semanas...

—Pero ¡esas tres míseras semanas, sola contigo, son mi vida! Son...

—¡No, por favor, nada de dramas, cariño! Tú estás hecha para la serenidad, amor mío...

—No, no creas que vas a ablandarme con cumplidos. ¿Sabes lo que te digo? Que eres un cobarde. Empiezas a parecerte a tu padre. Delante de tu abuelo no te atreves a abrir la boca.

—Mira, Agnès, cuando vinimos a Saint-Elme, sabía lo que me esperaba. Y tú también.

Ella apretaba los párpados tratando de contener las lágrimas de rabia.

—Pero ¿por qué? ¿Te ha dado alguna razón, por lo menos?

—Mi abuelo nunca las da, cariño. Dice: «Por cierto, Pierre, te quedarás en Saint-Elme hasta primeros de octubre. Entonces podrás tomarte tus vacaciones.»

—Pero ¿adónde quiere que vayamos en octubre? ¿Adónde? ¿A la Costa Azul? ¿Con los niños?

Pierre se rió.

—Me parece estar viéndolo: los Hardelot yéndose de Saint-Elme a comienzos del invierno. A mi madre le daría algo. Ya sabes que en nuestra familia sólo se viaja entre el diez de agosto y el cinco de septiembre, salvo en caso de guerra o éxodo masivo.

—Incluso entonces era finales de agosto.

—¿Lo ves?

—Sí, tú bromea, pero te digo que...

—Pero, a ver, ¿qué quieres que haga?

Estuvieron discutiendo unos minutos. Guy trotaba a su alrededor imaginando que era un caballo de feria y ellos, un ti vivo.

—¡Para de una vez, Guy! —le gritaban sus padres, que no entendían el juego, cuando tropezaba en sus piernas—. ¡Eres agotador! ¿Por qué tienes que dar vueltas de ese modo?

—No lo comprendo —dijo al fin Agnès—. No entiendo cómo te da igual. Piensa en la vida que llevamos aquí, entre tu madre y la mía. Nunca solos, nunca un momento de libertad, de intimidad. Mientras que en Wimereux estamos solos, juntos. Nos metemos en nuestra casa y cerramos la puerta...

—Aquí también —replicó él en voz baja—. Aquí también: por la noche, cerramos la puerta y estamos solos. ¿Qué más quieres, Agnès?

Se callaron. Un polvillo rojo y resinoso aureolaba las copas de los pinos. El sol se ponía.

—Tengo hambre, mamá —dijo Guy.

—¡Demonios! —exclamó Pierre mirando su reloj—. Sí que se nos ha hecho tarde... Date prisa, Agnès. Guy, recoge tus juguetes.

Agnès cargó en el cochecito las sobras de la merienda, el termo, el caballito de madera... «¡Es exasperante! —pensó—. ¡Y menudo calor!»

Abandonaron el bosque del Coudre y avanzaron por el camino despejado, abrasado por el sol, anhelando el frescor nocturno, enterrando gustosos en el pasado, en el olvido, el día que acababa, que había sido uno de los más tranquilos, agradables y felices de su vida. Pero ellos no lo sabían.

JULIEN HARDELOT cumplía ochenta y cinco años y su familia se disponía a celebrarlo con especial solemnidad. En los últimos meses, el anciano había decaído, se había debilitado a ojos vistas. Había sufrido un leve desvanecimiento que hizo temer al médico una próxima apoplejía. Los Hardelot presentían que no permanecería a su lado mucho tiempo, lo que se percibía en su forma de referirse a él: «El pobre Julien... —decían—. El pobre abuelo...» El anciano se beneficiaba ya de la conmiseración que sólo inspiran los muertos, pues los vivos albergan hacia sus iguales otros sentimientos, más intensos y menos caritativos. Cuando se enfadaba, ninguno de los Hardelot temblaba ya, sino que se limitaba a negar con la cabeza y decir: «Sí, desde luego ya no es el que era.» Sus gritos ya no los asustaban, sólo les producían una mezcla de piedad y tristeza. Miraban sus violáceas manos, que parecían agarrotadas, petrificadas, muertas. Reparaban en su voz apagada. Aun así era difícil saber qué sentían exactamente. Para empezar, curiosidad respecto a la herencia, por supuesto. Se suponía que Burgères se convertiría en socio de Pierre y calculaban lo que recibiría el joven Hardelot. Pero coincidían en que, poco a poco, casi toda la fortuna del anciano había acabado invertida en la fábrica. «Tenía visión de futuro», comentaban. Había absorbido varias papeleras rivales e importado de Estados Unidos maquinaria nueva y costosísima. Esta última idea había sido de Roland Burgères, iniciativa que le había permitido hacer dos viajes a Norteamérica, sin su mujer y con los gastos pagados. Por último, ese mes de diciembre de 1924, se supo que Julien Hardelot iba a convertir su empresa en sociedad anónima. En Saint-Elme, el veredicto fue unánime: «Está claro que su fin se aproxima. Lo hace para evitar los gastos de sucesión...» Otro mal augurio, a ojos de sus familiares, fue la benevolencia que en ese octogésimo quinto cumpleaños manifestó hacia Agnès, a quien se anunció que sería invitada —admitida— a la reunión anual a la que hasta entonces Pierre siempre había acudido solo. Los años precedentes, en un último y patético esfuerzo por guardar las apariencias, Marthe Hardelot había alegado que Agnès no podía dejar solos a los niños por la noche, que ésa era la única razón de que no participara en la cena familiar. Pero Guy ya tenía once años y acompañaría a su madre, mientras que su abuela Marthe se sacrificaría y se quedaría con Colette. Nadie se llamaba a engaño. «Ya no es el que era —repetía la gente—. Chochea, por eso se reconcilia ahora con la mujer de Pierre.» Realmente, parecía la prueba de que el fin de Julien Hardelot se acercaba. ¿Lo había ablandado la edad? ¿Se trataba de un capricho senil? «No lo entienden, no lo entienden —aseguraban las dos señoritas Hardelot-Arques más jóvenes (a las mayores se las había llevado la gripe española con unos días de diferencia después de la guerra)—. Sabe muy bien que, cuando se muera, quien mandará en su casa será esa chica.»

Lo que las ancianas señoritas trataban de expresar —y siendo ellas mismas unas Hardelot, lo sentían confusa pero intensamente— es que era mejor, menos humillante, ceder parte de tu autoridad en vida que verla despreciada, pisoteada después de muerto. Al recibir a Agnès, Julien Hardelot parecía estar diciendo: «Te cerré mi puerta, pero he sido yo mismo quien ha puesto fin a tu destierro. Así que sigo siendo el que manda. No podrá decirse que tras mi muerte te reíste de mi voluntad.»

«Y para él —pensaba Agnès—, la vida futura significa sin duda que su espíritu flotará sobre Saint-Elme y alrededor de la fábrica por los siglos de los siglos.»

De camino al palacio, estaba emocionada. Agarraba con fuerza la mano de Guy, que esa noche llevaba por primera vez pantalones largos. Era un niño delgado e inquieto, de nariz respingona y pelo rubio claro, que se le arremolinaba en la coronilla como plumas. Agnès le alisaba la indómita

cabellera, aquellos plumones casi plateados de polluelo, diez veces al día, siempre en vano. El chico no se parecía ni a ella ni a su padre; pese a todos sus esfuerzos, las familias Florent y Hardelet no habían conseguido hallar en sus recuerdos ni un solo pariente, por lejano que fuera, con los rasgos de Guy. «Debieron de cambiárnoslo por otro en la carretera, durante la huida de 1914», bromeaban a veces Agnès y Pierre. Para Guy, aquél era el último año de libertad en casa. El curso siguiente iría al mismo colegio en el que habían estudiado su padre y su abuelo.

Madre e hijo esperaban el coche bajo la marquesina de cristal. Para llegar al palacio bastaba con subir la calle, pero como todas las poblaciones de provincias, Saint-Elme tenía su propio código no escrito de convencionalismos, de costumbres celosamente respetadas. De noche, nadie se desplazaba a pie. Además, Agnès se había puesto unos zapatos de satén que no quería manchar. Era una noche de invierno húmeda y sin viento. En el aire flotaba esa niebla marina de la región del canal que, tras atravesar la llanura costera, desciende hacia el interior del país. Agnès llevaba un vestido negro de tul con largas mangas transparentes, según la moda de esa temporada.

Pese a no demostrarlo, Guy estaba muy excitado por la visita. Intuía que en la relación entre su madre y su bisabuelo había algo extraño, aunque no le sorprendía. Saint-Elme estaba dividido por oscuros resquemores: pleitos, disputas por herencias, rivalidades, disensiones políticas, que desde la infancia se aceptaban como algo natural, como la contrapartida inevitable del espíritu de familia del que todos se ufanaban. En cuanto un niño aprendía a hablar, durante las visitas del primero de enero, voces muy solícitas le susurraban al oído: «En casa de la tía Adèle no digas que el primo Jules te regaló un tren mecánico.» «¿Por qué?» «Porque no.» Y en su presencia comentaban: «¡Imagínate! Yo estaba con Georges, y de pronto pasa Marie.» «¿Y qué hiciste?» «Pues fue un mal trago: no se hablan desde 1911.»

La guerra, y sobre todo los años sucesivos a la contienda, habían enconado los resentimientos.

El coche arrancó, conducido por Pierre. En Saint-Elme, ninguna familia tenía chófer: el vehículo era necesario, pero superfluo el chófer. El arte de vivir y economizar residía en esos detalles.

—Recuerdo la noche en que fui al palacio en 1914... —le susurró Agnès a su marido.

—Ya verás. Reconstruyeron el edificio exactamente donde estaba el otro. En realidad, apenas ha cambiado nada.

Pasaron ante el café de Jault, la gendarmería y el ayuntamiento, que a la luz de los faros brillaban con el esplendor propio de sus piedras nuevas. Sí, apenas había cambiado nada, pensaba Pierre apaciblemente, olvidándose de la terrible herida en la cadera que a punto había estado de dejarlo cojo y que aún le dolía. Y de que, en cada una de aquellas casas, uno, dos, tres hombres, a veces más, no habían vuelto.

El coche se detuvo. Agnès bajó.

—Ánimo —le dijo su marido en son de broma.

Siempre estaba bromeando, pensó ella con ternura. Pierre fue a aparcar y tuvo que entrar sola, pues Guy había echado a correr hacia la casa con unos primos.

El anciano parecía empequeñecido, encogido. Sus mejillas estaban teñidas de un rojo oscuro, casi negro, que en algunas partes parecía sangre seca. Sin decir nada, le tendió dos dedos a Agnès y, casi de inmediato, se volvió hacia Simone. Agnès y ella se encontraban todos los domingos en misa, y bajo el pórtico de la iglesia se saludaban y se preguntaban por sus hijos. Pero así, sin sombreros y bajo aquellas luces, podían escrutarse mejor. Con mirada asesina, ambas examinaron los puntos débiles de la rival y, con certero instinto, descubrieron aquellos con los que el tiempo no había sido clemente: en Agnès, las finas patas de gallo y algunas canas; en Simone, las manchas rojizas de las mejillas y las aletas de la nariz y los kilos, que eran lo que más la envejecía.

«Qué adefesio... —pensó Agnès; pero también a ella le habría gustado estar más guapa, más elegante—. En provincias se envejece antes.»

Se dieron la mano.

—¿No ha venido el señor Burgères?

—No. Estará dos días en París. Tiene que ver a un cliente de la fábrica por encargo de su abuelo —explicó Simone, que sabía que, en París, Roland se vería con su amante.

—¿Ah, sí? —exclamó Agnès, que también lo sabía.

Reunidos ante la chimenea, los invitados admiraban el regalo que los empleados de la fábrica le habían entregado a Julien Hardelot esa misma mañana. Era un reloj de mármol de mesa flanqueado por dos estatuillas: un guerrero desnudo cubierto con un casco romano y una dama con una túnica tocada con un gorro frigio. Las estatuillas eran de bronce dorado y sus lanzas cruzadas descansaban sobre el cuadrante, esmaltado y con números y agujas de oro.

—Qué bonito... y qué grande... —se admiraba la gente, calculando a ojo el peso de la piedra y el metal.

En la oscuridad nocturna se adivinaban las casas de los obreros, erigidas a los pies de la fábrica y que ahora rodeaban la calle de los Hardelot por ambos lados. Las ventanas estaban débilmente iluminadas. Unos y otros vivían pegados, pero ni se conocían ni se apreciaban. Al llegar a Saint-Elme, Agnès había querido abrir un dispensario y una guardería cerca de la fábrica, pero el abuelo de su marido le había hecho saber que era inútil, que él ya se ocupaba del bienestar de sus obreros. Para el anciano, quienes nacían en aquella tierra eran como de su propiedad. Hacía estudiar a los niños dotados y luego los colocaba en su empresa. Pero ¡ay del que abandonara la Papelera Hardelot! Un acuerdo tácito con los industriales de la región le cerraba todas las puertas. Incluso sus rivales respetaban esa ley. Había ordenado construir viviendas baratas y una escuela, pero había denegado la piscina y el estadio que le solicitaban. «Si queréis cansaros, mejor que sea trabajando», había respondido, pues a su modo de ver el estadio y la piscina eran un lujo superfluo. Los sueldos de la fábrica eran bajos, pero los miembros de la familia Hardelot (Pierre y sus primos más jóvenes que trabajaban allí también) no recibían un trato de favor.

—Mi abuelo es muy astuto —decía Pierre—: es un jefe. Sabe que la gente prefiere el mal de todos al bien de unos cuantos. Cuando ha acabado de abroncarme delante de los obreros, todo lo que les suelta a ellos (¡y hay que ver lo que les suelta!) les parece suave.

Pierre acababa de entrar. Besó a su abuelo y lo felicitó; luego fue a reunirse con los hombres, que estaban de pie ante la chimenea, mientras que las mujeres permanecían sentadas en los canapés: la extensión del gran salón separaba a ambos sexos. Los hombres hablaban de sus coches, un tema de conversación que les resultaba inagotable. Se embarcaban en amorosas descripciones de sus características. Los comparaban apasionadamente con los de los demás. Contaban con deleite los accidentes que habían sufrido.

—En la cuesta, ya sabe, a la salida del pueblo...

—Sí, la conozco, es peligrosa.

—Fue en 1921... No, en enero de 1922. Había un camión estacionado. Había una luz, pero...

Mientras tanto, las señoras hablaban de sus partos. Como el soldado que se acuerda de las heridas recibidas en el frente, con orgullo y estremeciéndose al evocarlos, murmuraban:

—Con mi Jean tuvieron que usar fórceps, ¿sabe?

—Pues yo, cuando nació Suzanne...

Entre las mayores, esos relatos adquirían tintes nostálgicos, parecidos a los veteranos que suspiran al decir: «Cuando me amputaron la pierna en el campo de batalla...», pero en realidad están

pensando: «En los buenos tiempos...»

Se sentaron a la mesa. Los rostros de toda aquella buena gente, fuertes y enrojecidos los de los hombres y suaves y en su mayoría ajados los de las mujeres, se inclinaron sobre los platos de sopa. La comida era excelente y copiosa. El viejo Hardelot se volvía a derecha e izquierda, mirando las dos hileras de invitados, con un extremo de la servilleta enganchado en el cuello duro. Hacía tiempo que una especie de telilla le velaba los ojos, como a los perros muy viejos. Pierre sospechaba que su abuelo estaba quedándose ciego, aunque el viejo lo disimulaba ferozmente. Quiso coger la copa de vino y su mano se movió a tientas por el mantel, sin dar con ella.

—¿Quiere beber, abuelo? —le dijo Pierre, acercándosele.

—No —respondió el anciano, fulminándolo con la mirada.

De vez en cuando, era presa de una ligera somnolencia. Aquella cena estaba agotándolo y su familia lo aburría, pero era necesario. Todo aquello formaba parte de lo necesario. Después de cuatro años de guerra, se encontraba de nuevo en un mundo estable, regido por costumbres y leyes inmutables. Los cimientos eran sólidos y no se moverían. Las cosas estaban en su sitio. Abandonaría un mundo al que al fin había devuelto su paz y su riqueza. En Saint-Elme, como en todas partes, también había habido huelgas, desórdenes, y seguiría habiéndolos, se dijo; pero la época de las grandes convulsiones había tocado a su fin. Por otra parte, el futuro no le preocupaba demasiado, pues en su caso el futuro había menguado notablemente. Sin embargo, en ciertos momentos se sentía reanimado por un flujo de poderosa vitalidad y pensaba: «Puedo llegar a los cien años.» Su propio abuelo había muerto a los ciento tres, y él lo había conocido bien. Pero se miraba las manos, violáceas y heladas, y meneaba la cabeza. No, no había ninguna esperanza de llegar a 1942. Así que lo importante era que todo siguiera en orden otros dos o tres años. Después... Lanzó a los suyos una de esas miradas llenas de perspicacia e ironía, propias de algunos viejos y enfermos graves, una mirada que significa: «Ahora os toca a vosotros. A ver cómo os las apañáis.»

De vez en cuando se olvidaba del presente y recuperaba jirones del pasado: su juventud, sus padres, rostros que sólo perduraban en su memoria.

Los demás lo veían sumirse en profundas y prolongadas ensoñaciones, de las que emergía con expresión desorientada y atontada, como si despertara tras una larga noche.

—Hoy tiene mala cara —murmuraban.

Finalizada la cena, los jóvenes pidieron permiso para bailar. Las chicas, vestidas de azul celeste o rosa caramelo, evolucionaron por el salón bajo la mirada vigilante de sus madres. Las bodas se concertaban en ocasiones como aquella.

—Su Madeleine ya ha cumplido los dieciocho, ¿verdad? —se decía tímidamente al principio. Y tras un silencio—: No sé si Achille, el hijo de los Renaudin, volverá pronto de París. —Y al final—: Siempre pensé que haría buena pareja con Madeleine... ¡Es tan mona!

—No consigo que se mantenga erguida. Se le pasará con la edad —comentaba la madre, como el propietario que se apresura a señalar los pequeños defectos de la casa antes de que el comprador los advierta y los magnifique; por ejemplo, tocando la pared y diciendo: «Vaya, aquí hay un desconchón», confiando en impedir así que el otro exclame: «¡Menuda grieta!»

—El muchacho de los Renaudin es serio y trabajador —afirmaba alguien.

—Sería bonito que estos chicos...

Los acontecimientos futuros nacían en la sombra.

—NO entiendo a este muchacho —le dijo Pierre a su mujer.

Era una noche de septiembre, tibia y traicionera, que olía a tormenta y otoño a la vez. Como todas las noches de ese verano antes de irse a la cama, los Hardelot se habían sentado un rato en el jardín. Habían tenido que apagar la luz de la terraza, que atraía los mosquitos. El fox terrier blanco estaba echado a los pies de Pierre y el gato rojizo sobre las rodillas de Agnès. Dentro, Colette tocaba el piano.

Desde el octogésimo quinto cumpleaños de Julien Hardelot, en Saint-Elme habían cambiado muchas cosas. El anciano había muerto al cabo de unos meses y ahora la fábrica se llamaba «Antigua Papelera Julien Hardelot — P. Hardelot y R. Burgères, Sucesores.» El verano de 1933 tocaba a su fin. En Europa hacía ya tres años que la resaca de la victoria se había disipado por completo, y una sorda y turbia inquietud agitaba los ánimos. El mundo se asemejaba a un enfermo que despierta gimiendo y se da la vuelta en la cama tratando en vano de olvidar sus dolores. Pero la vida cotidiana seguía siendo apacible. La gente leía los periódicos y exclamaba «Qué espantoso». Se imaginaban guerras futuras. «Estados Unidos, la Depresión, Alemania, la Unión Soviética...», se murmuraba, y a continuación los diarios se dejaban caer en la grava. La criada traía el café. Un postigo del salón se cerraba. Agnès buscaba con la mirada la mancha brillante, todavía visible en la creciente oscuridad, de las grandes cinias púrpura y naranja que crecían en el césped. Las estrellas titilaban suavemente.

—No entiendo a este muchacho —repitió Pierre.

Estaban hablando de Guy. Colette aún era muy joven y sólo arrancaba las exclamaciones tiernas e irritadas que suelen dedicársele a una niña de trece años: «Dios mío, esta chica...», o «Pero ¡qué tontos somos a esa edad!» Lo de Guy era más serio. Tenía veinte años. Lo oían deambular por la casa, oían sus pasos tan pronto decididos y apresurados como leves y perezosos, emblema de aquella juventud a la que ya no entendían, pensó Pierre.

«Nunca arde con una llama uniforme», se dijo, acordándose sin motivo de las lámparas de aceite que veía de niño en casa de su abuelo: al encenderlas, la llama subía, se alargaba como queriendo devorar el tubo de cristal, y de pronto bajaba, humeaba y vacilaba hasta casi apagarse. Costaba regularla para que no fuera ni muy alta ni muy baja.

—Entiendo que se aburra con nosotros. Todos los chicos se aburren con sus padres. Ya sé que en su momento yo también... Pero, para empezar, no lo demostraba —aseguró un tanto malhumorado, pues la humedad nocturna reavivaba el dolor de sus viejas heridas en la cadera y el brazo.

—Imagino a tu padre diciéndole a la pobre mamá —replicó Agnès refiriéndose a su suegra, que había muerto de un cáncer de pecho dos años antes y ahora se beneficiaba de los calificativos reservados a los moribundos y los muertos: «Pobre... la pobre y querida mamá»—, reconociendo que no te entendía, Pierre, que la nueva generación le parecía inconstante, caprichosa, apática...

—Sí. Hablaban de mí en la cama —respondió él con suavidad—. Mi habitación era contigua a la suya, y cuando papá se dejaba llevar por la elocuencia, alzaba la voz y yo lo oía desde el otro lado de la pared. Aunque metiera la cabeza bajo la almohada, porque me avergonzaba y también me exasperaba, no podía evitar oírlo hablar de mí. Y, Dios mío, qué... ingenuo me parecía. Recuerdo que papá se ponía unos camisones blancos muy largos, y tenían una cama que era una especie de monumento. Para acostarse, había que subir tres peldaños, y mamá llevaba unos gorros de dormir con lacitos color berenjena y camisones con cascadas de encajes en las mangas.

—Lo sé —dijo Agnès sonriendo—. Con esos camiones le cosí muchas enaguas a Colette.

—Agnès, Guy tiene una aventura en París —soltó Pierre de improviso.

—Es que no sé por qué le dejamos ir, siendo tan joven...

—Mi querida Agnès... Si es de temperamento apasionado y enamorado, también en Saint-Elme habría encontrado alguna mujer, da igual quién, una obrera de la fábrica, una campesina o una señorita de buena familia, y habría hecho las mismas tonterías que en París.

—Va tan bien en los estudios...

—Muy bien, mejor que yo a su edad. Yo era un empollón, pero él tiene unas dotes extraordinarias. Cuidado, está aquí —advirtió, y se calló.

Llamó a su hijo, y Agnès se apartó un poco para dejarle sitio entre los dos. Pierre le ofreció un cigarrillo, que Guy rechazó distraídamente. «No fuma, no bebe más que agua... —pensó Pierre—. Demasiado correcto y bueno para su edad... Sus ojos, sus labios, sus manos traslucen pasión. No puede tratarse más que de una mujer... ¡Dios mío! ¿Es que nunca acabarán los problemas? Te casas, tienes hijos, te labras una posición, envejeces y crees que todo ha acabado. ¡Pues no! No ha hecho más que empezar...»

El dolor en la cadera le hizo soltar un leve gruñido. Supuso que Guy le diría «¿Qué ocurre? ¿Te pasa algo», igual que él le habría preguntado si su hijo hubiera suspirado o gemido. Sin embargo, el joven no preguntó nada. «¡Egoísta!», pensó Pierre con amargura, aunque se arrepintió enseguida; realmente, estaba volviéndose demasiado «padre». Su hijo ni siquiera lo había oído gruñir. ¡Pobre chico! Seguramente, el tumulto de su corazón y sus sentidos era tal que sofocaba cuanto le llegaba del exterior, cuanto no fuera él mismo... y ella. «¿Ella? Pero ¿quién puede ser?»

En la penumbra, Pierre buscaba con la mirada aquel rostro delgado y pálido bajo el espeso pelo, aquellos labios finos y apretados que tan bien conocía. «¿Será que ella no le corresponde? ¿O que quiere casarse con él? ¿Habrá algún obstáculo? Tendré que informarme —resolvió disgustado, pues hasta entonces había preferido evitarlo—. El abuelo y papá no habrían tenido tantos escrúpulos. Sin embargo, yo... Es mi deber, pero... En definitiva, ¿qué me importa a mí que sea rubia o morena, que se llame Marie o Suzanne? Pero hay una mujer y lo hace sufrir. Esas cartas que recibe, y sobre todo las que no recibe... Ese tono falsamente despreocupado con que, cada vez que llega el correo, pregunta: “¿No hay nada para mí?” ¡Y los viajes! Sí, los pretextos son siempre muy ingeniosos. A su edad, seguro que yo no lo habría hecho mejor. La invitación de un compañero, una semana en Italia para estudiar un nuevo sistema de fabricación de papel de lujo, el deporte, los estudios... Y cuando vuelve, esas ojeras, ese mutismo... ¡Sí! ¡Está claro! Además, Agnès también lo piensa», se dijo, y a sus ojos ésa era una prueba más que suficiente de que no se equivocaba, pues su mujer lo sabía y adivinaba todo.

Entretanto, el silencio se prolongaba y los incomodaba a los tres.

—¿Necesitas el coche esta noche, papá? —preguntó al fin Guy.

—No. ¿Por qué?

—Porque... si no te importa, me iría a dar una vuelta a Le Touquet.

—¿Ahora?

—Sí. Yendo rápido, se tarda dos horas.

—¿Y qué te corre tanta prisa en Le Touquet, a estas horas?

—Es mi última semana de libertad y me gustaría distraerme un poco. Además, un compañero mío, James Robinson, el inglés del que ya te he hablado, me escribió diciendo que pasaría el fin de semana allí, y me gustaría...

—Está bien. Pero no te canses —lo atajó su padre con brusquedad.

Guy se levantó de un brinco, pero Pierre lo agarró de una manga.

—Dime una cosa: ¿y si no te hubiera dejado el coche?

—Habría ido en bicicleta —respondió su hijo con voz suave.

—¿Y si te prohibiera salir?

Guy no respondió.

—Lo harías igualmente. Ve, hijo, ve...

—Guy... —le dijo su madre en tono de reconvención.

Tanto ella como Pierre pensaban que no actuaban como debían, que no eran lo bastante firmes si pretendían retener a su hijo, ni lo bastante hipócritas si pretendían hacer la vista gorda. ¡Qué difícil era encontrar el término medio, Dios mío!

Pierre estuvo a punto de exigirle a Guy una explicación, pero no se atrevió.

—Ve, hijo, ve... —repitió, soltándole la manga.

Sin embargo, no pudo reprimir unas palabras de reproche, a pesar de que su mujer, más sensata, callara; pero ya se sabe que las mujeres son más pacientes.

—Desde luego, se te notan unas ganas de estar con nosotros realmente enternecedoras —murmuró con sequedad—. Gracias.

—Pero ¡si no me he movido de Saint-Elme en tres semanas, papá! Y tres semanas aquí... ¡se dice pronto! Tú no te das cuenta porque te has pasado la vida en este pueblo, pero yo...

—Pero tú, como también vas a pasarte la vida aquí, deberías ir acostumbrándote.

—Eso está por ver —replicó Guy entre dientes.

—¿Qué está por ver?! —exclamó Agnès—. ¿Qué quieres decir?

—Tranquilos, no voy a anunciaros que me voy de Saint-Elme para dedicarme a la literatura o meterme a cartujo —respondió el joven, tratando de bromear—. Sólo digo que está por ver porque es evidente que vamos hacia una guerra o una revolución, o hacia ambas a la vez, y que, de aquí a unos años, quizá no quede piedra sobre piedra de vuestro Saint-Elme, y puede que ni un hueso ni un gramo de carne de mi persona.

—¡No digas eso! —le pidió su madre con voz temblorosa.

—¡No digas eso, idiota! —saltó a su vez Pierre, avergonzándose de su ataque de ira casi al instante.

—Perdón; no quería entristeceros —respondió Guy con extraordinaria suavidad, casi con lástima—. Creía que también vosotros os dabais cuenta de que, inevitablemente, la situación desembocará en una serie de violentas convulsiones y sin duda una gran catástrofe. Creedme, no hay chico de veinte años que no se sienta abocado a un futuro del que lo mejor que puede decirse es que no inspira la menor confianza. Y precisamente por eso...

—¿Qué?

—Nada.

—Precisamente por eso quieres disfrutar cuanto puedas de lo que te queda, ¿verdad? Eso no es nuevo, ¿sabes? —repuso Pierre, irritado—. Lo mismo sentíamos nosotros durante la guerra cuando volvíamos del frente.

—Sí, pero vosotros disfrutabais de un modo vulgar, grosero... Bueno, no me refiero a ti, papá. Ya sé que estabas casado y eras padre de familia; no estoy metiéndote en el mismo saco. Me refiero a tu generación, a Burgères, por ejemplo. Yo, si quiero gozar con plenitud de la vida, es para obtener de ella lo mejor que ofrece, lo más elevado, sus sentimientos más puros, más excelsos... Pero es difícil de explicar, y tú no podrías entenderlo. En vuestra época, por ejemplo, se despreciaba a las mujeres...

«Por fin ha salido», pensó Pierre, y aguardó.

Guy era consciente de que lo observaban, de que estaban a la espera de una frase reveladora pronunciada en un momento de descuido. Así que reculó.

—No son más que vaguedades muy manidas... Bueno, papá, entonces quedamos en que me dejas el coche. Creo que estaré de vuelta mañana a mediodía. A menos que James Robinson...

—Te invite a cenar. Y a lo mejor, también a dormir. En ese caso nos telefonarás. Además, no hace falta que nos preocupemos, porque James Robinson es muy amable, muy formal, tiene una madre anciana y un hermano pequeño... Muy bien, muy bien... Ya te lo he dicho, no te canses. ¡Es increíble lo tontos que nos consideran nuestros hijos!

—Qué sarcástico eres, papá —murmuró Guy, esforzándose por sonreír.

Estaba de pie frente a ellos, con la cabeza gacha y removiendo distraídamente la gravilla con la suela del zapato, como cuando traía del colegio una mala nota en latín. Aquella actitud de niño compungido enternecía a su padre y le quitaba las ganas de seguir atormentándolo. Agnès se levantó y entró en casa.

—Hazme el favor de no profetizar más desastres delante de tu madre —gruñó Pierre—. Ya ha sufrido bastantes, ¿no te parece? Tú no te acuerdas porque eras muy pequeño, pero cuando pienso en la huida, en la destrucción de Saint-Elme, en aquellos cuatro años de guerra, en mi herida... ¡Ay, hijo! Dirás lo que quieras, pero afortunadamente nunca más volverá a verse nada parecido. Anda, vete, diviértete. ¿Necesitas... necesitas dinero?

—Un poco de dinero nunca viene mal. Pero acabo de cobrar mi mensualidad...

—Da igual. Toma —dijo Pierre.

Le tendió dos billetes de cien francos, mientras pensaba: «Así no hará locuras.» Pero el desinterés de su hijo por el dinero parecía indicar que la mujer en cuestión tenía medios.

—Y no corras demasiado. Más vale que la hagas esperar pero que te vea llegar entero —murmuró.

Guy no se dio por aludido. Se guardó el dinero en el bolsillo, le ofreció la mejilla a su padre y se marchó.

PIERRE estaba en París tratando de conseguir dinero. Desde hacía tres años, en Saint-Elme, como en todos los centros industriales de la región, las máquinas producían unas mercancías caras que nadie compraba. Y cuando al fin llegaban los pedidos, la mitad de las veces las remesas entregadas no se cobraban: las empresas más antiguas y sólidas se iban a la bancarrota.

«La nuestra aguanta gracias a Simone, al dinero de Simone —pensaba Pierre—. A mí no me queda nada.»

Un tercio de la fortuna dejada por Julien Hardelot se había volatilizado con la quiebra del Banco Digoin, una entidad que parecía indestructible y había administrado los fondos de todo Saint-Elme durante dos generaciones. Pero también había muerto: ¡descanse en paz! Hacía tres años que Pierre había invertido todo el efectivo que le quedaba en la fábrica, que exigía nuevas aportaciones de capital, dinero fresco. Con cada vencimiento, se reiniciaban para él los cálculos, la petición de préstamos, las noches en vela, las angustias por conservar su parte. No tardaría en verse obligado a ceder sus activos a los Burgères —a quienes ya debía una importante suma—, y entonces, ¡adiós fábrica! No ignoraba que Simone deseaba librarse de él.

—Eso es porque te quería —decía Agnès—. Tiene un carácter dominante, desea someterte con su dinero, ya que no pudo hacerlo de otro modo cuando éramos jóvenes.

«Ocurrencias de mujer», pensaba Pierre. Aunque algo había de cierto en ello.

Con Roland Burgères siempre se entendía. Roland le mostraba un aprecio y una simpatía sorprendentes. Entre ellos dos, todo se habría arreglado. Pero ¡estaba Simone de por medio! Ahora era una mujer vieja, obesa y torpe de ojos duros. Siempre vestía de negro, pues llevaba luto por sus innumerables primos, repartidos por el norte y el Paso de Calais, que invariablemente morían sin descendencia y la dejaban heredera.

—El dinero llama al dinero —les decían los Hardelot-Arques a los Hardelot-Demestre con acritud, presintiendo que su reinado tocaba a su fin, que el cetro iba a cambiar de manos.

Ahora en los salones de Saint-Elme los Hardelot formaban un grupo reducido, menguado, compuesto únicamente por la familia, mientras que la oronda señora Burgères avanzaba con parsimonia rodeada, como antaño el viejo Julien, por la ingrata multitud. Con sus opulentos pechos y sus anchas caderas parecía hender las olas como una fragata el mar, y tras ella, en su estela, iba Rose, su única hija.

«Sí, puede que haya algo de cierto en eso —se decía Pierre al sorprender una de aquellas miradas posadas, no en él, jamás en él, sino en Agnès. Se sentía víctima, sobre todo, de una rivalidad entre mujeres—. Además, si sólo se tratara de mí...», pensaba.

Lo que le preocupaba era el futuro de Guy. No le costaba nada imaginarlo solicitando un empleo en la fábrica que había sido de su abuelo.

—¿Bromeas? —exclamaba Agnès escandalizada cuando se lo oía decir—. ¡Con lo inteligente que es, con el colegio al que ha ido, con la educación que ha recibido...!

Era difícil hacerle comprender que vivían en un mundo donde la inteligencia y los estudios ya no valían gran cosa: «Mercancías caras que nadie compra.» No, había que resistir a toda costa. En el fondo, ése era el secreto en cualquier circunstancia, pensaba Pierre.

Estaba cansado. Había hecho muchas gestiones infructuosas. En aquellos días, la política exterior de Francia parecía temeraria, y la interior, aún más. Por todas partes había visto rostros sombríos y

oído frases casi desesperadas, de una extraña y oscura desesperación, como si el mundo actual aceptara su condena sin protestar, sin rebelarse, con una sorda y débil queja. Pierre había pedido un préstamo personal a sus banqueros habituales, en vano; a continuación había ofrecido como garantía las escrituras de su casa, también en vano. Lo más sensato era acudir al propio Roland. Simone tenía la llave de la caja fuerte, pero Roland disponía de cierto crédito personal, sobre todo después de que a su mujer le hubieran diagnosticado una dolencia cardíaca... De pronto, Pierre recordó con extraordinaria precisión las tardes de 1910 en la playa de Wimereux, cuando Simone era su prometida oficial. Revivió la cena de compromiso y lo que la siguió, y sintió una melancolía tan acre y penetrante como los vapores de un mal vino. A su alrededor, todo era triste y gris. Atravesó el Campo de Marte en dirección a casa de Guy. Era un atardecer de mayo, pero hacía frío y una tenue neblina descendía del cielo y se condensaba en llovizna, como en pleno otoño. Se cruzó con unos chicos que volvían del instituto con las carteras repletas de libros bajo el brazo; los vio echar a correr y subir de un salto al autobús AX.

«Y pensar —se dijo Pierre al oír sus risas— que quizá un día recordarán la primavera de 1936 como una época tranquila y feliz... Hoy hay amantes correspondidos y niños felices, pero a mí todo me parece lúgubre. ¡Ay, es porque me entristezco lejos de Agnès y Colette! Qué casero me he vuelto, Dios mío, qué buen burgués... Me encierro en mi concha y me olvido del mundo. Pero ¡el muy canalla no se deja olvidar! Bueno, entonces, ¿qué? ¿Voy a ver a Roland? ¿Apelo a su sentido del honor, a nuestra camaradería, para que interceda ante Simone, para que me concedan una prórroga, para que paguen ellos la letra de Baumberger? ¿Ganar tiempo, resistir... hasta que se produzca el desastre? ¡Bah! A cada día le basta su afán. No pienso imitar a los Jeremías que se cubren la cabeza de ceniza. Las cosas se arreglarán, porque en la vida siempre acaba estableciéndose una especie de *modus vivendi*, un acomodo de la desgracia, que es lo único a lo que racionalmente puede aspirarse. Tendré que explicárselo a Guy —se dijo—. Ya es bastante mayor para dar su opinión. Y conoce bien a Burgères, son amigos. Incluso sospecho que fue Roland quien le presentó a esa mujer...»

Pierre frunció el cejo. Cualquier cosa que le recordara la pasión amorosa de Guy, tan misteriosa, tan invisible, tan viva desde hacía tres años, lo apenaba e irritaba. Apretó el paso en dirección a casa de su hijo. Tenía muchas ganas de volver a verlo. ¡Qué largos eran aquel aprendizaje, aquellos estudios, aquel servicio militar! Le habría gustado que volviera a casa.

Suspiró. Cruzó el solar de la Exposición, que separaba los jardines del Campo de Marte de la Explanada. De repente, en la oscuridad nocturna, desde la cima de la torre Eiffel empezaron a lanzar fuegos artificiales, probándolos para la ceremonia de inauguración. Aquellas llamas, aquellos fuegos de bengala que caían sobre los húmedos y desiertos jardines, se le antojaron fúnebres y extraños. Las detonaciones y el largo silbido de las bengalas antes de apagarse se superponían al repiqueteo de la lluvia. Pierre llegó por fin al edificio de su hijo. Cerró el paraguas mojado y subió.

Guy vivía subarrendado en el piso de uno de sus primos, oficial del ejército en Marruecos. Pierre y Agnès se alegraban de haber podido evitar a su hijo la experiencia de los sórdidos hoteles del Barrio Latino, pero a veces Pierre pensaba que le había concedido su libertad de hombre demasiado pronto. Se acordaba de sus tiempos de estudiante: «Una mujer, incluso enamorada, habría dudado en cruzar el umbral del hotel Grands-Hommes, donde según los sanos principios de economía de la familia Hardelot me enclaustraron a los veinte años», se decía. Guy, en cambio, podía permitirse la amante más distinguida. Aquella misteriosa relación seguía adelante, no cabía duda. «Pero tarde o temprano el chico tendrá que volver a Saint-Elme, y entonces... A menos que antes...» Suspiró. No había nada seguro: eso era lo peor. «Un Hardelot necesita saber dónde está, aunque sea en el infierno. Después de todo, en él estuve durante cuatro años. Pero, demonios, sabía dónde me encontraba, mientras que

ahora lo insoportable es esta especie de limbo, de niebla, de espejismo... ¡Bah! Este miedo tremendo pero impreciso es el mal de la época; seguramente, en los manuales de historia se leerá: “Entre 1920 y 19... el mundo vivió un período relativamente feliz...”»

—¡Vaya! Pero si no está... —murmuró Pierre, pulsando el timbre por segunda vez a la espera de que le abrieran—. Qué raro... Habíamos quedado para cenar juntos hoy, ocho de mayo.

Volvió a llamar. Por fin, oyó pasos al otro lado de la puerta y apareció su hijo: no llevaba cuello duro, ni se había afeitado, y miró un instante a su padre como si no lo reconociera.

—¿Estás enfermo? —le preguntó Pierre preocupado.

—Sí... Un poco resfriado. Estaba durmiendo... Perdona, papá, pasa, pasa...

—Pero ¿qué te sucede? ¿Has llamado al médico?

—¿No lo dirás en serio? Seguramente no es más que una gripe. Con este tiempo, ya sabes...

—¿No tienes fiebre?

—Claro que no.

Pierre le puso la mano en la frente.

—No, no estás caliente. Pero tienes una cara...

—¡Ya te he dicho que no es nada, papá!

—Bueno, no te enfades —murmuró Pierre, apenado al ver que irritaba a su hijo—. El caso, Guy, es que venía a que me dieras de cenar. Pero si no tienes más que aspirinas...

—No, no, tranquilo. La portera subirá enseguida y nos servirá una cena estupenda.

Guy hizo pasar a su padre al comedor, donde, efectivamente, la mesa estaba puesta para dos. Se sentaron y se miraron en silencio, sintiéndose muy lejos el uno del otro. Por fin, el joven preguntó por su familia. Cuando Pierre estaba respondiéndole, su hijo lo interrumpió con un gesto brusco, autoritario, casi grosero, y dijo:

—Ha sonado el teléfono, ¿no?

—Pues no.

Pero Guy cogió el auricular.

—¡Diga, diga! —exclamó en vano varias veces. Pierre se había vuelto hacia él—. Tenías razón —reconoció al fin con voz apagada—. He tomado un poco de quinina y me zumban los oídos. Decías que mamá...

La conversación se reanudó, fría y forzada. Agobiados por sus respectivas preocupaciones, ambos murmuraban casi al azar palabras conocidas: «Tu madre... Tu trabajo en la fábrica...», palabras que se enlazaban con otras espontáneamente, sin que el mecanismo del pensamiento interviniera ni en el padre ni en el hijo. Pierre se quitó las gafas, que llevaba desde hacía poco, pues iba perdiendo vista, contempló con expresión triste y absorta la montura de concha, echó el aliento sobre las lentes, las limpió y miró a través de ellas un punto invisible en el espacio. Desde hacía algún tiempo, sus gestos empezaban a parecerse a los de su difunto padre, y aunque él era consciente y le irritaba, no podía evitarlo. Estaba más decidido que nunca a poner a Guy al corriente de todos los problemas de dinero. «Un clavo saca otro clavo», se dijo. Pero no sabía cómo explicarle la verdad. Era un tema delicado, espinoso. «¿Y si me reprocha que no he sabido llevar nuestros asuntos? No, Guy es un hijo respetuoso. Pero ¿y si lo piensa? Oh, qué injusto y lamentable sería... ¿Y si se halla a punto de cometer alguna estupidez, casarse o...? ¿Lo retendrá lo que le cuente, o por el contrario...?»

En su agitación, se levantó y empezó a pasearse por el comedor. Ahora los dos estaban callados. El joven, derrumbado en un sillón, rasgaba lenta y nerviosamente las páginas de un libro que tenía abierto sobre las rodillas.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó al fin su padre.

—¿Yo? —balbuceó Guy, sobresaltado—. Nada. Voy a ver qué pasa con la cena —dijo, levantándose de golpe.

Pierre se quedó solo bastante rato. En determinado momento, al mover distraídamente los cojines del canapé, vio caer sobre la alfombra una cajita dorada. Contenía polvos de maquillaje y una borla. Esforzándose por sonreír, Pierre se lo tendió a su hijo, que acababa de regresar.

—Toma, esto debe de ser de uno de tus profesores.

Con el ceño fruncido, Guy cogió la polvera y se la guardó en un bolsillo sin comentar nada. Llamaron a la puerta. El joven palideció, dio dos pasos hacia la entrada y se detuvo.

—Qué tonto soy... Será la portera.

En efecto, la mujer entró pidiendo disculpas por el retraso. Si los señores querían sentarse a la mesa, la sopa estaba lista. Una vez servidos, padre e hijo, uno enfrente del otro, tomaron unas cucharadas sin decir palabra. La portera regresó, vio los platos medio llenos y, apurada, les preguntó si la sopa no era de su agrado. Guy no respondió y Pierre murmuró que estaba deliciosa, pero que no tenía apetito. La tortilla de jamón y la ternera fría aparecieron al mismo tiempo sobre la mesa; luego, tras dejarles unos platos con la fruta y el queso, la mujer se marchó diciendo que la cafetera estaba al fuego. «Es el momento», pensó Pierre, oyéndola bajar pesadamente la escalera de servicio.

—Escucha, hijo... —empezó.

No le ocultó ningún detalle. Le contó los pormenores de la quiebra del Banco Digoïn, sus crecientes dificultades y sus tentativas, infructuosas hasta ese mismo día, de obtener dinero. Quería impresionarlo, asustarlo incluso; cualquier cosa era preferible a la muda apatía con que lo escuchaba. Al final, no pudo contenerse.

—Bueno, ¿qué opinas de todo esto? —lo urgió.

—Nada.

—¿Nada?

—No. No me sorprende. Todo el mundo está igual.

—Ya, pero tendrás alguna idea, ¿no?

—¿Sobre qué?

—Sobre el futuro. Sobre tu futuro.

—No separo mi futuro del vuestro —replicó Guy en tono más suave—. Lo único que se puede hacer es capear el temporal y esperar. O las cosas en general se arreglan, o todo se hundirá. Lo que está en dificultades no es tu empresa, no es la Papelera Hardelot, sino un inmenso y complejo entramado en el que no eres... en el que no somos más que insignificantes engranajes.

Pierre mencionó a Burgères.

—¡Ése no! —farfulló Guy, súbitamente alterado—. Sobre todo no le pidas nada a Burgères. ¡Nada, te lo ruego! No lo soporto.

—¡Vaya! —exclamó su padre, sorprendido—. Creía que erais muy amigos...

—¡En absoluto! —declaró Guy, apartando el plato—. ¡Menuda ocurrencia! Simplemente tenemos algunos amigos comunes, eso es todo. Aléjate de Burgères, papá. No es de fiar.

—Te equivocas.

—¿Ah sí, eso crees?

—Bueno, no le confiaría a una mujer, pero por lo demás...

—¡Ah! —murmuró Guy, y se calló—. Pero ¡por Dios!, ¿qué le ven las mujeres? —exclamó al fin con sorda y dolorida irritación—. ¡Para empezar, es un viejo!

—Vamos, Guy, un poco de caridad. Es más joven que yo...

—Ya... En fin, hablo en serio. ¿Tú qué le ves, papá?

—Pues no sabría decirte, hijo, nunca lo he mirado de ese modo. Su físico no me interesa. ¿Estás celoso de él?

—Qué idea más absurda... —mascullo Guy, pálido.

—Bueno, tú también haces preguntas absurdas: te menciono a Burgères en relación con la fábrica, y me preguntas si lo encuentro atractivo. Vamos, hijo, serénate. Se trata de asuntos graves. Pensaba entrevistarme con él esta noche.

—¿Esta noche? Entonces, ¿está en París?

—Sí. Por unos días. Y seguro que, lejos de esa maldita Simone, será más fácil... Pero ¿qué te pasa? ¿No me escuchas? ¿Te encuentras bien?

—No, yo... ¡Oh, estoy seguro! ¡Esta vez estoy seguro de que han llamado! —exclamó el joven, sumamente agitado, y, abalanzándose sobre el teléfono, cogió el auricular y repitió ansioso—: ¡Diga! ¡Diga! ¡Estoy al aparato, dígame! —De repente se volvió hacia Pierre—. Es para ti, papá —anunció bajando la voz—. Te llaman de Saint-Elme.

Era Agnès.

—No te alarmes —dijo ella—. En casa estamos bien. Pero a Burgères le ha ocurrido una desgracia.

—¿A Burgères? Ahora mismo estábamos hablando de él... ¿Me oyes? ¡Te escucho! —gritó.

—Acaban de telefonar de Versalles. Ha sufrido un accidente de coche entre Saint-Cyr y La Trappe. El pobre ha muerto. Simone y Rose irán a París, pero te ruegan que tengas la bondad de acudir cuanto antes a Versalles para ocuparte de las formalidades, si te es posible. ¿Guy está bien? Dale un beso de mi parte. Y otro para ti, cariño...

Pierre oyó el beso de Agnès en el auricular, le dio las buenas noches y volvió junto a su hijo.

—Hay que ver... Pobre Roland... pobre muchacho... Siempre fue muy amable conmigo. Y en la guerra se portó muy bien. Ya no podrás quejarte de él. En fin... Ahora tengo que ir a Versalles. Menuda papeleta... Buenas noches, Guy.

—Te acompaño.

—Estás enfermo, hijo, y además no hace falta.

—Te acompaño —insistió el joven.

Tras un silencio, con voz extraña, preguntó:

—¿Cuáles han sido las circunstancias exactas de su muerte?

—Ya te lo he dicho, un accidente de coche.

—¿Iba solo?

—Lo sabremos en Versalles —respondió su padre con brusquedad.

Hicieron el trayecto en silencio. Guy se había sacado la polvera de oro del bolsillo y la acariciaba con suavidad. Cuando llegaron al hospital, su padre le pidió que lo esperara en el vestíbulo. El joven se sentó frente a la ventana y se quedó mirando la lluvia, iluminada por una farola.

—Cuando lo han encontrado en la carretera, aún estaba vivo —explicó su padre al regresar—. Ha muerto al llegar al hospital. No creo que haya sufrido.

—¿Estaba solo, papá?

—Sí.

—¿De verdad?

—Pues sí.

—¿Me lo juras? —insistió Guy.

—Te lo juro —dijo Pierre tras una breve vacilación, y cogió a su hijo del brazo—. Ahora, vámonos.

Guy se soltó con suavidad.

—Espera, me gustaría verlo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque sí. Después de todo, tenías razón, papá: éramos buenos amigos y me gustaría despedirme de él. Espérame aquí.

—Está bien, ve —respondió su padre.

Se dijo que las enfermeras estaban avisadas y que su hijo nunca sabría que Burgères viajaba con una desconocida. La mujer había salido ilesa y se había marchado a casa. Quizá para Guy hubiera sido preferible que... Negó con la cabeza.

Entretanto, el joven había entrado en la pequeña habitación donde yacía el cadáver. Permaneció largo rato contemplando al atlético y apuesto Burgères, cuyo rostro estaba desfigurado. Lo habían desnudado y cubierto con una sábana. Su ropa, manchada de sangre, se hallaba sobre una silla.

—Me gustaría quedarme solo con él un momento —le pidió a la enfermera—. Éramos amigos.

En cuanto estuvo a solas, Guy se abalanzó sobre la chaqueta y el chaleco de Burgères, se colocó bajo la lámpara, encontró la cartera y, con un estremecimiento de miedo y asco, empezó a hojear unas cartas. Nada, no encontraba nada. Llamó a la enfermera.

—Mil francos —le propuso, mostrándole el dinero—, mil francos para usted si me dice con quién estaba este hombre cuando ha muerto. Su mujer legítima llegará enseguida. No debe enterarse. Pero a mí puede contármelo.

La enfermera dudó un instante.

—Estaba con una mujer —dijo al fin.

—¿Rubia, elegante, ojos muy azules, con un collar de piedras rojas, granates oscuros en forma de estrellas?

La enfermera asentía con la cabeza. Guy iba exaltándose.

—¿Llevaba un sombrero de paja blanca con una cinta roja? ¿O un sombrero de fieltro gris? ¿O...?

—Un sombrero de fieltro granate con una cinta negra.

—¡Ah, su sombrero granate! —farfulló él—. ¿Y está segura respecto al collar, señorita?

La enfermera miró los billetes.

—Completamente.

—¿No tenía ninguna herida? —le preguntó Guy en voz baja, antes de entregarle el dinero.

—No, ni un rasguño.

El joven cogió el sombrero, echó un último vistazo a Burgères y volvió junto a su padre.

—Cuánto has tardado... —observó Pierre.

Guy no respondió. Se marcharon en silencio.

EL cuerpo de Burgères fue trasladado a Saint-Elme e inhumado en el sepulcro de los padres de Simone, bajo un grupo escultórico que representaba a un individuo de larga barba y capa ondeante arrodillado en un cojín, al que un ángel tocaba el hombro con un dedo mientras señalaba con otro la chimenea de la fábrica, visible por encima de un ciprés. Guy siguió el ataúd con los Hardelot y los Renaudin al completo, echó agua bendita a la fosa, se inclinó ante Simone y Rose, volvió a casa y almorzó: en una palabra, hizo lo que debía, lo que se esperaba de él. Luego se despidió de su familia, regresó a París y, esa misma noche, se pegó dos tiros en el pecho con un revólver.

Su padre, acosado por lúgubres sueños, había dormido mal y estaba descansando después de comer, cuando lo despertaron el timbre del teléfono y el grito de Agnès, que corrió a su lado y se derrumbó en la cama sollozando.

Salieron hacia París de inmediato. Les habían dicho que Guy agonizaba, que podía morir en cualquier momento. Cuando, tras un viaje parecido a una incoherente pesadilla, llegaron al fin a la clínica, les comunicaron que el cirujano estaba operando a su hijo, en la última tentativa por salvarlo, y les pidieron que esperaran. Se sentaron en un sofá de terciopelo verde en la triste sala de visitas, rodeados de personas que aguardaban como ellos. Nadie hablaba. De vez en cuando, un pecho oprimido dejaba escapar un débil suspiro. Cuando la puerta se abría, todos aquellos rostros tensos y pálidos se volvían hacia la enfermera que aparecía; todos aquellos labios mudos se movían levemente; todas aquellas manos temblorosas se juntaban, se entrelazaban convulsivamente o se crispaban sobre los asientos. A esas horas sólo operaban los casos urgentes, a los enfermos muy graves. La enfermera, joven y atractiva, cruzaba la sala sin mirar más que su cara en el espejo, se arreglaba la cofia y pasaba de largo. La puerta volvía a cerrarse.

Pierre y Agnès no se atrevían a mirarse, ni a hablarse o cogerse de la mano. Aquel dolor no se parecía a ninguno que hubieran sentido antes. No los unía; era demasiado distinto en cada uno de ellos: lancinante y desgarrador en Agnès, un dolor de la carne, sin voluntad ni pensamiento, como cuando el niño había nacido. El de Pierre, amargo y meditabundo. ¡Su hijo, su Guy, había sido capaz de aquello, de aquel pecado, de aquella cobardía! No se atrevía a volverse hacia su mujer. ¿Qué podía decirle? Sus manos, que les ardían, se encontraron sólo un instante. Pierre le apartó distraídamente de los ojos un mechón gris que se le había escapado del sombrero, pero Agnès lo rechazó en silencio. Ya no lo veía, ya no lo reconocía. En ese momento sólo quería estar con su hijo.

Por fin, tras aquella noche interminable, se lo devolvieron. Vivía. «Hay esperanza», les dijeron.

Guy no hablaba. Recibía los cuidados de su madre con la misma indiferencia que los de la enfermera. A veces Agnès, desesperada, incluso tenía la sensación de que prefería los de aquella mujer, aquella extraña, de la que no podía temer reproches.

Se quedaron en París toda la primavera, alojados en un hotel cercano a la clínica. No vivían más que para esas pocas horas diarias en las que podían permanecer en la habitación de su hijo, donde se sentaban en silencio a ambos lados de la cama, lo escuchaban gemir, lo contemplaban, esperaban la visita del médico y observaban la curva de la fiebre en una tablilla que tenían enfrente.

En esas pocas semanas envejecieron mucho. Tenían la cara demacrada, chupada, ojerosa. En los momentos de semiinconsciencia, tras una noche de delirios febriles, Guy se preguntaba por qué habían cambiado tanto. Luego se olvidaba de ellos. Pensaba en la mujer que lo había engañado con Burgères. Pensaba en su propia vida. Qué lejos estaban de él sus padres, tan sensatos, tan serenos,

tan fríos, se decía Guy, como quien imagina a los muertos en un lugar agradable y tranquilo mientras en la Tierra la gente sufre y se desespera. La mano de Agnès se posaba en su frente, en sus dedos, y él se dormía.

De repente, un día, aunque seguía en cama y sin moverse, había mejorado. El médico pronunció palabras esperanzadoras. Aquel extraño hielo que había entre Pierre y Agnès empezó a deshacerse. Suavemente, en voz baja, comenzaron a hablar de temas en los que no habían vuelto a pensar desde jóvenes, del amor, de la pasión... De la locura que había empujado a su hijo al suicidio.

—Pero, vamos a ver, ¿nunca has sabido el nombre de esa mujer?

—No. ¿De qué serviría?

—No te entiendo, la verdad. Yo...

—¿De qué serviría? —repitió Pierre—. Saber su nombre sería aún más desagradable.

—Pero, si se cura, querrá volver a verla...

—Pero ella a él no. No ha venido ni una sola vez, ¿verdad? Ni siquiera ha intentado averiguar cómo estaba, lo sé. Fue una relación que duró tres años, ella se cansó y ya está.

Se quedaron callados.

—No entiendo a este muchacho —dijo Pierre con tristeza una vez más.

Después hablaron de sí mismos, de su pasado.

—¿Tú habrías podido hacer algo así? —preguntó Pierre.

—No. Yo temía a Dios. ¿Y tú?

Su marido no respondió.

—No, tú nunca has sido celoso —aseguró Agnès sonriendo levemente, y su rostro se iluminó con el fugaz resplandor de juventud que embellece a las mujeres maduras y sabias al hablar del amor.

—Cuando éramos jóvenes y me enteré de que ibas a casarte con Lumbres, sentí celos —confesó él—. Imaginaba sus manos de carnicero deslizándose por tu cuerpo... Y durante la guerra, experimenté los peores celos, los que nacen sin motivo de una sospecha, de un suspiro, de un sueño. Confiaba en ti, te respetaba, pero era una época desquiciada y sabía lo que hacían las mujeres mientras nosotros estábamos ausentes...

—Yo tenía celos de Simone. Incluso ahora, cuando la veo, siento aquí... —Se llevó la mano a la garganta, pero no acabó la frase.

—Sólo te he querido a ti —aseguró Pierre sin mirarla.

—Lo sé. Lo sé todo de ti. Cuándo deseabas a alguna mujer... No te defiendas, te pasó, como a todos. Antes de que el deseo te rozara, ya me torturaba a mí. Pero sé que no has querido a nadie más.

—Mi pobre esposa... —dijo él cogiéndole la mano con timidez y sonriendo, porque había empleado la misma expresión que su padre cuando se dirigía a su madre.

Se quedaron callados, acariciando la cama de su hijo, dejándose inundar por una ternura tan intensa que se avergonzaban de ser casi unos ancianos y estar tan enamorados.

«Se va a curar —pensaba Agnès contemplando el rostro de Guy—. Las cosas volverán a ser como siempre.»

Les parecía que habían superado el obstáculo más difícil de su existencia, que las penalidades habían terminado al fin, que en adelante ya sólo tendrían que avanzar, como un viejo tiro de caballos encorvado bajo el mismo yugo, por un camino recto y llano, hasta la muerte.

Guy se despertó y pidió agua.

SIMONE pagó los recibos del 31 de mayo y del 30 de junio. A mediados de julio de 1936, Pierre, que seguía en París con su hijo convaleciente, recibió una breve carta de ella en que le pedía que volviera a Saint-Elme aunque sólo fuera por cuarenta y ocho horas, «para resolver asuntos urgentes». Leyó la nota con el corazón en un puño. Durante la hospitalización de Guy, los problemas de dinero se le habían antojado insignificantes. Lo único que importaba era que su hijo se curara. Ahora que Guy estaba mejor, las dificultades de la fábrica volvían al primer plano, quitándole el poco sueño del que aún disfrutaba. Hablar de dinero con Simone, presentarse ante una mujer para rogarle, le parecía humillante. Aunque todo dependiera de ella, en vida de Burgères nunca se había interpuesto abiertamente entre su marido y su antiguo prometido. Además, era de esas mujeres que no dejan de repetir cosas como «Dice mi marido... Mi marido quiere... Mi marido me lo ha prohibido expresamente...». Era rica y había sabido proteger su fortuna de tal modo que, más de una vez, Burgères se había visto obligado a recurrir a los usureros; pero cuando le devolvía un sombrero a su modista, siempre alegaba: «A mi marido le parece demasiado caro.» Se trataba tanto de una enseñanza recibida de pequeña como de una idea de la decencia; una mujer nunca debía estar por encima de un hombre. Y aunque había educado a Rose en los mismos principios, la chica, inteligente y testaruda, tenía el carácter de Burgères y se enfrentaba a su madre en ese y en otros muchos asuntos.

Al morir el viejo Hardelot, como Pierre y Agnès no querían vivir en el palacio, los Burgères habían comprado la propiedad. Pierre, que había asegurado a menudo y en voz bien alta que odiaba aquel edificio pretencioso y se alegraba de no vivir allí, cada vez que cruzaba el umbral se sentía desposeído. Y aquel día más que nunca. Subió el sendero por el que en otros tiempos Julien Hardelot paseaba lentamente los atardeceres de verano, pasó ante la pared del garaje, único vestigio de la antigua construcción, cuyas piedras mostraban aún las señales de las llamas, y entró en el salón, que tenía los postigos cerrados y los muebles enfundados. Como en vida de su abuelo, olía a cera y alcanfor. Las arañas estaban cuidadosamente envueltas en papel marrón y tul amarillo. Sólo el piano permanecía parcialmente descubierto, pues se habían olvidado de bajar la tapa y cerrar la funda. Cuando Simone entró, reparó al instante en el instrumento, se disculpó y con el cejo fruncido volvió a la puerta.

—¡Rose! —llamó.

La chica (no tenía más que dieciséis años, aunque sus formas eran ya de mujer) entró y saludó a Pierre. Era robusta, de tez sonrosada, pelo castaño y cejas espesas y negras.

—Rose... —se limitó a decir su madre, indicándole el piano.

Sin decir nada, la joven cerró la tapa con tanta fuerza que, pese a su doble envoltorio, las lágrimas de cristal de la araña tintinearón. Pierre llevaba dos años sin verla, porque estaba interna en un convento de Bélgica y durante las vacaciones su madre se la llevaba a Inglaterra y Austria para que perfeccionara los idiomas que estudiaba. Simone era una madre irreprochable. Pierre recordaba a una niña callada y aparentemente dócil; desde luego, había cambiado mucho. Bastaba ver la mirada imperiosa y relampagueante de la madre y la expresión de rabia muda de su hija para darse cuenta de que entre ambas la lucha era continua.

—Rose... —repitió Simone cuando la chica se disponía a irse, pues no había cerrado la funda.

Volvió sobre sus pasos, se agachó, la abrochó y, con una última mirada furiosa a su madre, se fue sin abrir la boca.

Simone cogió un pañuelo de crespón bordado y se dio aire. Por supuesto, iba de luto riguroso y, aunque parecía difícil marcar diferencias en esa materia, Pierre tenía la sensación de no haber visto nunca un negro tan lúgubre e implacable. Desde el cuello hasta las puntas de los zapatos, Simone no era más que crespón y cuentas de azabache. Sobre la chimenea colgaba un retrato de Roland Burgères, representado en su lecho de muerte.

—Tiene un carácter muy difícil —dijo Simone, alzando los ojos al cielo—. Pero a usted, mi querido amigo, no necesito explicarle cuántas preocupaciones dan los hijos. ¿Cómo está ese pobre muchacho?

—Bien, gracias —respondió secamente Pierre.

No podía soportar que aquella mujer hablara de Guy, que emitiera un juicio sobre él. ¿Estaba enterada acaso de cómo había muerto su marido? Aunque sabía que era injusto, Pierre no podía evitar hacerla responsable de aquel intento de suicidio. «Esta mujer siempre me ha traído desgracias. Todo lo que me viene de ella es malo. En su día, mi familia rechazó a Agnès por su culpa. Mi hijo ha sufrido a causa de su marido. Y ella me ha despojado de mi fortuna...»

—¿Tiene alguna noticia que comunicarme?

—Sí. Ya sabe que yo no entiendo de negocios, mi pobre marido se ocupaba de todo. Y ahora que no está, me veo obligada a arreglármelas lo mejor que puedo en lo tocante a la fábrica. Sabrá que pagué los dos últimos recibos, ¿verdad?

—Se lo agradezco sinceramente.

—No tiene importancia —repuso ella, moviendo sus regordetas manos—. Pasaba usted por un mal trago... Soy madre y lo comprendo. A mí apenas me dio tiempo a llorar a mi marido, me vi acosada por un enjambre de problemas, los míos y los de usted. He respaldado personalmente la letra de Baumberger, lo que eleva nuestras cuentas a... —Se interrumpió—. Esta mañana hemos revisado los libros de contabilidad en la oficina. Le ruego que me perdone por haberme visto obligada a consultar esos documentos, pero nunca he tenido memoria para los números —dijo, abriendo su bolso de fuelle, negro con montura de ébano, serio, aparatoso y sólido como ella.

—Me sé esas cifras de memoria —la interrumpió Pierre con un gesto de la mano—, mi querida amiga, que (huelga decirlo, puesto que está enterada de mi situación tan bien como yo) superan ampliamente mi liquidez actual. Supongo que no querrá arruinarme... ¿Exige el pago inmediato de lo que le adeudo?

Como a todas las mujeres, las preguntas directas la desconcertaban. Su hosco y autoritario rostro enrojeció levemente.

—Puede estar seguro, mi querido Pierre, de que sólo una necesidad apremiante me obliga a hablarle en estos términos. Me hallo en una situación penosa. Tengo entre manos importantes intereses y no estoy acostumbrada a ocuparme de los negocios...

—Ya... —murmuró él.

Pero todos nos mantenemos fieles a la imagen que nos hemos forjado de nuestra propia naturaleza, de nuestro carácter y temperamento. Simone sentía evidente apego por su papel de dulce y débil mujer indefensa ante la superioridad masculina. Un papel, se dijo Pierre, inculcado desde la infancia. Lo había interpretado lo mejor que había sabido durante su común juventud, cuando, sentada en la arena de la playa de Wimereux, era la casta novia vestida de rosa y los extremos de su cinturón de tela flotaban al viento a su espalda. Sin duda, ella se veía todavía así.

—Me gustaría vivir como Agnès —declaró, entornando con aire inocente sus gruesos y ajados párpados—, bien tranquila en mi casa, se lo aseguro. Por desgracia, es imposible. Ya sabe cómo era Roland. El pobre tenía un carácter generoso e impulsivo. Dejó muchas deudas, una situación muy

embrollada y delicada. La empresa está en peligro, Pierre. Hemos hecho todo lo posible, pero todo se halla en nuestra contra: los impuestos, las leyes, los costes de producción, esta crisis económica a la que no se le ve el final...

—Lo sé tan bien como usted, querida amiga —respondió él con sequedad.

—Sin embargo, durante su ausencia la situación se ha agravado. No se imagina cuántas noches he pasado calculando, discurriendo, devanándome los sesos. Ahora mismo tenemos un pedido de Inglaterra, pero si después no conseguimos inyectar capital a la fábrica, se acabó, punto final. Habrá que declararse en quiebra. La Papelera Hardelot y Burgères arruinada, los obreros en la calle... Piense en su pobre abuelo, por cuya memoria hay que conservar la empresa que fundó. En cuanto a mí, puedo decir que lo he sacrificado todo. El dinero que salió de mi dote ya ni lo cuento. Sin embargo, ahora tengo que pensar en el futuro de mi hija, y sólo veo una solución: retirarme de este negocio, si puedo, y vivir tranquila con Rose lejos de Saint-Elme, en el sur.

Pierre guardó silencio. Sabía que, si Simone anunciaba en Saint-Elme su intención de abandonar la empresa, estaría perdido. Le cancelarían todos los créditos con los que aún contaba. Simone lo arruinaría, porque para evitar la quiebra él sacrificaría hasta el último céntimo, cuanto poseía, los ahorros de Agnès. Era un Hardelot: la quiebra sería un deshonor para él. En cambio, si le vendía su parte a Simone, la empresa se salvaría.

—Su abuelo le dejó una pesada carga —continuó ella—. Era muy rico pero, para pasar de generación en generación, una fortuna necesita que la alimenten con dinero fresco, que la revigoricen con herencias...

—Con matrimonios —murmuró él, que apenas podía contener su cólera.

La miró con odio. Agnès tenía razón: veinte años después, Simone aún le guardaba rencor por la ruptura de su compromiso. «Las mujeres, Dios mío, las mujeres...» Sólo pensando en Agnès, imaginándose el dulce rostro de su esposa, consiguió calmarse.

—¿Qué propone? —preguntó.

Simone vaciló.

—Estaría en condiciones, una vez más, de acudir en ayuda, no de usted, sino de la empresa —anunció al fin—. Lo hago únicamente por la empresa, y usted lo sabe. Está claro que ambos nos sacrificamos para evitar la quiebra. Renunciaré a las joyas que heredé de mi madre. Rose me lo reprochará algún día, pero qué le vamos a hacer... Con ese dinero compraré su parte y nuestras cuentas quedarán saldadas.

—Las acciones valen más, y usted lo sabe.

—Y usted también sabe lo que le ofrecieron por ellas en París —replicó Simone, volviendo la cara para ocultar su expresión triunfal.

Estaba bien informada. Tras un breve silencio, se inclinó hacia él y, bajando la voz, añadió:

—No se puede tener todo. Es usted tan feliz con Agnès y sus encantadores hijos... Se consolará del disgusto en familia.

—No mezclemos a la familia en esto.

—¿Por qué? También les afecta. ¿Cree que Agnès le reprochará que haya recuperado su libertad? En el fondo, la papelera sólo da quebraderos de cabeza. Y dispondrá de suficiente dinero para vivir. Usted no es como su abuelo, a quien lo único que le importaba era su fábrica y no tenía otra pasión; usted sí, Pierre, y le envidio por ello. Un negocio como éste es menos seguro, está más amenazado que un amor. Cuántos desvelos, cuántos esfuerzos, cuántas preocupaciones ha costado y seguirá costando... ¡Y cuántos lo codician! ¡Qué amenazado está!... —repitió—. Rose será mi heredera, así que su marido se convertirá en dueño de todo. ¿Qué clase de dueño? A veces, esa idea me impide

dormir. No es una chica a quien vaya a poder casar a mi gusto, con lo rebelde que es. Pero siento apego por la fábrica. Crecí con la certeza de que un día me pertenecería. Seguramente lo llevaba en la sangre, porque renuncié al hombre pero no pude renunciar a la empresa. Y luego cada vez fue a más. Hay quien se siente unido a otra carne y quien se siente unido a unas piedras; ignoro qué es más sensato. Esta empresa debería ser la primera del país y sin embargo se halla al borde de la ruina. ¿Por qué? ¿Si al menos hubiera una razón, aunque la culpa fuera mía! Pero no... Hoy lo tienes todo y mañana te lo quitan, no se sabe por qué. Esta vez la salvaré, sí, pero ¿y después? ¿Acaso sé qué leyes se inventarán? ¿Acaso sé si mañana estallará una guerra? ¿O una revolución, o...? Si así fuera, habría sacrificado mi juventud, mi felicidad, para nada. Roland odiaba Saint-Elme. Era... No quiero hablar, el pobre está muerto. Con Rosa no me entiendo. Sabe que el patrimonio es mío y que no podrá disponer de él como le apetezca. Le explico todo esto porque... Con el tiempo que hace que nos conocemos y nunca nos hemos sincerado... Eso es cuanto me queda —admitió Simone, señalando las chimeneas de la fábrica.

Pierre también las miró con un sentimiento extraño, una mezcla de odio y pena. Los Hardelot habían vivido para aquella fábrica. Se habían casado con mujeres feas, habían contado y escatimado cada céntimo, habían sido ricos y disfrutado menos que los pobres. Habían contrariado las vocaciones de sus hijos y desautorizado sus amores. Y todo por la empresa, por la propiedad, es decir, por algo que a sus ojos era más duradero y fiel que el amor, las mujeres o los hijos de la propia sangre. Cuando pensaba que Charles era un idiota, Julien Hardelot se consolaba diciéndose que al menos la fábrica era obra de su propio genio y no lo traicionaría. Al morir su mujer, se había acercado a contemplar aquellas piedras y aquel terreno de la empresa Hardelot, y su corazón se había henchido de serenidad: aquello le sobreviviría. Todo pasaba; la propiedad permanecía. Pierre había compartido esa ilusión. ¿Ilusión o realidad? No lo sabía, no podía saberlo. Nadie lo sabía. Era el secreto de Dios. Pero en esos momentos, la propiedad parecía casi tan amenazada como la vida humana. Simone tenía razón. Al menos él la perdía para siempre.

Retornó a la realidad y con un suspiro se volvió hacia Simone. Se marcharía de Saint-Elme, se instalaría en París. No se aburriría: iría a conciertos y al teatro con Agnès. Leería todos los libros de historia que le interesaban y que nunca había tenido tiempo de anotar, de estudiar como quería. Envejecería en paz. Tendría más amigos en París que en aquella ciudad de provincias, donde Agnès seguía siendo considerada una intrusa y tratada con desdeñosa frialdad. ¡Adiós, Saint-Elme!

LA noche del 1 de enero de 1938, los Hardelot estaban solos en su pequeño apartamento del bulevar de Courcelles, en París. Colette, que había aprobado el bachillerato en la convocatoria de octubre y ahora estudiaba en la facultad de Derecho, estaba invitada a una fiesta. Se había marchado hacía una hora, muy contenta con su vestido nuevo. El día anterior, Guy había anunciado que no saldría, que se acostaría temprano; pero los padres maduros que aún se aman crean a su alrededor un aura apacible y melancólica poblada de fantasmas que resulta insoportable para los jóvenes, así que, después de tomarse una copa de champán con ellos, se fue a acabar la velada en otro sitio. Había conseguido un puesto de ingeniero en una fábrica y llevaba una existencia ordenada y gris, como si dos años antes hubiera consumido de golpe toda la pasión, todo el dolor, todo el amor de los que era capaz. Con sus padres se mostraba más afectuoso que antaño, pero también más reservado. Sus lecturas, sus amistades, sus ideas eran un misterio para Pierre.

Así que marido y mujer se quedaron solos. Pierre había descorchado una botella de champán. El año 1938 empezaba con frío; caía una nevada ligera. El fuego ardía en la chimenea del comedor y en la penumbra se oían las voces de la radio. Pierre estaba haciendo balance del año recién concluido.

—¿Qué nos traerá éste? —se preguntó—. Los dos últimos, que empezamos con tanta confianza (como éste, Dios mío, como éste), no tuvieron nada bueno que ofrecernos: lo de Guy...

—Oh, no hablemos de eso... —le rogó su mujer.

—La muerte del pobre Roland, preocupaciones, reveses económicos, la fábrica en otras manos... Me preguntó qué nos deparará éste —insistió él.

—Para empezar, ya te ha hecho su primer regalo —comentó Agnès acariciándole la mano—. Un buen catarro. Haz el favor de no beber más champán helado y ve a acostarte.

—Me sienta bien —protestó su marido entre toses.

Al día siguiente tenía fiebre. En esa época del año, la mitad de los habitantes de París estaban enfermos. En el caso de Pierre, una gripe con una complicación pulmonar lo mantuvo en cama quince días, durante los cuales murió la última señorita Hardelot-Arques, que lo había nombrado heredero. Como sólo le dejaba muebles comprados en el barrio de Saint-Antoine de París durante la Exposición de 1900 y seriamente dañados tras permanecer toda la guerra en un sótano, así como algunas piezas de plata, resultó evidente que aquella herencia sólo traería problemas con el fisco. Ni Pierre ni Agnès podían desplazarse a Saint-Elme para enterrar a la anciana y arreglar sus asuntos, de modo que tuvo que encargarse Guy, que consiguió un permiso de tres semanas (que le descontarían de sus vacaciones). Se alojaría en casa de su abuela materna, pues la señora Florent no se había marchado de Saint-Elme. Con lo que odiaba aquel pequeño, aletargado y hostil pueblo, con la de veces que había soñado abandonarlo... Pero cuando la ocasión se presentó —Agnès le había ofrecido una habitación en su casa en París—, era demasiado tarde: había alcanzado la edad en la que se retrocede ante la idea de cualquier cambio, como si prefigurara ya el mayor de todos: la muerte. Igual que todas las buenas burguesas de Saint-Elme, apenas pisaba la calle. Se adormecía leyendo el periódico y cambiaba de criada cada seis meses: ésa era la única diversión que le quedaba. La animaba, la distraía, ponía sal en su vida. Ya no disponía de dinero propio: la herencia que le había dejado su marido había corrido la misma suerte que los fondos rusos de Agnès. Pero su hija y su yerno le pasaban una cantidad. Volver a ver a su nieto la hizo muy feliz. Le preparó una habitación junto a la suya y, en todas las comidas, hacía que le sirvieran los platos que le gustaban de pequeño y

que, por desgracia, eran los que más detestaba de adulto.

La anciana señorita Hardelot-Arques recibió el último adiós. Todo Saint-Elme estaba presente en la pequeña iglesia nueva. La brisa que soplaba del mar los días lluviosos agitaba los paños negros de la entrada. Durante la misa, el cielo se despejó y un rayo plateado iluminó las blancas losas, la estatua de la Virgen, de un azul intenso, y la de Juana de Arco, que llevaba una cota de malla pintada de celeste y oro. En torno al catafalco, las llamas de los cirios quedaron reducidas a débiles y transparentes lengüecillas, y del ataúd se alzó un polvo luminoso que flotaba hacia los vitrales. Guy veía alrededor rostros que recordaba de la infancia: la cara ancha y colorada del padre Gaufre, el negro bigote de Billault, el sacristán... Entre los asistentes reconoció a sus tías, a sus primas, a los pocos Hardelot que quedaban en la zona comprendida entre el canal y Arras por un lado y la frontera belga y la región de París por otro. Allí estaba la joven generación, que vivía en Lille o Calais. Las mujeres se pintaban y enfundaban su talle flamenco, sus opulentos pechos y sus anchas caderas en elegantes trajes sastre y abrigos de pieles. Y allí estaban los viejos, con barba, anteojos, levita negra y un indefinible aire de familia en las facciones, rivales en los negocios, enzarzados entre sí en largos pleitos, peleados por herencias roídas por el fisco, malintencionados y suspicaces, pero unidos al fin y al cabo, sobre todo, en circunstancias como aquélla, cuando la muerte no deja grandes patrimonios.

Colette también había acudido a rendirle el último homenaje a la difunta. Pasaría dos días allí con su hermano. «Es el vivo retrato de Marthe Hardelot», comentaba la gente. Dulce y tierna, no demasiado inteligente, tenía mejillas sonrosadas, ojos castaños y un aspecto ingenuo y tímido.

A los dos hermanos los emocionaba estar de nuevo en Saint-Elme. «El horrible agujero al que pensaba que jamás volvería», se decía Guy.

Enfrente tenía a Simone Burgères y su hija. Rose era alta y guapa, pensó Guy distraídamente. Se llevaban siete años y era la primera vez que se fijaba en ella de verdad. Por lo demás, la miraba con animadversión: Rose formaba parte de un clan distinto, enemigo; era hija de Simone, que los había arruinado, y de... ¡No le gustaba recordar esa época, ni a aquel hombre! No había vuelto a ver a su amante. Ya no la quería, la había olvidado. Pero aún no había perdonado a Roland. El recuerdo de la primera traición, que hiere el orgullo más que el corazón, es el último que se desvanece.

Finalizada la ceremonia, cada cual volvió a su casa para encontrar el fuego encendido y la mesa puesta, con la sensación de alivio y alegría que nos embarga tras una caminata bajo la lluvia, o cuando se ha acompañado al cementerio a un ser humano cuya vida y cuya muerte nos son indiferentes por igual. Todo Saint-Elme hablaba de Colette y Guy Hardelot y habían esperado con gran curiosidad el momento en que los Burgères y los Hardelot se encontrarían frente a frente durante los pésames. Y en casa de los Hardelot-Demestre se comentaba que al día siguiente los Burgères invitarían a Guy.

—¿Cómo lo sabe, abuelo?

El anciano Hardelot-Demestre siempre lo sabía todo. Era un viejo de hombros estrechos y barba cana, que caminaba por el comedor con pasitos cortos alrededor de la mesa recogida, frotándose las huesudas manos y sonriendo con coquetería, mientras se hacía de rogar para contar lo que sabía. Había visto a la criada de la señora Burgères dándole un sobre a la de la señora Florent. Y además, el coche de los Burgères había ido por provisiones a la cercana ciudad, lo que no sucedía más que en vísperas de comidas importantes. «No, en casa de los Burgères no tiran el dinero por la ventana», se comentaba con respeto. En las viejas familias de Saint-Elme se admiraba tanto la riqueza como el ahorro: ambas eran virtudes cardinales, las piedras angulares sobre las que descansaba la prosperidad familiar. Y mientras conversaban, la radio daba las noticias del mundo: todo temblaba,

se desintegraba; incluso en aquel apacible salón de Saint-Elme parecía oírse como un estruendo metálico, como un ruido de botas, como el sordo eco de ejércitos en marcha. Los Hardelot-Demestre hablaron de la dote de Rose Burgères, que sería mayor de edad en 1941.

—Su madre la casará joven, no se llevan bien —decían.

En efecto, al día siguiente, los Burgères invitaron a su casa a Colette y Guy. Debido al luto, se trataría de una cena casi íntima, pero Saint-Elme se enteraría de que los antiguos y los nuevos dueños de la fábrica mantenían buenas relaciones. Los sutiles matices de la urbanidad enmascaraban todas las disensiones, igual que el agua fresca y reluciente oculta el limo de un estanque.

Colette, muy ilusionada con asistir a aquella cena, se había pintado los labios, pese a que las chicas de Saint-Elme no se maquillaban. Entre los invitados se hallaban dos primas de Rose que, con sus vestidos de tafetán marrón y cuello cerrado, y la nariz y las mejillas brillantes, miraban a Colette con envidia, pero se consolaban pensando en sus dotes, porque nadie ignoraba que la chica de los Hardelot... Acabada la cena, la señora Burgères se instaló en un sillón con la labor en las rodillas y unos documentos de la fábrica sobre una mesita delante de ella, que iba consultando mientras tejía la fina y áspera lana con la que confeccionaba prendas para los hijos de sus obreros. De vez en cuando, se detenía y cambiaba las agujas por un lápiz rojo, con el que hacía anotaciones en los márgenes de los papeles.

Sentados en las incómodas sillas, los jóvenes hablaban a media voz. Rose estaba comentando que iría a París en primavera.

—Tendrá que visitarnos —propuso Guy con una animación que sorprendió a su hermana—. ¿Se quedará mucho tiempo?

—¡Uy, todo el que pueda! —respondió Rose.

«Pobre chica... —pensó él—. No debe de divertirse a menudo.»

Iba bastante mal vestida, con ropa demasiado seria y oscura, que la envejecía, y la ancha boca y las gruesas cejas le conferían una expresión casi dura. Pero algo en ella agradaba a Guy, aunque no sabía qué: tal vez fuera el movimiento de sus labios al hablar o reír, su mirada inteligente y a la vez audaz... Guy miró a las jóvenes Renaudin, que a escondidas le lanzaban tiernas y lánguidas miradas. Sus voces habían subido un tono: cuando un joven está cerca de una muchacha inocente, ésta no puede evitar manifestar su emoción de ese modo, como el maullido de la gata es más agudo cuando adivina la presencia del macho. Aunque Rose, en cambio, hablaba poco y con los ojos bajos, Guy notaba que lo seguía con la mirada, que le gustaba.

Dieron las once. La señora Burgères dobló la labor. Colette y Guy se despidieron. Su anfitriona les ofreció su coche, pero ellos lo rechazaron, pues les apetecía andar. Sabían que en Saint-Elme la gente bien no daba un paso fuera de su casa una vez anocheaba, pero desafiar las convenciones les producía una sacrílega satisfacción.

Guy le tendió la mano a Rose.

—¿Volveré a verlo aquí? —le preguntó ella deprisa y en voz baja, mirándolo.

A Guy le gustaban las chicas valientes, y comprendió que, al preguntarle eso, Rose desafiaba la suerte, pues su madre podría haberla oído. «La heredera debe de estar muy vigilada», se dijo.

—Venga a ver a Colette mañana —propuso sonriendo. Rose le gustaba cada vez más—. Podremos seguir hablando. ¿Vendrá?

—Sí.

—Mañana tienes que acompañarme a Saint-Omer, Rose —terció la señora Burgères desde su sillón.

—¿Mañana? ¿No habías dicho el sábado?

—Mañana.

—Ven muy temprano —le susurró Colette a su nueva amiga.

Los hermanos salieron. Del negro cielo caía una nieve fina y ligera. Saint-Elme dormía. Todos los postigos estaban cerrados y todas las puertas atrancadas. En el café de Jault, algunos obreros bebían cerveza y se oían las notas de una pianola. Los hermanos pasaron ante su antigua casa, en cuyo balcón había ahora un letrero que rezaba: «Se vende.»

—No volvería aquí por nada del mundo —declaró Colette—. ¿Y tú?
Guy no respondió.

LA gente esperaba la guerra como quien espera la muerte, sabiendo que no escapará de ella, que sólo podrá pedir una prórroga. «De acuerdo, llegarás, pero aguarda un poco, hasta que haya construido esta casa, plantado este árbol, casado a mi hijo... Espera hasta que ya no tenga ganas de vivir.» A la guerra se le pedía lo mismo: unos meses más de tranquilidad, un año más, una suave y despreocupada estación más... No se esperaba otra cosa. Igual que hoy, tener mañana la sopa servida en la mesa, a toda la familia reunida, diversiones, negocios, amor, un poco más de tiempo... Y luego, como en esas pinturas antiguas en que se ve a la muerte caminando junto al labrador que empuja su arado, a la muerte bebiendo en la copa del rico, acostándose en el camastro del pobre, cantando con los músicos en los banquetes, presente en la iglesia, en la choza y el palacio, así el hombre de 1938 sentía que lo acechaba de continuo la guerra, invisible pero presente. La guerra lo cogía de la mano y lo llevaba por donde quería; ponía en su comida una horrible amargura; le estropeaba las alegrías; se inclinaba con él sobre las cunas de los recién nacidos.

Sin embargo, se vivía como en el pasado. Se ofrecían grandes cenas en las que algunos pájaros de mal agüero con traje negro cortaban el faisán y el foie-gras trufado mientras hablaban de las guerras futuras como si ya las hubieran vivido: «Una invasión repentina, al amanecer los aeródromos bombardeados, los civiles ametrallados en las carreteras...» Las mujeres negaban con la cabeza y murmuraban: «Qué horror, qué horror...», pero pensaban: «Qué lástima, debería haberme puesto el vestido rosa. No voy lo bastante elegante.» Y mientras los criados servían los platillos de cristal y las cucharillas de plata sobredorada para los postres, alguno pronosticaba la caída del ministro el lunes o afirmaba que sabía de buena fuente que en primavera Hitler mandaría sus tropas a Ucrania. España estaba en guerra. La gente se casaba, moría, tenía hijos. En casa de los Hardelot y de los Burgères reinaba un gran alboroto, porque Guy quería casarse con Rose.

Era un matrimonio inesperado, pensaban los Hardelot, que no estaban contentos: les desagradaba que la gente pensara que su hijo codiciaba la dote de Rose. La señora Burgères había declarado que nunca daría su consentimiento a esa unión. Rose había vivido casi tres meses en París, donde había visto a Guy a diario, y al regresar a Saint-Elme había anunciado que tenía novio. Para Simone fue un duro golpe. De pronto, volvía a encontrarse de frente con aquellos Hardelot. De pronto, resultaba que el hijo de Agnès acabaría como dueño de la fábrica... Por fortuna, Rose sólo tenía dieciocho años, aún estaba sometida a ella. Pero los tiempos en que se encerraba a una hija o se la casaba por la fuerza habían pasado a la historia. Desde luego, el patrimonio estaba en manos de Simone, pero ella temía un escándalo. No quería perder su buena fama en Saint-Elme, ni que la acusaran de privar a su hija de su dinero, ni de ser una mala madre. Y todas las viejas historias que creía olvidadas para siempre afloraban. Se volvía a hablar del compromiso roto en otro tiempo y de que Simone nunca había perdonado a Pierre y Agnès su amor, su buen entendimiento, que se había vengado arruinándolos, que odiaba a Rose. Incluso se murmuraba que había incitado a Burgères a conquistar a la amante de Guy para llevar al chico a la desesperación. En suma, la gente de Saint-Elme inventaba al respecto las tramas más siniestras, mientras trataba de adivinar qué ocurría en casa de los Burgères. El eco de las discusiones cotidianas llegaba hasta los barrios obreros, tras haber pasado de las primitas Renaudin al viejo Hardelot-Demestre. La señora Florent se sentía rejuvenecida yendo de casa en casa con su paraguas negro (el verano era lluvioso) y su gran bolso, donde llevaba el pañuelo de crespón bordado (se ponía luto cada vez que fallecía un Hardelot, como en Inglaterra los

tenderos cuando muere un miembro de la familia real), los dos pares de gafas y las llaves. La anciana insinuaba que Simone Burgères tenía secuestrada a su hija, propagaba rumores vagamente escandalosos y, cuando se encontraba con Rose en las calles de Saint-Elme, se paraba, se acercaba a ella, la miraba con los ojos arrasados en lágrimas y le estampaba un beso en cada mejilla murmurando: «Pobrecita, pobrecita...» Luego se alejaba fingiendo enjugarse los ojos. Pese a la prohibición expresa de Simone, Rose visitaba a menudo a la anciana señora Florent, que le contaba (a su manera) la historia de Pierre y Agnès:

—En aquellos tiempos, las chicas no gozaban de la misma libertad que ahora. En las buenas familias (y los Florent somos de una excelente familia), los matrimonios los concertaban los padres, de modo que a los jóvenes no les quedaba más remedio que obedecer. Agnès estaba comprometida con un hombre sumamente rico, guapo y distinguido. Pero amaba a Pierre Hardelot. Por suerte, mi hija me adoraba y no me ocultaba nada: «Querida mamá», me dijo un día, «eres tan inteligente y comprensiva... Eres mi mejor amiga. Aconséjame: ¿qué debo hacer? ¿Debo ir contra mi corazón y casarme con el hombre que elegiste para mí?» «No», le respondí, «no, mi adorada hija; sólo he vivido para tu felicidad y quiero que seas dichosa. Una unión en la que el corazón no tiene la última palabra es una caricatura del amor conyugal. El dinero y las vanidades del mundo no son nada sin un profundo amor recíproco. Si estás enamorada de Pierre Hardelot, debes casarte con él.» Y entonces le dio cita en el bosque del Coudre y le dijo: «Mira, tengo de mi lado a mi madre y mi conciencia. He roto con mi prometido. Te seguiré hasta el fin del mundo.» Los pobres chicos estaban decididos a huir juntos, como en *La bella aventura*, una comedia deliciosa... ¿No la conoces, mi querida Rose? Cuando me enteré de sus planes, el corazón me dio un vuelco. Sin pensármelo dos veces, fui a ver a los padres de Pierre (su madre era una excelente persona, sin demasiada mollera, pero con un gran corazón; una mujer muy de su hogar). «¡Vamos a arreglar esto ahora mismo, sí señor!», les dije. «Ya puede vociferar el abuelo lo que quiera; cambiará de opinión cuando nazca el primer nieto. Hagamos felices a estos chicos.» Hablé en un tono de gran autoridad que impresionó a aquella buena gente y, ya ves, dos años después Pierre y Agnès se habían casado. Pero hay que tener voluntad, decisión, no hay que dejarse manejar como un niño, ¡qué demonios! En la vida hay que jugarse el todo por el todo, ganarse la felicidad —concluía la señora Florent y, con gesto triunfal, hundía la aguja de punto en la labor.

Estaban a principios de agosto. La atención de los pueblos se volvía con inquietud tan pronto hacia España como hacia China o Checoslovaquia, que parecía el foco menos amenazador. Lord Runciman se encontraba en Praga, donde todo parecía indicar que podría trabajar y mediar en el conflicto de los Sudetes, además de distraerse. «Eso daría tiempo a que llegase al otoño —aseguraba la gente—, para recoger la cosecha. Las guerras no empiezan en otoño; todo el mundo lo sabe.»

—En 1914 —recordaba el viejo Hardelot-Demestre—, ya empezó un mes más tarde de la cuenta.

Según la opinión unánime, la estación peligrosa era la primavera. Pero ¡no! El año 1938 seguiría y acabaría su curso sin que el gran miedo adquiriera un rostro y un nombre.

Mes y medio después, mientras se esperaban con impaciencia los resultados de las primeras conversaciones entre Chamberlain y Hitler, la señora Florent, asomada a su ventana, espiaba la verja que circundaba el parque de los Burgères. Le había hecho llegar a Rose una breve nota: «Tengo que hablar contigo, mi querida niña. Ánimo y confianza.» Cuando el peligro (arrostrado por otros) no mata de angustia a un viejo, lo rejuvenece, le da fuerzas. Seguramente, porque siente que ya no es el único amenazado por la muerte: entre él y el resto del mundo se ha restaurado la igualdad. El lejano sonido de los cañones que se dirigían a las fronteras hacía estremecerse de ardor guerrero a la anciana señora Florent. Por otra parte, los acontecimientos daban inesperadas posibilidades a la

unión de Guy y Rose. La chica era voluntariosa, de carácter enérgico y batallador, aunque demasiado joven todavía. ¿Se atrevería a plantarle cara a su madre, al mundo? Porque ¡vaya lo que se jugaba! «La felicidad de toda una vida», pensaba la anciana. La fábrica sería reconquistada, y ella, la señora Florent, recuperaría en la vejez la consideración, la envidia y la admiración de Saint-Elme. Recordaba con nostalgia los felices días de antaño (los que siguieron a la reconciliación del abuelo Harelot y su nieto). ¡Entonces no se celebraba boda entre Calais y Arras a la que no la invitaran! Y qué visitas del primero de año, lo mejorcito de la región, realmente. Suspiró. En ese momento, vio venir a Rose por la carretera y le hizo señas desde la ventana. La recibió con los brazos abiertos en la puerta del salón.

—Así que estamos en guerra, mi querida niña...

Rose permanecía inmóvil frente a ella, con los labios apretados y los ojos brillantes.

—He recibido una carta de... —murmuró al fin, incapaz de pronunciar el nombre de Guy.

Rompió a llorar, se derrumbó en una silla y mordió la funda gris del respaldo para ahogar sus sollozos.

La anciana alzó los ojos al cielo. La forma en que los ponía en blanco bajo los gruesos y ajados párpados le confería un momentáneo parecido con un bulldog.

—Mi pobre niña... Debes resignarte. Pero es terrible, sí... Tener que separaros así, en plena juventud y ¿por cuánto tiempo? ¡Ay, la contienda será larga! ¡Y dura! Pero en cierto modo es mejor que pase cuando sólo sois novios, porque imagina el dolor de una recién casada...

—¡Oh, no diga eso, señora Florent! Ojalá pudiéramos vivir juntos, aunque no fuera más que un día, más que una hora... Y tener los recuerdos, piénselo, los recuerdos para toda una vida. Pero así... perderlo antes de haber gozado de la felicidad de ser su mujer... ¡Lo quiero, señora Florent, lo quiero tanto! Me explica que se irá de los primeros, se despide... ¡Oh, deseo volver a verlo! ¿Qué he de hacer? Si Guy viene a Saint-Elme, mi madre es capaz de encerrarme. Escuche, señora Florent... —dijo Rose con voz entrecortada y temblorosa, enjugándose las lágrimas—. Pienso irme. Pienso huir. Sí, iré a París. Ante el hecho consumado, mi madre no tendrá más remedio que dar su consentimiento. Es lo que usted me habría aconsejado, ¿verdad? Mire, a las tres y cincuenta y cinco sale un tren. Iré directamente de aquí a la estación. Lo que pasa es que... en fin, no tengo dinero. Mi madre me ha cortado la asignación, de modo que no puedo comprar ni un sello sin que se entere. Pero usted me prestaría el dinero para un billete a París, ¿verdad? ¡Oh, señora Florent! Acudo a usted como en otros tiempos su hija Agnès, para... para implorarle: «Es usted tan inteligente, tan comprensiva...»

La anciana no lo dudó un instante. «Yo nací para ser un gran capitán», pensó orgullosa.

—Mi opinión es que hay que jugarse el todo por el todo. Vete.

Tras darle el dinero necesario, la acompañó hasta la puerta del jardín, donde se quedó mirándola mientras la joven corría a la estación. Acto seguido, se puso el sombrero y se fue a contarle a todo Saint-Elme lo sucedido.

AQUELLA misma mañana, la gente prevenida abandonó París. Llovía sin parar. De todas las casas se veían salir mujeres cargadas con bultos, con niños en brazos, que escrutaban el cielo en busca de un claro entre las nubes o tal vez del primer avión enemigo. Los indecisos se telefoneaban: «¿Vosotros qué hacéis? ¿Os vais?» Y al otro lado del auricular, fingiendo despreocupación, una voz nerviosa contestaba: «¿Nosotros?... Si fuera por nosotros no habríamos pensado en marcharnos, querida, pero los niños... (o mi madre enferma, mi padre, mi hermana menor...)» Así que, en las salidas de París, los coches desfilaban hacia las zonas tranquilas del interior de forma disciplinada. Aún no había estallado el pánico, ni siquiera había auténtico miedo. Lo que alejaba de la capital al potente automóvil de lujo, con el techo cubierto de maletas, y al viejo utilitario, con la jaula de los pájaros atada a una portezuela y dos o tres bebés dormidos en la parte de atrás, era la prudencia. Los hombres movilizados se dirigían a las estaciones maleta en mano. En el bulevar de Courcelles, donde vivían los Hardelot, las tiendas cerraban; mujeres con ojos llorosos pegaban en la persiana metálica un letrero en el que podía leerse: «Cerrado por movilización.» Agnès estaba preparando el equipaje de Guy y Pierre; el hijo iba a incorporarse a su regimiento; el padre había decidido viajar a Saint-Elme e interceder ante Simone para que aprobara el noviazgo oficial de Guy y su hija. Rose había llegado el día anterior a casa de los Hardelot temblando de miedo, orgullo y amor.

—No me devuelvan a Saint-Elme —les había suplicado—. Me he escapado. Quería ver a Guy antes de que se fuera.

—Pero ¿qué has hecho, criatura?! —exclamó Agnès.

—Lo mismo que usted cuando era joven, señora Hardelot. Se casó con el hombre al que amaba. No le dio miedo disgustar a sus padres. No puede rechazarme.

Sus palabras, y sobre todo la alegría de Guy, los habían emocionado. Pensando que su hijo se iba al día siguiente, estaban dispuestos a sacrificar su vida por él y, con mayor motivo, a hacerse responsables de las locuras que pudiera cometer. Dejaron solos a los dos jóvenes y se encerraron en la habitación contigua.

—Qué desastre, qué panorama... —repetía Pierre—. ¡Menudas complicaciones nos esperan, Dios mío!

—Se irá contento —respondió Agnès—. Pierre, amor mío... Hace treinta años yo habría hecho lo mismo por ti.

—Pero Simone jamás aprobará esa boda.

—Ahora no tiene más remedio, de lo contrario será un escándalo.

—Sí, pero Rose apenas cuenta con medios propios. Si su madre no se deja ablandar...

—Qué le vamos a hacer. Los chicos pueden vivir aquí —propuso Agnès.

Su marido la miró.

—Es curioso, nunca has sentido celos de Guy.

—Te he querido demasiado para tener celos de los chicos, mi viejo marido —repuso ella negando con la cabeza—. Nosotros hemos disfrutado de una buena vida, hemos sido felices. Ahora les toca a ellos.

—Felices... —rezongó Pierre con amargura, mirando la maletita de Guy, el jersey y los calcetines, el chocolate y la provisión de azúcar y alcohol solidificado, que Agnès colocaba sobre la cama antes de guardarlos—. ¿Felices, cuando es la segunda vez que...?

A Agnes le temblaron las manos. Sin embargo, guardó silencio.

—Voy a oír las noticias —murmuró Pierre, dirigiéndose hacia la puerta.

En el salón, Guy y Rose hablaban en voz baja sentados en el sofá, con la cara radiante y ansiosa de los enamorados. Pierre revivió las escenas de su hijo agonizando en una cama de hospital por una mujer a la que había olvidado, se encogió de hombros, puso la radio y, con la cabeza entre las manos, escuchó las noticias sobre las negociaciones entre los gobiernos. Nada nuevo. Otra noche de insomnio. Y Guy se iba al día siguiente.

Pierre prohibió a Agnès que acompañara a su hijo a la estación.

—Te acuerdas de cómo es, ¿verdad? No es lugar para mujeres. Con que vaya yo basta.

Pero el propio Pierre sólo llegó a la salida del metro. De repente, no pudo continuar. Irguiéndose con esfuerzo, le dio una palmada en el hombro a su hijo, que estaba inclinado hacia él. Guy le sacaba una cabeza.

—No te apures, hijo.

—Claro que no, papá. Todo se arreglará, ya lo verás. En cuanto a Rose...

—Sí, no te preocupes. Esta tarde veré a Simone.

—Hazle entender que no cambiaremos de opinión. Esperaremos a que sea mayor de edad, pero nada más.

—Sí, ya lo imaginábamos.

Se abrazaron. Pierre vio a su hijo alejarse y perderse entre la multitud. Cabizbajo y arrastrando la pierna, avanzó unos pasos calle adelante. La gente aguardaba la prensa alrededor de los quioscos cerrados y, a pesar de no conocerse, entablaba conversación.

«Mala señal —se dijo Pierre—. Mala señal.»

No quiso quedarse hasta que llegaran los periódicos. Ya no tenía esperanzas. Subió a la plataforma del autobús, donde un señor grueso estaba diciendo en voz alta que sabía de buena fuente que el rey de Italia abdicaría si su país entraba en guerra. La gente meneaba la cabeza.

—No me extraña de Víctor Manuel —añadió el hombre, muy digno—. Siempre lo he tenido en gran estima.

En cuanto llegó a casa, Pierre almorzó y, tras despedirse de todos, se puso en camino hacia Saint-Elme. Cuando llegó al palacio, eran las nueve. Esperó largo rato en el oscuro salón, junto a una lámpara amarilla con pie de bronce que conocía bien. Había sido de la abuela Renaudin y, en otros tiempos, cuando visitaba oficialmente a Simone en su antigua casa, permanecían sentados en silencio uno junto al otro al lado de esa lámpara, mientras las carabinas (la pobre Marthe y una prima anciana de Simone) los vigilaban desde sus sillas con expresión entre enternecida y desconfiada. Ese recuerdo, que le había resultado odioso durante mucho tiempo, ahora se le antojaba casi entrañable y cómico. Pierre se pasó la mano por sus grises cabellos repetidamente. ¡Qué rápido transcurría el tiempo, Dios mío! Era extraño, terrible... Estaba tan absorto en la memoria del pasado que, cuando apareció Simone, se sobresaltó. La verdad es que no había reconocido a la mujer obesa vestida de negro que tenía delante.

—Simone... —dijo, avanzando hacia ella y tendiéndole la mano—. Comprendo que esté disgustada, pero...

—Otra desgracia que debo agradecerle a usted y los suyos —lo interrumpió ella—. Usted no me trae más que desgracias. ¡No le bastaba con ser el culpable de todo, de toda mi vida...! —exclamó con tal ímpetu que le faltó el aire. Se llevó el pañuelo a la boca—. Dígale a Rose que se quede donde está. No quiero volver a verla. Que se case con su hijo y que no regrese aquí jamás. No lo felicito: no tendrá una nuera fácil. Una hija capaz de plantarle cara a su madre no será una buena

esposa. Pero seguramente se entenderá con su mujer. Usted...

—No puede reprocharle nada —trató de apaciguarla él—. La ha desobedecido, es cierto, pero su reputación está intacta. Al salir de la estación vino directamente a casa. Y desde entonces no se ha separado de mi mujer.

—¡Su mujer! ¡No me hable de su mujer! La... —Simone se interrumpió; luego, en voz baja pero teñida de fría cólera, masculló—: La odio. A ella y a todo lo relacionado con ella. A su hijo, a usted, que es suyo y nada más que suyo, los...

—Pero usted me quiso —dijo Pierre mirando con lástima aquel hinchado y pálido rostro lloroso—. Somos viejos, Simone; todo eso es agua pasada. ¿Qué rencor puede guardarnos por un pasado tan lejano?

—Para mí es como si fuese ayer.

—Usted se casó. No me lloró mucho tiempo. Fue feliz.

—Se casaron conmigo por mi dinero —respondió ella con amargura—. Engañada, abandonada, y él, muerto junto a la amante de su hijo. ¡Ya le he dicho que no me trae más que desgracias! Que Rose haga lo que quiera. La conozco: no cederá. Quédesela. Cáselos. Pero que no espere nada de mí. Usted sabe que no tiene fortuna. Si quiere, que aguarde a que me muera, si quiere, pero mientras yo siga aquí...

—No se trata de su dinero —la atajó él.

Se habían apartado el uno del otro y se miraban con odio. Un foco barría el negro cielo en busca de aviones enemigos. Con el corazón encogido, Pierre se dijo que a esas horas quizá ya se habría declarado la guerra, que su hijo partía al frente. Si Rose podía hacerlo feliz, aunque sólo fuera durante un permiso, aunque sólo fuera durante cuarenta y ocho horas o una noche, lo demás no importaba.

—Han movilizado a Guy. Se ha ido esta mañana. Usted no tiene hijos varones; no puede entenderlo. Lo único que le pedimos es su consentimiento. Rose se quedará con nosotros. ¿Se opondrá a la boda?

—No.

—Entonces...

Se inclinó ante ella y cruzó el salón. Simone lo siguió en silencio y encendió la gran lámpara blanca de la entrada. Pierre se encontró de nuevo en las calles de Saint-Elme, que dormía bajo la lluvia, más oscuro y silencioso que nunca.

—YO no tengo celos de ella —le decía Agnès a Pierre a la hora de las confidencias, cuando, sintiéndose de más, dejaban a los «chicos» en el salón y se encerraban en su cuarto—. Es ella quien está celosa de mí.

«Ella» era Rose, esposa de Guy Hardelot desde hacía unas semanas.

—Si pudieran disponer de un piso para ellos solos —respondía Pierre, desnudándose lentamente junto a la gran cama, en la que Agnès ya estaba acostada—, las cosas serían más fáciles. Pero ¡todo es tan caro!

Guy ganaba dos mil ochocientos francos al mes. Simone Burgères había cumplido su amenaza: Rose no tenía dote. La joven pareja estaba totalmente a cargo de Pierre Hardelot. Tras el breve viaje de novios al sur, al ver que tenía que conformarse con una habitación en el pisito del bulevar de Courcelles, Rose se dejó invadir por una sensación de desencanto que, lejos de disminuir, se hacía más aguda y dolorosa día a día. La tutela de su madre le había resultado insoportable, y entonces imaginaba que nada sería más agradable, más fácil que la vida en común con los Hardelot. Pero se equivocaba, a pesar de que Pierre y Agnès procuraban pasar inadvertidos. A Rose todo le recordaba que eran los dueños: los sitios en la mesa, los menús que decidía Agnès, el mal humor de la criada cuando se la tomaba prestada a sus suegros para que le planchara un camisón y, sobre todo, la ternura y la solicitud de Guy para con los suyos. Todo le hacía patente a cada momento la situación en que se hallaba. No se arrepentía de haberse casado y amaba a Guy con una pasión exclusiva y celosa; mas, debido precisamente a esos celos y ese ardor, necesitaba a su marido para ella sola.

—Aquí no puedo quererte libremente —le decía a Guy en la cama, mientras sus jóvenes cuerpos se apretaban, temblorosos y enfebrecidos, en la oscuridad—. Me da vergüenza. Tengo la sensación de que Colette y tu madre me oyen a través de la pared.

—¡No digas locuras! —respondía él.

No obstante, Guy intentaba encontrar la manera de cambiar sus vidas. Pero ¿cómo arreglárselas decentemente con dos mil ochocientos francos al mes?

—Tu padre nos pasaría una cantidad —le susurraba Rose.

Guy sabía que sus padres no tenían suficiente dinero para mantener dos casas. No se podía hacer nada; había que esperar.

—Pero si mis padres son encantadores... Y te adoran —le decía a Rose, acariciándole el suave y blanco cuello.

Entonces, ella se echaba a llorar, y las lágrimas caían sobre el pecho desnudo de Guy. En la habitación de al lado, Agnès los oía cuchichear y captaba palabras sueltas, una exclamación irritada de Rose, ahogada por besos... La animadversión de su nuera despertaba la suya. Una mirada, una frase torpe, creaba entre ambas una fría tensión. De vez en cuando, a Rose se le escapaba una insolencia, a la que Agnès respondía con aspereza. Cuando se dirigía a su nuera, incluso le cambiaba la voz: su tono, habitualmente tranquilo y suave, se alzaba brusco y nervioso. Se daba cuenta de que empezaba a odiarla, como seguramente en otros tiempos su suegra, en el fondo de su corazón, la había odiado a ella.

—¿Cómo puedes decir eso? Con lo amable que siempre fue mamá contigo... —le reprochaba Pierre.

—¡Oh! Para ti, todo lo que hacían tus padres era perfecto... —replicaba Agnès.

Luego, como tenía sentido del ridículo, se percataba de que estaban imitando las conversaciones de su hijo y su nuera, y se reía de sí misma con una pizca de amargura.

Y así, mal que bien, iban acercándose al verano día tras día. Bajo la lluvia y con viento frío, la gran noche de Longchamps culminó la temporada parisina y los Hardelot se marcharon a Wimereux. Guy empezó las vacaciones en agosto, pues unos amigos lo habían invitado a Ciboure junto a su joven esposa. Al cabo de unos días, la fábrica reclamó su presencia en París, ya que el compañero que lo sustituía tenía que operarse urgentemente. Pero el contratiempo sería de corta duración, y Guy confiaba en volver a Ciboure hacia el 25 de agosto.

Las alpargatas se secaban en la terraza. Guy y Rose ofrecían al sol sus cuerpos desnudos, llenos de arena. Guy cogió con ambas manos una suave y húmeda rama de tamarisco y, apretándosela contra la mejilla con una sonrisa, le dijo a Rose que no hiciera la tontería de acompañarlo a París.

—Estaremos separados diez días, quince a lo sumo. Firmin —así se llamaba el otro ingeniero de la fábrica— vuelve de vacaciones el veintitrés y ocupará mi lugar. Piensa en el gasto de dos viajes.

Rose lo encontraba razonable. No obstante, puso todo su empeño en disimular su decepción y lo dejó marchar con tristeza.

Ni Guy ni Rose creyeron en la guerra hasta el último momento. El año anterior, la guerra había sido posible: estaban separados, eran infelices. El mundo podía hundirse. Pero ahora que las cosas iban tan bien, que vivían juntos, que eran marido y mujer, a su alrededor todo debía ser tan pacífico y dulce como dentro de ellos. Lo peor que preveían era la movilización. «Por culpa de “su” maldita guerra —le escribía Rose a Guy—, vas a volver a quedarte sin vacaciones, amor mío.»

En Wimereux, los Hardelot habían invitado a cenar a los Hardelot-Demestre de Saint-Elme. A la hora de los postres, todo el mundo se mostró de acuerdo: ese año la guerra era imposible, pues los alemanes ya no tenían trenes. La situación se arreglaría, pero de la movilización no se libraban. Ya habían llamado a dos quintas. En París, las tiendas cerraban de nuevo. Bajaban las persianas metálicas y, sobre los letreros medio arrancados que rezaban CERRADO POR VACACIONES, aparecían los de CERRADO POR MOVILIZACIÓN. Un escéptico había llegado a escribir «POR MOVILIZACIÓN ANUAL».

A la orilla del mar, el tiempo, hasta entonces gris y cambiante, era espléndido. El sol brillaba sobre los carteles blancos (todos los días aparecía uno nuevo en las doradas paredes de la alcaldía) que llamaban a las quintas una tras otra. La angustia tensaba los rostros embadurnados de aceite, maquillados y bronceados de las mujeres. Las villas se cerraban. Los niños españoles, con sus grandes ojos negros, pululaban solos por la playa y las abrasadas calles. Todos los franceses se iban. Metían a toda prisa en la maleta el bañador todavía húmedo y las sandalias llenas de arena, y las mujeres dejaban caer una lágrima en los pliegues del vestido de organdí, tan fresco, que habían guardado con celo para las tardes de septiembre.

Durante las largas veladas, tan tranquilas y hermosas, mientras las cigarras chirriaban en los jardines y la luna brillaba sobre el viejo frontón, en el salón de la villa Rose y sus amigas (cuyos maridos también eran jóvenes y movilizables) esperaban la hora del noticiario radiofónico y las últimas informaciones, muertas de impaciencia, aprensión y cruel angustia. Algunas fingían coser o tejer, y sus temblorosas manos rompían la lana o se confundían con las agujas. No obstante, todas encontraban algún motivo de esperanza en tal o cual párrafo del periódico vespertino, en la voz del locutor, en la carta recibida el día anterior. Los maridos ausentes parecían haberse puesto de acuerdo: «Las cosas se arreglarán. La guerra pasará de largo. Sobre todo, cariño, quédate ahí tranquilamente», escribían todos.

Las mujeres no se atrevían a desobedecer, pese a sospechar que les mentían, que querían

mantenerlas lejos de un París amenazado. Aquéllaya no era la vida normal, sino una sucesión de imágenes deformadas, el esperpento de una pesadilla. La cocinera española dejaba la ensalada en la mesa y se echaba a llorar: estaba casada con un francés que se iba a la guerra. Alguien hacía girar febrilmente el dial de la radio, y de Budapest llegaban romanzas zíngaras. A la luz de la luna, los gatos maullaban, corrían por los tejados y jugaban en la pálida y reluciente gravilla. El perfume de las flores penetraba por las ventanas. El mar era fresco, arrullador, inocente. Las mujeres miraban el sillón de paja vacío de la terraza donde una semana antes el hombre al que amaban fumaba, reía, leía el periódico. Pensaban en la gran cama bajo el mosquitero. Encontraban un cigarrillo olvidado o un poco de arena todavía tibia bajo los cojines del diván, y ya se sentían viudas.

No obstante, cuando se acerca una catástrofe, se empieza a pensar en los demás. Ninguna quería preocupar ni desesperar a las otras. Las voces se bajaban, se volvían más serenas al hablar de cosas insignificantes, del tiempo, del chapuzón de esa mañana, de ropa. Luego, tras un silencio, en un tono fingidamente despreocupado, alguna preguntaba:

—A propósito, ¿qué te decía Guy esta mañana?

Y Rose, con los ojos bajos, recitaba en tono angustiado la carta que se sabía de memoria: «Estoy convencido de que todo se arreglará. A diario hablo con gente bien informada, y todos son de la misma opinión que yo. Esto acabará como el pasado septiembre, porque en el fondo nadie quiere la guerra. En cualquier caso, no cometas la tontería de venir aquí.»

Las mujeres se aferraban a estas palabras: «A diario hablo con gente bien informada...», imaginándose a aquellos hombres serios, sensatos, que lo preveían todo, que conocían hasta los pensamientos más secretos de los gobernantes, que habían sondeado sus corazones y sus sueños y aseguraban que no habría guerra. Tenían que creerlos. Sin embargo, las noticias empeoraban por momentos. Parecía que el aire se enrareciera lentamente alrededor. Una sorda y cruel ansiedad cortaba la respiración.

En el saloncito, las mujeres permanecían calladas mientras el reloj de sobremesa seguía con su monótono tictac. Y cuando en la radio se interrumpía de golpe el vals, todo parecía precipitarse en un abismo. Unos instantes de silencio... en que los corazones dejaban de latir. Rose jugaba con su flamante alianza, la posaba en sus rodillas, la acariciaba, la contemplaba. Luego se oía la voz del locutor: «Van a escuchar una emisión de la radiodifusión francesa...»

—Sí, en el fondo, nada nuevo —murmuraba una voz después de la emisión.

—No... todavía nada —concedía otra.

De pronto, Rose se levantaba, se ponía un abrigo sobre el fino vestido y bajaba a la playa. En la húmeda tiniebla, las luces titilaban formando un arco a lo largo de la bahía. Ante la terraza de un café, un grupo inmóvil esperaba en la penumbra el siguiente noticiario de la radio.

Aquello duró hasta el día que se decretó la movilización general, anunciada por el repique de campanas.

—¡Mamá! ¿Oyes las campanas? —gritaba una niña pequeña en un jardín—. ¿Es que es fiesta?

Las mujeres lloraban en plena calle. Los hombres estaban tranquilos; algunos incluso se encogían de hombros y reían.

—¡Bah! —exclamaban—. Estaba cantado. ¡Otra ronda!

Rose, que había intentado en vano telefonar a París, volvió de Correos lívida y temblorosa, ya sin lágrimas y diez años más vieja.

—Me marcho esta noche —anunció—. Llegaré justo a tiempo. No se irá hasta el segundo día.

Todo había cambiado ya a tal punto que esas veinticuatro horas de respiro parecían un regalo. Veinticuatro horas... Cuántas cosas cabían en veinticuatro horas, cuántos besos, cuántas lágrimas, qué

amargas e intensas vivencias...

Rose subió al último tren no habilitado para el transporte militar. Se veían pocas mujeres, la mayoría de los pasajeros eran hombres movilizados que se incorporaban a sus regimientos. Algunos dormían en los pasillos, realizaban el viaje acurrucados sobre una caja; los campesinos bebían silenciosamente su vino, limpiaban el cristal de la ventanilla con la manga y contemplaban las pequeñas estaciones y las granjas. Los burgueses y los obreros hablaban con grandes aspavientos. «Hitler... Italia... Inglaterra... Múnich...», se oía decir. Los campesinos callaban o se limitaban a intercambiar algún comentario sobre su vida cotidiana, de la que todavía no los habían arrancado. La llevaban consigo y seguirían llevándola durante la guerra, la victoria o la cautividad, hasta la muerte, como la carne que cubría sus huesos: «La vaca... las patatas... la fruta... Este año había, había...» Señalaban al pasar los árboles cargados de melocotones y murmuraban: «Es una pena ver cómo se pierde la cosecha. Pero ya se encargarán las mujeres de ella.»

—Me llamaron y voy a ir —repetía un individuo de mirada inquieta y aspecto enfermizo—, pero estoy muy mayor para ser soldado. Participé en la otra, del 14 al 19, en los Dardanelos.

La otra, la otra guerra... Eran palabras que se pronunciaban con estupor, palabras que sonaban nuevas. Otra guerra... ¡Dos veces en una vida era demasiado! Pero todos tenían que doblegarse ante el mismo destino, y de esa hermandad en la desgracia nacía el coraje.

—¿Va a usted a París? —le preguntó a Rose una anciana—. ¿Es verdad que van a bombardearnos? ¿No tiene usted miedo?

Rose negó con la cabeza. En su fuero interno experimentaba una extraña y penosa confusión entre el pasado y el presente. El corte no estaba hecho: las esperanzas, los hábitos, los sentimientos, los deseos del pasado se agarraban a ella como un miembro que, a punto de ser amputado, sigue sangrando y unido al atormentado cuerpo por los nervios, los músculos, la carne. Miraba el hermoso y puro cielo y pensaba: «Cuando Guy venga para las vacaciones hará calor.» Y a continuación: «Pero no... él se va... estamos en guerra.» Después, al abrir el bolso para sacar el trozo de pan y la fruta que había cogido, porque no había cenado y estaba muerta de hambre, notó al tacto una muestra de tela estampada. Era para un vestido que había encargado y que tenían que entregarle, que él tal vez no viera jamás, que ella quizá nunca se pusiera...

—¿Por qué va usted a París? —volvió a preguntarle la anciana, curiosa.

—Quiero ver a mi marido —murmuró Rose.

—Yo voy a recoger mi ropa blanca. Imagínese qué desgracia si bombardean la casa... Esa ropa era de mi madre.

Cuantos se acordaban de la otra guerra hablaban de ella: «Esta vez no será lo mismo. Somos fuertes... ¡Tenemos cañones y aviones!»

Cuando el tren paraba en las estaciones, los pasajeros se asomaban a las ventanillas y miraban con curiosidad a los soldados que custodiaban las vías. A la luz de la luna, sus cascos y sus cinturones brillaban, y del cañón de sus fusiles brotaba un resplandor azulado. Convoyes de mujeres y niños que huían de París bajaban hacia el centro de Francia. Reanudaban la marcha. Los ojos escrutaban el cielo cuajado de estrellas en busca de los primeros aviones.

Rose durmió unas horas. Cuando se despertó era de día. Unos caballos cruzaban un pueblo.

—Están requisando los animales —dijo alguien.

Como una piedra de molino en constante movimiento, la idea de la guerra trituraba los corazones. La veían, la respiraban a cada instante; cada gesto, cada palabra, cada pensamiento la traía a la mente. En la estación de París, donde la muchedumbre asaltaba los trenes y metía a los niños por las ventanillas de los abarrotados coches, y, en cambio, las calles estaban tan tranquilas, nada dejaba un

segundo de respiro al alma, todo parecía repetir: «Es la guerra... la guerra... la guerra...»

Aparte de que ahora los transeúntes llevaban en la mano máscaras de gas, nada había cambiado. En las esquinas vendían flores, las amas de casa compraban cerezas, los niños corrían. Al llegar ante la casa, Rose se detuvo con el corazón palpitante y, por unos segundos, miró el tercer piso y la ventana de su habitación. De pronto, pensó que Guy la reñiría por haber vuelto. Subió la escalera lentamente: el ascensor no funcionaba. Llamó al timbre. Al oír los pasos de Guy en el desnudo entarimado, cerró los ojos para escucharlos mejor, para que su sonido se le quedara grabado, para no olvidarlo jamás. Creía que, en cuanto se abriera la puerta, se le arrojaría al cuello, lo estrecharía entre sus brazos y gritaría: «¡No te vayas! ¡No quiero que te vayas! ¡Quédate a mi lado!» Pero la guerra ya empezaba a endurecer los corazones.

—Soy yo —dijo sonriéndole—. No te enfades.

Se quitó el abrigo y, mientras él la miraba en silencio, le preguntó:

—Estamos en guerra, ¿verdad?

Estaban en guerra.

LOS hombres se habían marchado sin vítores, sin canciones, sin flores. Los niños también se habían ido. Totalmente solas, las mujeres cumplían con sus deberes femeninos: ordenaban la casa, subían al desván las maletas con la ropa de verano... Rose, Agnès y Colette trabajaban juntas. Las dos últimas habían vuelto de Wimereux horas antes de que Guy se marchara. No lloraban. La guerra empezaba a crear sus leyendas: se suponía que, con su serenidad, su coraje, su ciega confianza en un destino favorable, las mujeres debían mostrarse dignas de los soldados. A Agnès le resultaba más fácil: ya había interpretado ese papel: cuatro años agachando la cabeza, esperando, reprimiendo las lágrimas en silencio, sonriendo a los ancianos y los niños, confiando. Pero ¡qué duro era para las jóvenes! Rebeldes, inquietas, apasionadas, hasta entonces habían creído que vencer la adversidad era fácil. La huida de casa, la oposición a las órdenes maternas, la boda conforme a sus deseos, todo había hecho que Rose se sintiera orgullosa de su fuerza y su juventud. Y ahora estaba vencida y desposeída. Sentía una rabia desesperada, un rencor ciego que extendía al universo entero. Cuando por unos instantes se encontró sola en su habitación, mostró el puño al cielo. ¡Qué alto y luminoso era aquel cielo de verano! Las palomas arrullaban en el balcón y lentamente se acercaba el crepúsculo. Como peces ciegos flotando en agua transparente, los globos cautivos se elevaban en el firmamento verde dorado con sus plateadas panzas. Agnès pegaba en los cristales tiras de papel, con las que seguramente esperaba contrarrestar la potencia de las bombas. Tumbada en la deshecha cama de hierro, Rose mordía la almohada para ahogar sus sollozos.

Colette entró en la habitación de su cuñada.

—Ven, Rose, no te quedes ahí. Ven...

—Cómo te envidio... —dijo, mirándola y negando con la cabeza—. Qué feliz eres... ¡Tú no tienes a nadie allí!

—¿Y Guy?

—¡Oh, sí, pero es un hermano! ¿Qué es un hermano? Es triste, claro, sé cuánto lo quieres. Pero yo, Colette... Si supieras...

Con un gesto violento que hizo enrojecer a Colette, a la que le pareció casi inconveniente, su cuñada se golpeó los pechos desnudos con los puños.

—Es como si me arrancaran el corazón.

—No se trata sólo de Guy —dijo Colette arrodillándose junto a la cama y cogiendo la mano de Rose para llevársela a la mejilla—. Hay alguien más...

Pero la otra no la escuchaba. A ella sólo le importaba un amor: el suyo. Sin embargo, poco a poco fue serenándose, pues no quería apenar a Colette.

—¿Alguien más? —le preguntó distraídamente.

Colette le susurró un nombre.

—No sabes quién es —añadió con viveza—. Lo conocí en invierno. Volvimos a vernos en Wimereux. Y en ese horrible agujero, juntos a todas horas, inevitablemente... ¿Comprendes? Pero sin esos últimos días, sin esas últimas horas, habría seguido siendo simple camaradería, una tierna amistad... Entonces, él dijo... dijo... —Colette bajó la cabeza, jugueteó nerviosamente con el pequeño brazalete de oro que le adornaba la muñeca y completó la frase con voz temblorosa—: Dijo: «Es duro vivir sin ti.» Y nos hicimos novios —declaró, esperando la respuesta de Rose.

—Me alegro, Colette —repuso su cuñada mecánicamente, pensando: «¿Por qué habla de noviazgo,

de amor? ¿Cómo va ella a comprenderlo? Guy y yo sí sabemos lo que es.» Sin embargo, le rozó la mejilla con un leve beso e insistió—: Me alegro mucho.

—Pero se ha ido —prosiguió Colette con voz queda—. Volverá, de eso estoy segura, volverá. Yo creo que eso se intuye, que en eso no puedes engañarte, ¿verdad? —preguntó con ingenua y ferviente esperanza—. ¿Crees en los presentimientos? Yo, cuando lo vi el año pasado, tuve la sensación de que alguien me apretaba el corazón con fuerza y a la vez con suavidad... No sé explicarme... Como cuando coges un pájaro para que no se te escape, pero al mismo tiempo no quieres hacerle daño, ¿entiendes? Oh, qué ridícula soy, pero te lo juro, lo sentí y comprendí que era él, y nadie más... Él, él —repitió en voz muy baja, y se cubrió la cara con las manos—. ¿Y si a pesar de todo me equivoco, si no vuelve, si muere sin yo haber sido su mujer? Ah, me habría gustado... Al menos una vez, una vez... me sentiría menos desgraciada.

—¡No, cállate! No sabes lo que dices. ¡No puedes hablar de esas cosas, ignoras lo que has perdido!

Colette se levantó, se acercó a la ventana y se quedó mirando la calle vacía.

—¿Se lo has contado a tus padres? —le preguntó Rose.

—No —murmuró la joven sin volver la cabeza.

—¿Por qué?

—Más adelante. No me atrevo. No, no se enfadarán, pero... Mamá parece haberlo adivinado y pensar: «¿Qué verá en él?» Prefiero no decírselo de momento. Contigo es distinto. Tú lo entiendes.

—Sí —convino Rose con voz cansada, levantándose.

Cuando acabó de vestirse, añadió.

—Ven, demos un paseo. Este cuarto huele a naftalina. Es oscuro, siniestro. Vamos.

Y salieron juntas, sin rumbo. Hacía calor. Con las máscaras de gas en la mano se sentían ridículas. Rose miraba instintivamente las caras de todas las mujeres con quienes se cruzaban y pensaba: «Ésa tiene a alguien en el frente. Ésa no...»

Se notaba en sus ojos, en sus facciones, en cierto aire ausente; era como si sólo sus cuerpos permanecieran allí, mientras sus mentes iban tras un vagón atestado de hombres, un camión en una carretera. Pasaron dos chicas jóvenes corriendo y riendo, seguidas de una pareja mayor.

—¡Suzanne! ¡Charlotte! —las llamó su madre—. ¡Comportaos, por Dios! Qué poca sensibilidad...

—¡Nosotras no tenemos a nadie en el frente! —respondió una volviendo la cabeza—. Déjanos reír.

Rose palideció y se detuvo.

—Volvamos —murmuró con voz débil—. Hace demasiado calor. No me encuentro bien.

Entre los parisinos corría la voz de que los bombardearían esa misma noche. Y la gente esperaba, más bien con fascinada curiosidad que con auténtico miedo, sin duda como el pájaro aguarda a la serpiente. No podían huir, pero el peligro les parecía demasiado irreal. No lo entendían, no se lo imaginaban. «Lo que sea, será», decían.

Esa noche, cuando por primera vez se oyeron las sirenas, ese soplo que parece ascender del horizonte, venir hacia uno, tronar como una tormenta y luego convertirse en lamento, en invocación, en gemido («Lo único que puedo hacer es avisaros. ¡Escondeos! Viene la muerte. Estáis desarmados. ¡Huid!»), esa noche, pues, casi todo el mundo bajó a los sótanos. Era la primera vez. La gente reía, fanfarroneaba, en su fuero interno orgullosa de tener que afrontar vicisitudes como los soldados en el frente. No, no volvería a decirse que el país estaba dividido en dos bandos, como en 1914, el de los que morían y el de los otros, que sobrevivían gracias a esas muertes. Todos eran iguales, todos combatían, todos se jugaban la vida.

Pierre no quiso ponerse a cubierto: temía por su antigua herida en el frío sótano, pues la humedad

avivaba el dolor. Su mujer permaneció a su lado. Colette y Rose también deseaban quedarse, pero Agnès no las dejó. Las lucecitas de las linternas se agitaban en el patio interior. En el cielo de París nunca se habían visto tantas estrellas; sin iluminación eléctrica que las eclipsara, titilaban suavemente, y el firmamento tenía un aspecto apacible y tranquilizador.

Pierre y Agnès fingían dormir. Él le había rodeado los hombros con un brazo y procuraba respirar pausadamente, pero no la engañaba. Su mujer sabía que no podía conciliar el sueño.

—¿En qué piensas? —le preguntó al oído—. Estás despierto...

—En Guy —respondió con voz rota y débil.

«Cómo ha envejecido...», pensó Agnès.

Se le acercó más, lo atrajo hacia sí y lo acunó como a un niño. Para ella seguía siendo joven. En su mente, el hijo ausente y el soldado de otros tiempos casi se confundían. Pero abrazada a él en la oscuridad, acariciándole la cicatriz de la cadera, recordó que tenía cincuenta y cuatro años, que era mayor y frágil. Una pena indefinible, una mezcla de lástima, miedo y amor se unió a las penas de aquellas últimas semanas.

—Mi pobre amor, mi pobre amigo... —le susurró al oído.

—No, pobre Guy —la corrigió Pierre y, como si el contacto de su mujer le resultara insoportable, la apartó con suavidad y suspiró—: Pobre chico...

«Sabe lo que le espera a nuestro hijo —pensó Agnès—. Yo tiemblo, sueño, imagino, pero él... La guerra, la victoria, la batalla no son meras palabras para él. Sabe lo que hay detrás de ellas. Lo recuerda. Sabe adónde han mandado a su hijo.»

—No se debería pasar por esto dos veces —murmuró Agnès.

Sin embargo, Pierre no la escuchaba. Muy lejos, se oía fuego de artillería: la defensa antiaérea disparaba contra los aviones enemigos o se ejercitaba para las alertas nocturnas y para que los parisinos se habituaran a la prudencia y la resignación.

—¿Los viste irse?

—Sí —contestó ella.

—¿Y qué te pareció?

—Que no fue como en 1914. Ni flores ni música... Pero...

—Sí, desde luego son increíbles —la interrumpió Pierre—. Al fin y al cabo, son nuestros hijos. Si están bien dirigidos, si todo va como tiene que ir, saldrán de ésta, igual que nosotros. Pero... tengo miedo. Les han hablado demasiado de la otra guerra. Los que la hicieron la recuerdan muy bien. La memoria de un pueblo es una cosa terrible. Dicen que la gente es olvidadiza; sí, pero como los animales, que recuerdan que han sufrido, aunque no por qué... Es una memoria terrible, orgánica, hecha de rencor ciego, de injusticia, odio y estupidez... Nosotros, en 1914, éramos tan inocentes como recién nacidos. Íbamos a la guerra de buena fe. Pero nuestros hijos, que saben que todos los sacrificios fueron inútiles, que la victoria no venció a nadie, que han leído, visto u oído cuanto sucedió entonces y después, ¿cómo quieres que lo soporten? Los jóvenes han crecido con nuestras historias. ¡Cuántas veces les hemos repetido que la guerra fue una estupidez, algo inútil! Así que, ¿qué pasará? Unos, los que son gente de bien, de bien de verdad, ni siquiera tendrán las ilusiones necesarias para morir más o menos dignamente. Los otros, la mayoría... Por poco que la contienda se prolongue, que no haya victorias aplastantes desde el comienzo, se sentirán engañados, como nosotros. Pero en nuestro caso ocurrió al final, hasta entonces habíamos aguantado, resistido, y continuamos por costumbre. Sin embargo, ellos... Y pensar que creímos redimirlos, como si se pudiera redimir a toda una generación, a toda una especie, sin ser Dios... Estoy muy triste, muy preocupado, Agnès. Tú tienes más fuerza que yo, mi querida mujer.

—No, lo que pasa es que estás cansado y enfermo —repuso ella tranquilizándolo, acunándolo—. Te arden las manos. Hace demasiado calor. En cuanto termine la alerta, abriremos las ventanas. Quédate aquí. No te muevas. Duerme.

La noche avanzaba. Con los primeros rayos de un alba rosada, resplandeciente y alegre, mientras las palomas arrullaban en el tejado, las sirenas anunciaron el final de la alerta.

EN las oscuras y heladas calles de París, los transeúntes se alumbraban con pequeñas linternas que hendían la noche con su fríos, azulados y cegadores haces. Nevaba. Algunos se detenían ante un quiosco unos instantes; echándose el aliento en las manos, despleaban el periódico y, con ayuda de la linterna, buscaban el comunicado de la portada: «Nada que destacar en el frente.» A continuación, proseguían su camino por el resbaladizo adoquinado. París todavía no sufría desventuras, pero parecía esperarlas, envuelto en la silenciosa tiniebla. «Qué triste está la ciudad», pensó Guy.

Después de haber pasado el principio del invierno en las avanzadas de la Línea Maginot, disponía de un largo permiso. Pero los días se le iban, se escurrían entre sus dedos como el agua; no podía retenerlos. Las primeras horas habían sido maravillosas, de una calidez y un bienestar puramente físicos. El baño, la cama, la ropa... Todo le parecía suave y agradable para su cuerpo. Sentía la alegría del viajero que se sienta al fin a la mesa, frente al fuego de la posada, tras una larga marcha nocturna por un barrizal.

Sin embargo, conforme se acercaba el día en que debía partir, el sosiego cedía ante una extraña inquietud. En París no le habían dado tregua. «¡Vaya una guerra! —decían los civiles tras felicitarlo por su buen aspecto—. ¡En el fondo, es una vida muy sana, muchacho!» Les asombraba que aún no hubieran entrado en Berlín con el fusil en ristre. Hasta su padre —¡su propio padre!—, que tendría que haberse acordado de lo que era una guerra, le había parecido un poco... ingenuo. Sí, no se le ocurría otra palabra: ingenuo en sus opiniones y sus preguntas.

Rose tampoco era ya la misma. Se había estropeado y tenía la cara más pálida y llena. Únicamente la reconocía por la noche.

Esa tarde, la penúltima que pasaba en París, habían decidido dejar en casa a la familia y salir a cenar solos. Rose quería volver a un pequeño restaurante de la Île Saint-Louis al que habían ido varias veces a escondidas cuando eran novios. Había demasiada nieve para desplazarse en coche, así que tuvieron que conformarse con el metro. Caminaban hacia la isla cogidos del brazo, sin hablar.

—¿Cómo se llamaba aquella mujer? —preguntó Rose de pronto—. Me refiero a...

—¿Qué mujer?

—La mujer por la que quisiste... —Se interrumpió, soltó el brazo de Guy y se apoyó en el pretil que bordeaba el Sena—. Por la que quisiste matarte —dijo al fin con voz sorda, como asustada de sí misma.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Cómo se llamaba? Sólo dime su nombre...

—Nadine. ¿Por qué lo preguntas ahora?

—Por nada —murmuró ella.

Cogiéndose ahora de su mano, siguió andando ligeramente apoyada en él. Guy sentía latir su corazón.

—¿Era rubia? ¿Morena?

—Rubia.

—Muy guapa, ¿no?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?! —exclamó Rose, irritada.

—Te lo juro, no lo sé. Lo que sigue vivo en mi recuerdo es, sobre todo... No sé explicarlo. Es lo

que yo pensaba, lo que sentía, lo que sufría... El hombre es un animal egoísta. Y ella, su cara, su cuerpo... —añadió bajando la voz— se me han borrado. Pero no hablemos del tema, por favor. Me resulta penoso.

—Sólo una cosa más... ¿No has vuelto a verla?

—No.

—¿Palabra de honor? —insistió Rose, angustiada.

—Palabra de honor. Pero bueno, Rose, ¿qué te pasa?

Por toda respuesta, ella restregó la cabeza con suavidad contra el hombro de su marido. Más que una caricia, parecía frotarse una parte dolorida del cuerpo, movimiento que a la vez aliviaba y reavivaba su dolor.

—Empezó cuando te fuiste. Antes estaba tranquila. Eras sólo mío. Yo te había... aburguesado, ¿comprendes? Pero allí solos, los hombres se aburren, piensan en cosas en las que no se piensa habitualmente... Puede que ella te haya escrito...

—No, cariño, no seas tonta.

—Tal vez sueñes con ella...

—Mira, Rose, ni siquiera recuerdo el color de sus ojos ni el sonido de su voz. Está olvidado, borrado, muerto —declaró Guy, mientras pensaba: «Es una verdad a medias, pero es lo que debo decir.»

Rose aspiró una bocanada de aire con un ligero silbido, como cuando uno emerge del agua.

—Perdóname. No volveremos a hablar de ello. Si supieras lo feliz que soy... Ahora estoy aliviada y puedo decirte...

—¿Qué?

—No, luego.

—¿Qué? ¡Vamos, dímelo!

—¡Luego, luego! —repitió Rose, arrastrándolo hacia la puerta del restaurante.

Entraron. La pequeña sala estaba resplandeciente y abarrotada. Unos amigos los saludaron con la mano. Eligieron una mesita un poco apartada. Rose se quitó los guantes.

—Tengo las manos heladas. Pero qué bien se está, ¡qué calorcito! Ya ves cuánta gente hay... En todas partes es igual. Los restaurantes, los espectáculos, todo lleno. Nadie diría que estamos en guerra.

—¿Vas a contármelo o no?

—¿El qué? —preguntó ella sonriendo.

Se interrumpieron, pues el camarero esperaba para tomarles nota. Eligieron los platos y el vino con esmero. Poco a poco, iban olvidándose de la guerra y del momento de la separación, tan próximo; o, mejor dicho, los relegaban al fondo de su mente. «¡Bah, qué importa! —pensaban—. ¿Quién sabe lo que ocurrirá mañana?»

Cuando Guy sirvió el Chambertin, Rose dijo:

—Brindemos por nuestro hijo, por el hijo que vamos a tener...

—¡Rose! ¡No es verdad!

Ella asintió con la cabeza: era verdad. Lo sabía desde hacía unos días.

—Fui a ver al doctor Lange, ¿sabes? Pero no quise decírtelo enseguida. Estaba confusa. No sé, te sentía muy lejos de mí. Esta guerra es espantosa... No, no te rías. Soy una mujer, soy infantil, pero ¿qué quieres?, veo las cosas como mujer. Te han arrancado de mi lado, de mis brazos, de mi cama, para arrojarte a un mundo de hombres, un mundo duro que detesto. ¿Te acuerdas de aquel libro que quisiste que leyera, ese que tanto te gusta, en que un aviador, un oficial, que tiene a otros pilotos a su

mando, se burla porque a uno de los que ha mandado a la muerte lo espera la mujer en casa, con la lámpara encendida y flores sobre la mesa, y sábanas limpias en la cama? Pero quien tiene razón es ella... Y yo, yo...

—¿Para cuándo es? —preguntó Guy, que no la escuchaba.

Rose contó con los dedos.

—Finales de mayo, principios de junio. Una época bonita para nacer, ¿verdad? Siempre he pensado que me gustaría tener un hijo al comienzo del verano. Con la habitación llena de flores, muy alegre... —comentó con voz tierna—. Por el nacimiento de un hijo dan un permiso, ¿verdad?

—Estoy muy contento —repetía Guy sin mirarla, con una extraña timidez—. Muy, muy contento.

No era simple alegría, sino además una sensación de triunfo. La noche, llena de amenazas en torno, el duro invierno, la guerra... Y de pronto aquella esperanza, aquel niño, aquel alegre desafío a la suerte. «¡Sí, tú te ríes de mí, pero yo también de ti!» Le parecía estar cara a cara con su destino, diciéndole sin odio pero en son de burla, como un alumno descarado a su profesor: «¿Quieres acabar conmigo? Pues estoy vivo. ¿Quieres arrebatarme las esperanzas? Pues fíjate: me caso, amo, gozo, tengo un hijo... ¡Y cuanto más te ensañes conmigo, más me obstinaré!»

Entornó los ojos y se llevó la copa a los labios.

—Soy feliz. Gracias, Rose.

A primeros de mayo, el anciano Hardelot-Demestre se presentó en París con una maletita y la máscara de gas en bandolera. Pese a las ordenanzas, ya nadie se paseaba por la ciudad con aquel cilindro de zinc, así que el anciano sorprendió algunas miradas irónicas. Pero él iba tan feliz, con la barbita cana ondeando con la suave brisa. El tiempo era cálido, agradable, y el cielo luminoso. En París corrían aires de despreocupación, de alegre mollicie: la gente se alegraba de haber dejado atrás el largo invierno y sus frías tinieblas. La guerra continuaba, pero se combatía tan poco y tan lejos... Las terrazas de los cafés ya se hallaban abarrotadas. De tapadillo, empezaban a hacerse pingües negocios de aprovisionamiento. La gente comentaba el último cambio de ministro o apostaba en las carreras. El viejo Hardelot-Demestre encontró encantador París. Había estudiado en la capital hacía cincuenta años, y era él quien les había recomendado a los padres de Pierre el Hotel des Grands-Hommes, en el Barrio Latino, cuyas tristes habitaciones habían visto pasar a dos generaciones de Hardelot. Durante la Gran Guerra había vuelto a París en dos ocasiones, la primera, para ver a su único hijo, herido e internado en un hospital parisino, y la segunda, el Catorce de Julio de la victoria, cuando las tropas aliadas desfilaron bajo el Arco de Triunfo. Por desgracia, salió a la calle demasiado tarde y se pasó cuatro horas contemplando el escaparate de la pequeña mantequería ante la que lo arrinconaron. Volvió en ayunas y con el paraguas destrozado, pero sin perder el buen humor. Ahora miraba la capital con una sonrisa indulgente y traviesa, como si le hubiera pellizado el trasero a una chica. Era un ancianito vivaracho y pícaro; la señora Hardelot-Demestre nunca conservaba mucho tiempo a una criada bonita. Ya se imaginaba entrando esa misma noche en el Casino de París con su sobrino Pierre y viendo cosas que le encenderían las mejillas, habitualmente pálidas y hundidas, y le acelerarían el corazón. Pierre no estaba al tanto de su llegada. El asunto que lo traía a París era importante, se había dicho el anciano; para tener éxito, debía pillar desprevenido a su sobrino. Así pues, se presentó en su casa cuando Pierre estaba sentándose a la mesa, entre Agnès y Rose. Tras la sorpresa inicial, le preguntaron si quería almorzar. El hombre aceptó su trozo de tortilla de mil amores. Comía despacio, regocijado por la curiosidad de sus sobrinos.

Por fin, le preguntaron si pasaría en París muchos días.

—¡No, no! Pienso marcharme dentro de cuarenta y ocho horas. —Y después de una pausa, añadió—: Con al menos dos de vosotros.

Pierre y Agnès se miraron. Rose dejó el vaso sin haber bebido. Su embarazo era muy evidente, y tenía la cara hinchada y deformada. De vez en cuando se llevaba la mano al costado, con el gesto habitual de las embarazadas, como si quisiera proteger a su hijo de un peligro invisible. Los tres sospechaban la verdad: las cartas de la señora Florent, repletas de chismorreos de Saint-Elme, dejaban entrever que Simone deseaba hacer las paces o, al menos, firmar un armisticio.

—Vengo como embajador —les explicó el anciano—. Me envían los de la calle Blanche.

En Saint-Elme, en lugar de llamar a la gente por su nombre, se utilizaban las perífrasis: «Los de la plaza del mercado, nuestros amigos que viven cerca del puente, por el lado del palacio...» En la calle Blanche habían vivido los Renaudin antes de que Simone se convirtiera en la señora Burgères y se mudara al palacio, de modo que esa calle y ella serían inseparables hasta que el mayor de los últimos Renaudin dejara este mundo.

—Hay novedades —continuó el anciano, acariciándose la barba—. Una de cal y otra de arena, como suele decirse; noticias que te entristecerán, mi querida Rose, junto con otras que no podrán más

que alegraros si Guy y tú estáis dispuestos a hacer borrón y cuenta nueva sobre determinados malentendidos entre tu madre y vosotros.

—¿Está... peor? —preguntó Rose en voz baja.

—Por desgracia, sí. Ésa es la parte triste de mi embajada. Ya sabes que, desde que empezó la guerra, se echó sobre las espaldas un trabajo descomunal, pues movilizaron a sus colaboradores masculinos y nunca se ha fiado de las mujeres. En resumen: trabajó en exceso, sufrió un ataque de corazón de cierta gravedad y su estado físico influyó en su estado anímico.

—¿Corre peligro su vida? —lo interrumpió Rose.

—No, eso no. Pero ¿qué puedo decirte? Se siente vieja y sola. Lleva una vida muy triste... Y te quiere más de lo que imaginas, hija. Tiene un carácter tiránico, y quizá se sienta desgraciada porque ya no le queda nadie a quien tiranizar —sugirió el viejo con una risita—. Perdona, Rose; ya sabes que siento el mayor respeto por tu madre. En fin, desea reconciliarse contigo. Le gustaría compartir con Guy la carga de la empresa cuando acabe la guerra y, entretanto, Pierre, te pide encarecidamente, te suplica que acudas a su lado. «Dígale que se apresure, que venga enseguida», fueron sus palabras. Y que la ayudes a dirigir la fábrica, porque se encuentra al límite de sus fuerzas.

El anciano tuvo que insistir largo rato antes de que su sobrino cediera. Quizá Pierre quería ocultarse su propia satisfacción. La ociosidad le pesaba; se sentía mayor, inútil, y la idea de enfrentarse de nuevo al trabajo, con las preocupaciones, responsabilidades y la necesidad de impartir órdenes que conllevaba, hizo que su corazón cobrara nuevos bríos. Sentía nostalgia de aquella fábrica que había llegado a odiar, como un viudo a la gruñona de su mujer, con quien compartió el lecho durante casi veinte años.

No obstante, se hizo de rogar por pudor. Y acabaron entendiéndose. Todos opinaban que Rose debía ceder a los deseos maternos; era mejor, era preferible que el niño naciera en Saint-Elme, el lugar al que, en cierto modo, pertenecía desde ahora. Rose partiría hacia allí al día siguiente, acompañada por Pierre, el cual, una vez llegado, ya vería qué hacer; hablaría con Simone y tomaría una decisión. En cuanto a Agnès, iría también con ellos y aprovecharía para ver a su madre.

Planeaban su futuro sin prisas, con prudencia, con breves frases reticentes, cautelosas, como el niño que construye un castillo de naipes conteniendo la respiración. Sin embargo, mientras que el niño sabe que el castillo es frágil, aquellos burgueses estaban seguros del porvenir. Pese a las terribles convulsiones que sacudían Europa, pese a los conflictos sociales y la guerra, llevaban la seguridad en la sangre. Confiaban en el futuro como sus padres antes que ellos. Los meses, los años venideros se desplegaban en su imaginación con leves ondulaciones, con ligeras sinuosidades, como los campos llanos y las rectas carreteras de su tierra. Lo preveían todo, hasta los menores detalles. Rose se decía que su hijo vendría al mundo en casa de su madre, y mentalmente iba ordenando el gran armario empotrado de la ropa blanca, donde colocaría el ajuar del niño, y ya veía el sitio de la cuna en la alcoba, entre el reclinatorio y su cama. Agnès ya estaba organizando la mudanza para octubre, si Pierre se decidía a quedarse en Saint-Elme... a no ser que la guerra acabara antes. Suspiró. ¡Ay, no, no acabaría! Según la opinión general, duraría tanto como la de 1914. Los sucesos del pasado proyectaban su sombra y su sangrienta luz sobre los días que estaban viviendo. No cabía imaginar más que la repetición de aquellos cuatro gloriosos y terribles años, una inmensa, sobrehumana paciencia hasta el final. Pierre pensaba en el regreso de su hijo. Él mismo había vuelto de la otra guerra, y eso se le antojaba una muestra de la buena voluntad del destino hacia la familia Hardelot. «Todo está en orden —le diría entonces—. Me he esforzado mucho. He guardado tu empresa para ti.»

Así pues, como creía su abuelo con fe inquebrantable, estaba escrito que la fábrica permanecería

en manos de los Hardelot por los siglos de los siglos. El viejo Hardelot-Demestre era el único que tenía sueños a su medida, más asequibles: esa noche, el Casino de París y, a la semana siguiente, una gran cena para celebrar discretamente la reconciliación de Simone y su hija. Con pequeños chasquidos de lengua, pensaba en el menú mientras tomaba un café: una buena sopa, unos buenos lenguados fritos, asado de buey, capón, espárragos y helado.

La radio derramaba sobre ellos, como leche tibia, música de baile interrumpida por fragmentos de discursos políticos, que escuchaban distraídamente. Se animaron un poco a la hora del noticiario, pero no había novedades. Rose fue a echarse. Agnès salió a comprar. Tío y sobrino se quedaron solos, hablando de Saint-Elme y de los asuntos de la fábrica.

Esa noche, la del 10 de mayo de 1940, tras pasar la velada en el Casino de París, el anciano Hardelot-Demestre estaba soñando que una joven bailarina vestida de rosa con unas braguitas salpicadas de estrellas doradas, se inclinaba sobre él y, con unas pequeñas pinzas, le tiraba de la barba. En el sueño, toqueteaba a la bailarina, que se resistía gorjeando como un pájaro y luego cogía una trompeta de cartón (en su infancia, él había tenido una parecida, y nunca había olvidado su brillo, su estridente sonido ni la borla de hilos rojos y naranja que adornaba la base). La bailarina la tocaba junto a su oído y, poco a poco, los sonidos se volvían profundos, lúgubres, amenazadores. Cuando el anciano se despertó y recordó dónde estaba, comprendió que se trataba del aullido de las sirenas. Sus sobrinos le habían preparado la habitación contigua a la suya. El instinto lo impulsaba a bajar al sótano y, además, era muy respetuoso con los reglamentos, que prescribían ponerse a cubierto cada vez que sonara una alerta, porque, al fin y al cabo, alguna podía ir en serio. Pero al mismo tiempo no quería que aquellos parisinos se burlaran de él. Así que esperó, tosiendo un poco para indicarles a Pierre y Agnès, al otro lado de la pared, que no dormía. Al cabo de un rato, oyó que se levantaban y se acercaban a su puerta.

—¿Lo han despertado, tío?

—¡Tú dirás! ¿Qué pasa?

Por sus voces se dio cuenta de que sonreían.

—Si no puede dormir, póngase una bata y venga a tomar una taza de café. La defensa antiaérea hace mucho ruido.

Se reunieron los tres en el salón. Agnès había encendido el hornillo de gas de la cocina y no tardó en llevarles un café que aún hervía. París entero estaba despierto. Hacía demasiado calor y la noche era demasiado hermosa como para quedarse en la cama. Los pájaros trinaban con una especie de jubilosa embriaguez. En las terrazas se veía a mujeres pasearse lentamente en bata o en pijama. En un balcón, frente a la casa de los Hardelot, una rubia muy guapa con el pelo revuelto miraba el cielo. Agnès también se asomó a la ventana y alzó la cabeza. El anciano tío se colocó a su lado, limpió las lentes de los anteojos y miró los pájaros, que volaban de norte a sur.

—Los aviones deben de venir de allí. Dentro de poco los veremos.

Pero los pájaros obedecían sus propias leyes y seguramente no se preocupaban de los aviones, o bien éstos pasaban demasiado alto en el deslumbrante firmamento azul. No se veía nada, sólo se oía como un vuelo de abejorros en un cielo estival... e intensas y nítidas detonaciones que parecían muy próximas. En el balcón de Agnès crecían flores. Por algún motivo, resultaba extraño ver aquellos guisantes de olor enredados en la barandilla. Y aún más sentir en el cuello y la mejilla los primeros rayos del sol, respirar aquel aire puro de las mañanas de mayo y oír el fragor de los cañones. Todos tenían el ánimo sereno: era una falsa alarma, como tantas otras. Sin embargo, los nervios estaban crispados y los sentidos, agudizados. La belleza de aquel amanecer de primavera penetraba en el corazón y hacía daño, como si tanta dulzura ocultara una puntiaguda espina.

—¡Bueno, se acabó! —exclamó al fin Pierre con gesto de impaciencia.

Se apagó el jadeo de las sirenas, esa poderosa respiración que parece absorber todo el aire alrededor antes de soltar un grito semejante a un mugido y, a la vez, a un lamento.

Apuraron el café y volvieron a la cama. A esas horas, el enemigo estaba entrando en Bélgica.

LOS acontecimientos no retrasaron el viaje, al contrario: los Hardelot se apresuraron a llegar a Saint-Elme. Todo el territorio francés estaba amenazado, y un sordo instinto los impulsaba a vivir esos momentos de peligro en su tierra, en familia. Nada realmente grave podía ocurrir en aquellas tranquilas calles, entre la fábrica y la iglesia, pensaba Rose. Era cierto que, durante la otra guerra, Saint-Elme había quedado arrasado; pero cuanto sucede antes de que nazcamos nos parece legendario, sin relación con la realidad: a sus ojos, Saint-Elme era indestructible. Aquellos Renaudin, Hardelot-Demestre y Hardelot-Arques, aquella anodina y sólida familia de provincias le parecía tan firme como las piedras y el suelo. Nunca los había visto angustiados, impacientes, inquietos, faltos de nada. Si bombardeaban Saint-Elme, los gruesos muros de sus sótanos serían un refugio seguro y daba por sentado que sus inmensas despensas contenían suficientes provisiones para resistir un asedio. Si los dolores de parto la sorprendían una noche de alarma aérea, el médico que la había traído al mundo vivía en la casa de al lado. Si moría, diez brazos se tenderían para recibir a su pequeño: tenía parientes y amigos por toda la región. Confiaba en Saint-Elme tanto como en su madre, difícil, dura, esquinada en circunstancias normales, pero un refugio, una roca al fin y al cabo.

Pierre y Agnès no sentían lo mismo: no eran ellos quienes necesitaban a Saint-Elme, sino Saint-Elme quien precisaba de ellos. Pensaban en las casas, en la gente, en la fábrica; en su recuerdo reaparecían algunos rostros: de aquella prima lejana que tenía tres hijos soldados, de aquella otra cuyo marido debía de estar combatiendo en Bélgica... Los obreros, que, exasperados por la guerra, no soportarían penalidades demasiado prolongadas sin reaccionar con el odio y la revuelta, los necesitaban a ellos, a los Hardelot, pensaba Pierre. Quedaban tan pocos hombres en Saint-Elme... Por supuesto, todo estaba previsto: la defensa pasiva, la evacuación en caso necesario... Aunque esa eventualidad no era de temer. A pesar de todo, Pierre se decía: «Nadie conoce esta tierra como nosotros.» Su corazón se debatía entre la angustia y la emoción.

Cuando llegaron, todo estaba en calma: los niños jugaban, los trabajadores salían de la fábrica, las niñas del orfanato se dirigían a la iglesia. El cielo se veía límpido, de un azul resplandeciente. Como era la época de las lilas, las casas estaban floridas; entre los visillos de encaje barato del barrio obrero se atisbaban grandes ramos en las mesas, puestas para la cena; la ferretera y la carnicera habían adornado con flores el mostrador y el escaparate, y por las puertas abiertas de la iglesia salía aquel aroma de lilas, fresco y alegre como un arroyo que fluye a la sombra.

Rose no esperaba encontrar a su madre tan enferma. La señora Burgères no estaba acostada: en Saint-Elme, guardar cama sin estar al borde de la muerte era algo extraño, ridículo, casi vergonzoso. Esperaba a sus visitantes en el saloncito de la planta baja, vestida y encorsetada, respirando con dificultad, muy tiesa en su silla. Cuando vio a su hija, las mejillas se le cubrieron de manchas rojas y, por un instante, se llevó la mano al pecho con el gesto inquieto propio de los enfermos del corazón. Después sonrió al reparar en el vientre y la cara de Rose. Ésta comprendió que su aspecto sano y robusto complacía a su madre: un embarazo bien llevado era motivo de orgullo para la familia, como los títulos de un hijo o la riqueza de un antepasado.

—Tienes buena cara —dijo Simone.

Madre e hija se dieron un beso y luego se quedaron inmóviles una delante de la otra, vacilantes y tímidas.

—¿Me has perdonado, mamá?

—Sí, por supuesto... —contestó Simone volviendo la cabeza—. Estoy muy desmejorada, hija —murmuró—. Ya es hora de que me sustituyan.

Llamaron a la puerta. La gente se había enterado de la llegada de los Hardelot y venía a informarse: «¿Qué se dice en París?», susurraban voces discretas pero angustiadas. Mujeres de rostro marchito y riguroso luto cruzaban las enguantadas manos y entraban una detrás de otra en el salón saludando ceremoniosamente y pidiendo disculpas, todas con la misma pregunta en los labios: «¿Qué se dice en París?»

—Todo va bien, muy bien —respondía Rose ofreciendo distraídamente las mejillas a los leves besos de los habitantes de Saint-Elme.

Pierre y Agnès se alojaron en casa de la vieja señora Florent. En plena noche, se despertaron a la vez. Se oían los ruidos del bosque del Coudre y, de vez en cuando, un sordo y profundo fragor.

—Cañones.

¿Dónde estaría Guy? ¿Lo habrían destinado a Bélgica? No había escrito desde hacía días. Pierre volvía a ver las llanuras en que había combatido y por las que seguramente ahora marchaba su hijo. El noticiario de la noche había sido ambiguo, poco tranquilizador. «Al principio nos machacarán —se decía Pierre—. Al principio, en nuestras filas siempre es así. Confiamos en la suerte, no preparamos nada, dejamos morir estúpidamente a los hombres y luego, en el último instante, salta no sé qué resorte y todo se salva. Así fue en 1914.»

Sí, en 1914 había ocurrido de ese modo y era imposible, inimaginable que esta vez fuera diferente. Aunque trataba de calmarse, no lograba estar quieto. Se levantó sin hacer ruido, volvió al oscuro salón, encendió la radio y buscó con ansiedad una emisora francesa o extranjera que pudiera estar dando la información más reciente y, con buenas noticias, aplacara la sorda inquietud que crecía en su interior. No oía nada, había muchas interferencias, o bien sólo música de baile. Por fin, captó una voz lejana:

«Durante todo el día, nuestras tropas han librado duros combates. En todas partes han ofrecido al enemigo una feroz resistencia...»

Apagó bruscamente el aparato, se acercó a la ventana y miró sin verlo un rosal florido en el jardín iluminado por la luna. Qué noche, qué noche tan hermosa... Encogía el corazón de rabia y angustia.

—¿No se sabe nada nuevo? —le preguntó su mujer.

—No, nada.

Pierre volvió a acostarse. Ni él ni Agnès podían dormir. Tumbados uno junto al otro, con los ojos abiertos clavados en la oscuridad, escuchaban el estruendo de los cañones.

—¡En la carretera, en la carretera!... —exclamó de pronto Agnès, levantándose.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Yo no oigo nada.

Pero ya estaban pasando por la calzada los primeros coches de refugiados, reconocibles por algo indefinible, por el modo de lanzarse a toda velocidad para recorrer kilómetros en carreteras aún libres, por sus frenéticos y furiosos bocinazos, por el sordo rumor que producían y que ya no cesaba, pues a un vehículo lo sucedía otro, y luego otro... Y ante ese insólito sonido, los habitantes de Saint-Elme abrían sus puertas y ventanas, salían a la calle, miraban, preguntaban...

—Vienen de Bélgica —murmuró Pierre.

Marido y mujer se habían levantado, habían cruzado el vestíbulo y entrado en el salón. La carretera pasaba a unos metros de la casa. Sí, habían acertado: eran los primeros refugiados, con los colchones atados en el techo y bultos hasta en los estribos y los parachoques.

El desfile de vehículos duró toda la noche y el día siguiente. Aunque no había noticias de la batalla, se barruntaba la derrota. Un aire cargado de angustia penetraba incluso en las casas más

alejadas, en los campos más apacibles, en cada hogar, en el corazón de Francia. Ya nadie dormía. La comida resultaba insípida. Se repetían los mismos consuelos insulsos: «Con tal de que aguanten... Eso es lo esencial... En realidad, no se sabe nada nuevo... Al fin y al cabo, en 1914 el enemigo llegó hasta Compiègne...»

No había noticias de Guy. Nadie sabía nada de los que estaban en el frente. De pronto habían desaparecido, como los pasajeros de un barco que se hunde envuelto en llamas y humo ante los ojos de los supervivientes. Ahora quienes huían eran los habitantes del norte de Francia. «¿De dónde vienen?», les preguntaba la gente, angustiada. En respuesta, daban nombres de regiones un poco más cercanas cada día; las ciudades vecinas estaban siendo bombardeadas. No había ninguna orden, la gente no sabía si marcharse o quedarse. Cada pueblo quedaba abandonado a su suerte, al coraje o la cobardía de un grupo de hombres y, a menudo, faltaban hombres: una mujer nerviosa, una solterona histérica desencadenaba la huida de toda la población, y oleadas de refugiados inundaban la carretera, sembrando el pánico, que se extendía de comarca en comarca, hasta apoderarse de Francia entera, como el mar invade la playa durante las tormentas del equinoccio.

Hasta que un día las bombas cayeron sobre Saint-Elme. Los aviones aparecieron en el cielo y pasaron en vuelo rasante sobre los tejados. Instantes después, la pequeña estación pareció alzarse, como aspirada por una gigantesca boca de aire, y volvió a desplomarse entre escombros y llamas.

Rose y su madre se habían ido de Saint-Elme días antes. La experiencia había demostrado que el refugio provinciano no resultaba tan seguro como se creía. No sólo los muros y tejados no eran a prueba de bomba: el orden mismo sobre el que habían vivido se tambaleaba y se derrumbaba. No se podía contar con nadie; aquellos a quienes hasta entonces se tenía por pilares de la sociedad se mostraban incapaces y cobardes. El alcalde y el subprefecto habían huido. Además, en el terrible caos que empezaba a reinar, todas las órdenes eran sospechosas: nadie podía decir con certeza si provenían de las autoridades francesas o del enemigo. Los gendarmes desaparecieron, y más tarde se supo que los había confundido una llamada mal interpretada. Como únicos responsables de Saint-Elme quedaba un pequeño grupo de hombres y mujeres, en el que Pierre y Agnès ocupaban, a su pesar, el lugar más destacado. Sólo ellos estaban tranquilos; sólo ellos sabían hablar con voz serena y agradable, animar a los otros; sólo ellos pensaban aún en los demás durante aquellos días de sangre y fuego en que la mayoría sólo pensaban en sí mismos, en su propia salvación. Ahora los refugiados procedentes de Bélgica y del norte pasaban ante las ventanas de Agnès día y noche. No tenían coches; llevaban a los niños en brazos y hatos a la espalda. Se veía a ancianas que corrían detrás de sus vacas desmandadas. Alguien encontró en la cuneta un bebé abandonado, vestido únicamente con una camisita y envuelto en un mantel. Agnès ya no dormía ni comía. Por lo demás, apenas quedaban provisiones: lo que no se había distribuido lo habían saqueado los grupos de merodeadores que seguían a los refugiados y se mezclaban con ellos. Así, mientras Agnès daba de comer a los ancianos, cambiaba a los niños o vendaba a los heridos, los desaprensivos entraban en la cocina, forzaban las alacenas y se llevaban todo lo que estaba al alcance de la mano.

No tenían noticias de Rose, pero seguramente había llegado sin contratiempos al Languedoc, donde la acogerían unos parientes. Seguían ignorando la suerte de Guy, pero en Saint-Elme no había una sola familia que, como los Hardelot, no aguardara en vano, día tras día, un mensaje que no llegaba. Pese a todo, seguían esperando. Con patético pudor, cada cual se guardaba para sí mismo sus temores, sus íntimos pensamientos. Las obreras que acechaban a Agnès en la carretera se limitaban a decir: «Parece que la cosa no va bien, ¿eh? —Sus tensos rostros expresaban una esperanza inquebrantable—: Pero se arreglará, ¿verdad?»

Hasta que, una noche, la radio lanzó el anuncio de la derrota de Sedán por las ventanas abiertas

hasta el jardín, hasta la muchedumbre de refugiados, y se oyó gritar a un hombre:

—¡No es posible! ¡Nos han vendido!

Tras un instante de estupor, se oyeron los sollozos del hombre que había hablado, un obrero herido durante la Gran Guerra. Los cañones atronaban.

—¡Socorro! —chillaba alguien en la carretera—. No puedo andar... Denme de beber... ¡Socorro!

Apretando los dientes, Agnès iba de uno a otro, de la casa a la verja, con leche, huevos, mendrugos. La noche, sin embargo, era serena y magnífica. Brillaban mil estrellas y el jardín estaba colmado de rosas blancas.

En ese momento le entregaron una carta, apenas un pedazo de papel arrugado traído por una mujer de Arras que había vuelto a la región para buscar a sus hijos. Agnès leyó:

Mamá ha empeorado mucho. Estamos paradas cerca de Gien. No podemos seguir. Nos hemos quedado sin gasolina y hay tales atascos en la carretera que no existe la menor posibilidad de avanzar. Tengo miedo. Venid, por favor. Rose.

La mujer volvía a irse de inmediato en una camioneta, en la que había sitio para Agnès. A partir de Arras, los trenes circulaban... probablemente.

—Pero ¡no podemos separarnos! —exclamó Agnès, sintiendo que el valor la abandonaba.

Se arrojó a los brazos de Pierre. Sufrir juntos, morir juntos, no le importaba. Sin embargo, no podía soportar la idea de separarse de él.

—¡Si fuera por mi hijo...! Pero se trata de Rose...

—Es su mujer, Agnès.

—Ven conmigo —le rogó ella—. ¿Qué vas a hacer aquí? Vámonos los dos. ¿Cómo quieres que llegue sola? ¿Por qué te empeñas en quedarte? ¿Es que no ves que todo está perdido?

—Llegarás. Tienes que llegar.

—Pero ¿y tú, Pierre? ¿Y tú?

—Yo me quedo aquí, por supuesto —respondió con dulzura.

Permanecieron abrazados largo rato, despidiéndose en silencio. Cuando Agnès se marchó, Pierre experimentó un instante de debilidad. En definitiva, ¿por qué arriesgaba la vida? ¿Por qué renunciaba al único consuelo posible en aquellos terribles momentos, el de morir con su vieja compañera? Ya no era un soldado, de modo que ¿quién le había pedido que velara por los obreros y los campesinos de Saint-Elme? ¿Y qué podía hacer por ellos?

Sin embargo, no había tiempo para compadecerse de uno mismo. En la carretera, mezclados con los refugiados, aparecían los primeros soldados de la desbandada, los supervivientes de Bélgica. Detrás venían los alemanes, que, tras romper todas las barreras, avanzaban hacia el centro del país. En el canal estaba reagrupándose un regimiento, y quizá una hora más tarde se combatiría en Saint-Elme. Los soldados decían que así se había luchado en el norte, con los civiles atrapados entre el enfrentamiento de los carros de combate.

—Quien no lo haya visto no puede imaginárselo —murmuraban voces exhaustas.

—Pero entonces, ¿qué pasará con nosotras, con los niños?

Los soldados se encogían de hombros con una mezcla de estupor e indiferencia. Se sentían abocados a la muerte, ¿por qué iban a salvarse los demás?

La gente rodeó a Pierre.

—¡Hay que marcharse, marcharse mientras estemos a tiempo! —gritaban las mujeres.

Pero él sabía que era imposible. Imaginaba el caos que produciría aquella avalancha en la carretera, y sobre todo pensaba que si los civiles seguían huyendo, el ejército estaba perdido.

Cerca de Saint-Elme, en el bosque del Coudre, había unas excavaciones, una antigua cantera donde

parte de la población podría refugiarse.

—¡Amigos! —gritó Pierre tras unos instantes de reflexión—. Vuelvan a casa de inmediato, cojan algunas provisiones, si pueden, y mantas para los niños y huyan al bosque. No hay ningún objetivo militar cercano; podrán ocultarse en la espesura, que en esta época del año ya es muy densa, y, si Dios quiere, se librarán de la batalla, porque se luchará sobre todo por el canal y las vías del tren.

Se había hecho el silencio apenas él había abierto la boca: alguien mandaba, alguien conocido, de Saint-Elme, cuya voz clara, baja y un poco áspera, todo el mundo conocía. Las estrellas iluminaban los angustiados rostros que se alzaban hacia él. Pierre sintió el calor de un aliento en la pierna, y su mano tocó la lisa cabecita de un niño que se le había arrimado, hallando en él la serenidad y la fuerza que ya no encontraba en otra parte. Le acarició el pelo.

—Deben apresurarse —insistió—. Pero necesito que algunos hombres se queden conmigo: no conviene que los alemanes lo encuentren todo desierto si entran aquí. Aunque no entrarán —aseguró, pese a que el corazón le decía que todo estaba perdido.

Todos obedecieron en silencio. Pierre vio a las obreras correr hacia sus casas y salir a continuación con sus hijos de la mano y mantas bajo el brazo.

—¡Qué duro es esto! —exclamó una de ellas al pasar ante la verja, evidentemente y, como de costumbre, culpando al patrón de la crueldad de su destino.

Llevaba en brazos a dos niños, cuyas cabecitas asomaban por la manta que les había echado encima.

—Pesan demasiado para usted sola. Se los llevaré un rato —le dijo él, cogiéndoselos. Y, apretándose a las criaturas contra el pecho, echó a correr.

La madre lo imitó. La seguían otras mujeres, que huían en tropel. Cuando llegaban a su altura, Pierre las saludaba por su nombre:

—Hola, señora Grout... Hola, señora François... Hola, señora Vandeeke...

Y su voz tranquila, amistosa y jovial calmaba la estampida.

—No será muy duro, ¿verdad? —se atrevió a preguntar alguna.

—No —respondió Pierre—, claro que no. Una mala noche que hay que pasar. No tengan miedo, estoy aquí —añadió, sonriendo en su fuero interno por la ingenuidad de sus palabras; pero conocía la fuerza de las frases sencillas y, sobre todo, de una voz serena.

A medio camino, le devolvió los niños a su madre y volvió a Saint-Elme. Ahora la noche vibraba con el zumbido de los aviones. Todavía volaban muy alto y lejos. De pronto, una explosión le hizo comprender que estaban bombardeando la carretera. Agnès debía de estar allí. Se imaginó el trágico caos de seres humanos, caballos, vehículos...

«Es mejor no pensar en ello —se dijo—, no pensar. Hemos sido felices. Si esto es el fin... más vale acabar así que viejos y enfermos. Además, saldremos de ésta.»

Cuando llegó a Saint-Elme, las bombas caían alrededor de la estación. Ahora el estruendo de la batalla se oía con claridad. Pierre seguía pensando que se libraría en el canal, como en la guerra anterior. Aquel canal era la llave de toda la región; seguramente, Saint-Elme quedaría atrapado entre los dos fuegos de artillería.

«No dejarán piedra sobre piedra —pensó—. ¡Bah, aquí ya casi estamos acostumbrados!»

Saludó con un gesto a un viejo obrero que fumaba delante de su casita, sentado en un pequeño banco de madera con las piernas estiradas, como habría hecho un domingo soleado.

—¡Esto va en serio, señor Hardelot! —exclamó el anciano, levantándose la gorra.

—Eso parece. Un mal momento que hay que pasar.

—¿Y su señora? ¿Está en el bosque?

—No. Se ha marchado a Arras. La mujer de Guy ha salido de cuentas.

—Le costará llegar. Creo que en las carreteras no cabe un alfiler.

—Sí, lo sé.

—En fin, lo que sea sonará, señor Hardelot.

—Ya. ¿Se queda ahí, buen hombre?

—No quiero abandonar mi casa.

—Voy a recorrer el pueblo, a ver si se han ido todos.

Pacientemente, Pierre visitó todas las casas del barrio obrero. Empujaba la puerta con un hombro, entraba, veía las habitaciones vacías, las sábanas por el suelo, el armario abierto (sin duda, habían cogido a toda prisa los ahorros escondidos en los estantes, bajo las pilas de ropa blanca, y dejado todo lo demás)... En algunos hogares, el fuego estaba encendido, las camas, hechas, un periódico abierto sobre la mesa... En la oscuridad de una calleja, estuvo a punto de caerse al suelo al tropezar con un cochecito de niño que interceptaba el paso. No tardó en descubrir seres humanos en aquellas tinieblas: en casa de los François, la mujer había huido abandonando a sus tres hijos, que lloraban sobre la gran cama; en la trastienda de la mercería, la abuela, paralítica, se había quedado sola.

«¿Qué hago con ellos?», pensó Pierre.

Quedaban camiones, pero no había ni un bidón de gasolina. Los refugiados y, más tarde, los soldados se la habían llevado toda. Cogió la carretilla de un jardinero y sentó en ella a la anciana.

—Jesús, Virgen santa, salvadnos... —decía entre gemidos la mujer.

Luego fue por los niños, los acomodó junto a ella con los almohadones y las sábanas, y volvió a tomar el camino del bosque del Coudre. Avanzaba con dificultad: la carretilla, muy pesada, patinaba sobre los guijarros.

«Menos mal que no llueve», se dijo.

Las bombas le cayeron cerca dos veces. En la primera, se arrojó sobre la carretilla e, instintivamente, se echó sobre los niños y la anciana para protegerlos. Los pequeños no paraban de hablar. Siguió adelante. La segunda explosión hizo volcar la carretilla en la cuneta.

En ese momento, un deslumbrante resplandor se elevaba de Saint-Elme.

—Está ardiendo la iglesia... —murmuró.

Pobre iglesia, destruida en 1914 y orgullo de Saint-Elme, porque un arquitecto audaz la había reconstruido con piedras polícromas. La iglesia en la que habían bautizado a Colette... Pensó en Guy, en Colette y en Agnès con desgarradora ternura. Levantó la carretilla y llevó a la anciana en brazos hasta ella.

—Bueno, ya ve, no le ha pasado nada. ¡Venga, chicos, subid deprisa!

Por fin, divisó el bosque del Coudre.

—¿¿Queda sitio por ahí?! —gritó.

Oyó ruidos entre la maleza. Unos rostros ansiosos asomaron tras los arbustos.

—¿Está ardiendo el pueblo?

—Sí, por el lado de la estación y la iglesia.

—¡Cerca de mi casa!... —exclamó una mujer, echándose a llorar.

—Encárguese de los niños y esconda la carretilla un poco más allá —le ordenó Pierre—. Y felicite de mi parte a la señora François. Es una vergüenza lo que ha hecho: huir abandonando a los niños.

—¡Si es que estaba borracha!

Se alejó de la mujer, tranquilo respecto a la suerte de los supervivientes: la indignación que sentía hacia la señora François le haría olvidar sus propias desgracias y le daría fuerzas. Una vez más, volvió a Saint-Elme. Qué largo le parecía aquel camino que normalmente hacía en unos instantes al

volante de su coche. Aquel camino que, en su juventud, lo llevaba a sus citas con Agnès. Si había que morir, daba igual que fuese allí, en aquel camino del que conocía y amaba cada piedra.

Delante de Saint-Elme parecía alzarse una cortina de llamas. Pierre la atravesó corriendo (nunca supo cómo lo consiguió) protegiéndose la cara con las manos.

—¿Hay alguien ahí?! —gritaba—. ¿Queda alguien?! ¡Contesten!

Pero sólo le respondía el fragor del fuego. Las vigas caían a su alrededor y se partían. La fábrica ardía. Se dio de bruces con unos hombres: acarreaban cubos de agua, en un vano intento de apagar las llamas. Saint-Elme estaba perdido. Lo único que se podía hacer era averiguar si todavía quedaban personas entre las ruinas. Pierre iba de calle en calle, cegado, ahogado por el humo. Perros encadenados, abandonados por sus dueños, llenaban el aire con sus trágicos aullidos y el ruido de sus frenéticos tirones. Uno de ellos consiguió arrancar la cadena y pasó a su lado como una exhalación; corría y ardía en plena carrera. Pierre vio un bulto en mitad de la calle. ¡Un bebé! ¿Qué hacía allí? Aún vivía. Se lo metió bajo la chaqueta. Pasó ante la casita donde apenas una hora antes había hablado con el viejo obrero: estaba envuelta en llamas y el anciano había huido. Ahora Pierre también huía estrechando al niño contra su cuerpo. De vez en cuando, barreras de fuego y humo le cortaban el paso, pero él las sorteaba o las atravesaba, no sabía cómo. Parecía dotado de una fuerza y una agilidad sorprendentes. Por fin, se vio en el camino. Corrió, se arrastró, cayó y volvió a levantarse, con los ojos siempre fijos en el bosque, angustiado, sintiéndose responsable de cada ser humano escondido allí, del aliento que exhalaba cada uno de aquellos pobres pechos. Pero el bosque estaba intacto. Rodó por la hierba hasta los pies de unas mujeres que escrutaban el horizonte y que gritaron a coro:

—¡Señor Hardelot!

Con la ropa hecha jirones y el pelo y las cejas socarrados, su aspecto era estremecedor. El bebé apareció bajo la chaqueta, envuelto en sus pañales.

—¡Mi pequeño! —gritó una mujer riendo y chillando histéricamente—. ¡Mi Jeannot! ¡Creía que estaba con su abuela! ¡Oh, señor Hardelot, gracias!

Trajeron agua y le lavaron la cara y las manos. Luego, contemplaron el incendio sentados en la hierba. A ratos, las llamas eran tan fuertes que se veía claramente lo que devoraban y, entonces, en la oscuridad se oía un lamento, un grito:

—¡Eso que arde es mi barrio, mi casa! ¿No se podía haber hecho algo, señor Hardelot?

—No, nada. Pero estamos vivos. Lo demás tiene arreglo. Saint-Elme ha sido destruido muchas veces. Lo reconstruiremos de nuevo. No llore, señora Vandeeke, y deme de beber, por favor —pidió Pierre, y su voz clara, baja y áspera no había cambiado, pensaron las mujeres.

Durante la noche y todo el día siguiente vieron arder Saint-Elme. También vieron pasar a los soldados que retrocedían tras la batalla librada en el canal y, por desgracia, perdida una vez más, y avanzar entre las ruinas a los primeros alemanes.

No podían pensar en organizar la defensa; no disponían ni de hombres ni de armas.

—Ahora hay que marcharse —opinaron las mujeres—; ir por caminos apartados e intentar llegar a Arras.

—No, es inútil —replicó Pierre—. Es igual en todas partes. Lo que tenemos que hacer es volver a nuestras casas. Reconstruir lo que se pueda y esperar tiempos mejores.

Lentamente, todos fueron regresando a Saint-Elme.

LOS refugiados huían hacia el sur, hacia el Loira. Los coches circulaban día y noche. Por las matrículas se podía saber qué departamentos estaban amenazados. Al principio, sólo las provincias del norte y el este iban despoblándose, y la gente, al recordar la campaña de 1914, negaba con la cabeza y decía: «Siempre sufren los mismos.» Luego evacuaron a los habitantes de Reims y sus alrededores ordenadamente; éstos no parecían haber pasado demasiadas penalidades durante el viaje. A continuación, la región parisina se sumó al éxodo, seguida por Dijon, Belfort y el Yonne. Y por fin aparecieron los restos de los regimientos, sus vehículos y carros, todavía camuflados con ramas y hojas, sobre los que las mujeres y los niños recogidos por el camino iban tumbados junto a los soldados exhaustos. Agnès había conseguido comprar gasolina entre Arras y Saint-Quentin. Conducía ella; Simone parecía estar agonizando y Rose, pese al cansancio del embarazo y los dolores que empezaba a sentir en la espalda y las piernas, ayudaba a su suegra como podía y se sentaba al volante cuando Agnès necesitaba descansar, porque parar era impensable. En los pueblos ya no quedaba ni una habitación, ni una cama, ni un metro cuadrado libre; había que avanzar costara lo que costase. Se libraron del bombardeo de Vierzon de milagro: una hora después de que pasaran ellas, las bombas cayeron sobre el aeródromo. A partir de allí, abandonaron la carretera general y siguieron caminos rurales, menos concurridos y amenazados. Pero eran interminables. Daban vueltas y más vueltas, y siempre estaban en el mismo sitio. Era para volverse loco. Llamaban a las puertas, en vano; las casas estaban vacías y cerradas a cal y canto. Algunas habían sido forzadas y saqueadas por los refugiados. Seguían avanzando.

Caía la noche. Habían conseguido fruta en un pueblo y, más adelante, en la cantina de una estación, pudieron comprar un poco de caldo. Rose no había dicho una palabra en todo el día. Rodeaba a su madre con un brazo y, de vez en cuando, le retiraba los mechones grises que le caían sobre los ojos.

Llegaron a una pequeña localidad del centro de Francia, donde el caos no era tan grande. Aún se confiaba en que las montañas del Morvan detuvieran al enemigo. En un pequeño café, Agnès consiguió té caliente para Simone, cerveza y fruta.

—No se lo diga a mamá —le susurró Rose a su suegra mientras descansaban—, pero creo que no puedo seguir. ¿Habría hospital aquí? ¿O al menos un médico o una comadrona que puedan atenderme? Creo... creo que me falta poco.

—No te asustes —repuso Agnès con suavidad.

—No estoy asustada —aseguró la joven—. Pero sé que no podré seguir.

—Voy a dar una vuelta por el pueblo —dijo Agnès tras pensar unos instantes—. Seguro que encuentro una cama.

En el hospital, un camión acababa de traer a los heridos de un bombardeo; como faltaban camas, los acostaban en el suelo de las salas. En los escasos hoteles, la gente dormía sobre los billares, en los lavabos, en los pasillos. Era junio y hacía un calor sofocante. Para ahorrar gasolina, Agnès recorría a pie las calles. Todas se parecían, con sus casitas bajas y aquellos jardines llenos de rosas. Agnès atravesó un puente; sentados en el pretil, dos niños de mejillas morenas contemplaban con sumo interés el desfile de coches. Agnès, agotada, se detuvo un instante junto a ellos.

—Cuántos coches, ¿eh, señora? Un montón... —le dijo uno de los niños con expresión arrobada.

Ella pensó que no debía de haberse movido de allí en horas y que probablemente en ese momento era el único ser humano feliz en toda Francia.

—¿Te gusta? —le preguntó, sonriéndole.

—¡Uy, ya lo creo! —respondió el chico, sacándose una manzana del bolsillo para darle un mordisco.

Agnès se dio cuenta de que el niño había alcanzado el colmo de la felicidad.

—¿No sabrás por casualidad si hay algún hotel o casa donde podamos alojarnos? Me acompañan otras dos señoras y una está muy enferma.

—¿Son refugiadas?

—Sí.

—Yo también. A mi mamá la evacuaron aquí con todos los de su fábrica y mi papá es soldado.

—Entonces, debes de conocer el pueblo muy bien. A ver, piénsalo. ¿No hay algún sitio donde podamos pasar la noche?

—En casa de mi tía hay mucha gente —terció el otro niño—. Pero a lo mejor queda alguna habitación. Es una casa muy grande —añadió con orgullo.

—¿Y dónde vive tu tía?

—Pues hay que salir del pueblo y luego, casi enseguida, girar a la izquierda. Es un molino.

—Bueno, muchas gracias. Voy a intentarlo —dijo Agnès.

Volvió al café, hizo subir de nuevo al coche a Simone y Rose y se dirigió al lugar indicado. En efecto, era un molino: el agua corría con un fresco y alegre borboteo bajo el arco de un viejo puente. La molinera alzó los brazos al cielo.

—¿Una habitación? No, señora, imposible. Ya tenemos gente de París que llegó ayer. Les dejé mi cuarto y ahora duermo en la cocina.

—Sólo necesitamos un rincón, un poco de sitio para mi hija —dijo Agnès en tono de súplica, abriendo la puerta del coche y mostrándole a Rose.

—Pasen a descansar —dijo la molinera, esbozando un gesto de lástima.

Al entrar en el viejo molino, vieron que en la sala ya había varias personas. Al reparar en Rose, una joven rubia y maquillada se puso de pie.

—Siéntese aquí, señora —propuso, ofreciéndole su sillón a la embarazada, que se dejó caer en el cojín de cretona con un sordo gemido a la vez de alivio y dolor, y cerró los ojos.

También le hicieron sitio a Simone. Agnès se sentó junto a ella y le puso la mano en la frente, que le ardía.

—Rose... ¿tiene dolores? —murmuró Simone con esfuerzo.

—Creo que el niño está al llegar —contestó Agnès—. Pero la molinera me ha explicado que hay un buen médico muy cerca de aquí. No se desanime, Simone. Creo que estamos en sitio seguro. ¡Si pudiéramos encontrar una habitación! —exclamó bien alto adrede.

—Disculpen, pero no he podido evitar oírlas —terció entonces la joven rubia que había cedido su asiento—. Por supuesto que pueden ocupar mi habitación, yo pasaré la noche aquí, en un sillón. De verdad, no me importa lo más mínimo. Venga conmigo —dijo, cogiendo de la mano a Rose—. Ahora mismo va a acostarse y descansar. La habitación es grande y luminosa, y hay una hamaca para la señora —añadió, volviéndose hacia Simone—. Lo que no sé es dónde ponerla a usted —le dijo alegremente a Agnès.

—¡Oh, no importa! —exclamó ésta sonriendo con gratitud—. ¡No pasa nada, se lo aseguro! No sé cómo agradecerse, señora.

Hicieron subir a Rose y Simone. La habitación, con suelo de madera sin alfombras, estaba muy limpia. Prepararon la cama.

—He mandado a mi hijo a buscar al médico —dijo la molinera.

Agnès se presentó a la joven que había cedido su habitación a Rose.

—¿Hardelot? —exclamó la desconocida con un gesto sorprendido.

—¿Nos conocemos?

—Me llamo Nadine Laurent.

—Le estoy sumamente agradecida —declaró Agnès con una mirada de gratitud.

La joven salió guardando silencio. Al final del pasillo, se volvió hacia Agnès y le dijo:

—Si me necesita, no dude en llamarme.

—¡Sí, sí, muchas gracias!

Le habría gustado abrazar a aquella joven, gracias a la cual habían encontrado un sitio, un refugio, un lugar donde descansar. Lo demás ya se arreglaría. Rose era fuerte. El niño, el hijo de Guy, viviría. Al menos quedaría ese niño si los demás...

—Guy... —murmuró Agnès, experimentando un instante de flaqueza y ocultando la cara entre las manos—. Pierre...

Pero no era momento para llantos, Rose la necesitaba. Tenía que calentar agua y sacar del coche el pequeño botiquín que había podido comprar en Arras. Y conseguir pañales en el pueblo, lo cual sería fácil. Todas las mujeres de la casa pusieron manos a la obra. Una de ellas entró seguida por una monja, cuya gran toca enmarcaba un rostro joven y bondadoso.

—Vengo a ofrecerles mis servicios, señora. Mientras llega el doctor, podría atender a la parturienta...

Se acercaba el anochecer. Todas las noches de ese mes de junio fueron serenas, espléndidas y solemnes. El cielo se inclinaba con solícita dulzura sobre la tierra devastada, sobre las ciudades en llamas, sobre los pobres humanos sin pan ni refugio, prodigándoles en vano su aire fragante y la claridad de sus estrellas, que nadie miraba.

El niño vino al mundo a las cuatro de la madrugada. Era un bebé precioso, y Rose apenas sufrió. La molinera bajó del granero la cuna que habían utilizado sus hijos, ahora ambos en la guerra. El pequeño capazo de mimbre se mantenía en buenas condiciones. En el asta, anudaron a toda prisa una ancha cinta azul celeste un poco descolorida. Cuando llamaron a la puerta, Agnès fue a abrir y se encontró ante la joven que les había cedido la habitación.

—Los alemanes llegarán dentro de una hora —explicó—. ¿Qué hacen ustedes? Todo el pueblo se va.

Agnès le señaló la cuna. La joven se inclinó hacia ella.

—¿Cómo, ya? El ruido del agua debe de haber ahogado los gritos, porque no he oído nada. ¿Es un niño?

—¡Oh, Rose apenas ha gritado, es fuerte! Sí, es un chico.

—Entonces, se quedan, claro...

—Sí, claro. ¿Y usted?

—No tengo gasolina.

—Puedo darle los dos bidones que me quedan. Al fin y al cabo, estaremos inmovilizadas aquí al menos diez días.

—Es usted muy amable —murmuró la joven.

Inclinada sobre el recién nacido, lo contemplaba con extraña y sorprendente emoción.

—¿No tiene usted hijos? —le preguntó Agnès.

La joven negó con la cabeza. El alba, rosa, fresca y alegre, iluminaba sus tensos rasgos. Arrodillada junto a la cuna, volvió la cabeza.

—¿Cómo está Guy, señora? —preguntó en voz muy baja.

Agnès la miró estupefacta y, de pronto, recordó algo. ¿De qué le sonaba aquel nombre, Nadine? ¡Claro, lo decía Guy mientras deliraba! ¡Qué lejos quedaba aquello, Dios mío!

—¿Conoce a mi hijo?

—Sí... Yo... —Nadine calló.

—No tengo noticias de él —murmuró Agnès.

Del exterior llegaba el profundo e inolvidable rumor que asciende de las poblaciones y las carreteras cuando se acerca el enemigo. Los postigos se cerraban; la gente echaba la llave a las puertas, enganchaba los caballos, cargaba las carretillas... En la calle, los niños, medio dormidos, nerviosos y contentos ante la perspectiva del viaje que emprendían, reían y miraban el cielo. El sol brillaba y el agua, verde y espumosa, corría al pie del molino.

Rose llamó. La monja acudió a la cabecera de su cama, le arregló la almohada y le dio de beber. Nadine se levantó.

—¿De verdad podría darme gasolina?

—Por supuesto.

—No sé si debería aceptar.

—Yo he aceptado la habitación para mi nuera.

—Oh, por favor, eso no ha sido nada.

Ahora hablaban en un tono frío y forzado. Alrededor, la amplia habitación iluminada por el sol naciente, el desnudo entarimado, que crujía bajo sus pies, el rumor del agua, sus palabras, todo tenía la fluidez, la inconsistencia de los sueños. Agnès acompañó a la antigua amante de Guy al pequeño cobertizo donde había aparcado, le dio los dos bidones de gasolina, le estrechó la mano y la vio alejarse. A continuación, subió de nuevo al cuarto de Rose. Trastabillaba un poco; estaba tan cansada que las piernas le fallaron dos veces y tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer. Todos los viajeros se habían ido; la cocina y la gran sala se hallaban desiertas. Pero la molinera, impertérrita, molía café junto al fuego. Agnès se sentó, o más bien se dejó caer en una sillita baja. Se sentía agotada, tranquila, desconectada del mundo. Había cumplido su tarea hasta el final. Se había separado de Pierre para seguir hasta allí a aquella chica, a Rose, a la que no quería y a la que había asistido cuanto había podido. Había ayudado a nacer al hijo de Guy. Ahora sólo le quedaba resignarse, tener esperanza, aguardar.

Al cabo de unos instantes, la monja se unió a ellas dejando abierta la puerta de la habitación donde Rose descansaba. El café olía bien. La molinera cortó pan recién hecho. La noche había acabado.

EL armisticio estaba firmado. Los soldados alemanes habían ocupado el pueblo; ahora, algunos dormían en el molino, donde desde el amanecer la molinera les preparaba tortillas y filetes. Rose se había levantado; el niño estaba bien. El descanso había reanimado a Simone, pero era evidente que la mejoría sólo era pasajera: parecía herida de muerte. Los teléfonos volvieron a funcionar entre la zona ocupada y el resto de Francia, así que pudieron avisar a los parientes de Simone en el Languedoc. Un día, un coche vino a buscar a las señoras Renaudin y Harelolot. Ya se podía viajar; los alemanes habían restablecido la circulación por las carreteras y puesto orden en el espantoso caos del éxodo. Agnès hizo la maleta, besó al niño y se despidió de Rose y Simone. Regresaba a casa. Quería reencontrarse con Pierre y Saint-Elme. Los demás ya no la necesitaban.

—No podrá llegar —le aseguró Rose.

Estaba convencida de que Saint-Elme habría quedado destruido y Pierre se habría marchado, si no había muerto.

—Seguro que se ha ido —le insistió a su suegra—. En casa de nuestras primas podrá dar con usted sin dificultad. No se habrá quedado en el norte, que, según dicen, está arrasado. Sería una locura.

—Sigue en casa, estoy segura. No abandonaría Saint-Elme. Sólo quedaba él para ocuparse de todo.

—Pero si Saint-Elme ya no existe, no habrá permanecido allí para cuidar de las ruinas...

—Pues sí, precisamente. En la guerra del 14, mi suegro se quedó.

—Fue distinto.

—Guy también se habría quedado, hija.

—No la dejarán volver —repitió Rose.

—Me las arreglaré.

Así pues, se separaron, una emprendiendo el camino hacia el sur y la otra regresando al norte, a una región de la que nada se sabía, que parecía aislada del resto del mundo. Agnès llevaba en ruta toda la mañana cuando se enteró de que se había establecido una línea de demarcación en el Loira y estaba prohibido cruzarla. «Si me hubiera ido con Rose —pensó—, jamás habría podido reunirme con mi marido.»

Ni por un momento dudó que estuviera vivo; sabía que lo encontraría. Seguía adelante incansable, sorteando los peligros con la seguridad de una sonámbula que camina por el borde de un tejado, impulsada por una fuerza interior que le decía qué debía hacer y decir.

Le negaban los salvoconductos necesarios. Le negaban la gasolina. La echaban. Pero ella volvía a la carga, esperaba durante horas en la Kommandantur.

—Tengo que reunirme con mi marido —les decía—. Tengo que volver a mi casa. ¿No comprenden, señores, que he de volver a mi casa?

Y conseguía lo que quería. Hasta la siguiente etapa. Cuando gastó la última gota de gasolina, continuó viajando en los camiones o las carretas que encontraba. Entonces se restableció la circulación ferroviaria y al fin pudo descansar en la banqueta de un vagón de tren. Pero, no muy lejos de Saint-Elme, empezaba de nuevo una zona prohibida. Pasó más de un mes a unos kilómetros de su casa, sin saber si Pierre estaba vivo o muerto, sin noticias de Guy ni de Colette, porque las comunicaciones postales habían quedado suprimidas entre la zona ocupada por los alemanes y la zona libre.

Francia ofrecía un espectáculo de desolación que encogía el corazón. Por doquier ruinas, por

doquier la angustia, el luto, las lágrimas y una especie de estupor que oprimía las almas. Los actos de la vida cotidiana se realizaban mecánicamente, sin creer de verdad en esa vida. Como cualquiera, Agnès mostraba a los demás un rostro tranquilo, un aspecto digno y sereno. Era una cuestión de amor propio: cada cual debía guardar para sí sus amargos pesares, sus lágrimas, su miedo al futuro.

Y un día el milagro que tanto había esperado se produjo. En una lista de prisioneros, leyó el nombre de su hijo, y poco después consiguió al fin permiso para volver a Saint-Elme.

Hizo el trayecto con otros refugiados, en un camión del ejército alemán. En cada parada, las mujeres que viajaban con ella se informaban sobre los pueblos destruidos, pero ella no quería enterarse. Prefería mantener la esperanza en su corazón, como se protege con la mano la vacilante llama de una vela. Mientras la alentara en su interior, ella sería invencible, y lo sabía. Nada podría detenerla. No conocía ni el cansancio ni el hambre. Y esa esperanza y sus oraciones protegían a su marido y su hijo.

Vio casas en ruinas, un puente destruido y, por fin, un desierto calcinado: Saint-Elme. Unos hombres trabajaban en la carretera, derribando tambaleantes muros a golpes de piqueta. Eran obreros de la fábrica. Agnès los llamó. Lentamente fueron acercándose, mientras ella, con horrible angustia, intentaba intuir en sus rostros la suerte de Pierre.

—¿Y mi marido? —les preguntó con un hilo de voz cuando estuvieron junto a ella—. ¿Saben dónde está mi marido?

—Está en la cantina, señora Hardelot. Se alegrará mucho.

—Entonces, ¿está vivo? —insistió Agnès, sintiendo que una felicidad casi dolorosa le llenaba el pecho.

Pálida, se llevó las manos a los labios y los apretó contra la alianza para no gritar.

—¿Lo han herido? —preguntó después de un breve silencio.

—No, señora. ¡Tuvo mucha suerte!

La cantina era un cobertizo de madera construido a toda prisa, en el que daban de comer a los niños. Allí estaba Pierre. Agnès se detuvo en el umbral, temblando tanto que no podía moverse. Como si hubiera adivinado su presencia, él se volvió y avanzó hacia ella.

—¿Eres tú? ¡Al fin, Dios mío! —exclamó Pierre—. ¡Eres tú!

Todos los miraban. Se besaron rápida y torpemente. Ningún beso, ningún abrazo podía expresar la alegría de sus corazones.

—Guy está prisionero, ¿lo sabías? —susurró Agnès.

—Sí. ¿Y Rose?

—Tuvo un niño muy guapo. ¿Y aquí?

—Aquí, ya lo ves... —respondió Pierre.

—Lo reconstruiremos. Nos las arreglaremos. Sobreviviremos.

Agnès ocultó el rostro entre las manos.

—Estás agotada, mi pobre mujer —dijo Pierre mirándola con ternura.

Pero ella ya no sentía ni cansancio ni tristeza. Tenía la sensación de haber recogido su cosecha, de haber recibido todas sus riquezas, todo el amor, la risa y las lágrimas que Dios le debía, y de que ahora que todo había terminado, ya sólo le quedaba comerse el pan que había amasado y beberse el vino que había prensado; había hecho acopio de todos los bienes de este mundo, toda la amargura y la dulzura de la tierra habían dado su fruto. Acabarían su vida juntos.

Los bienes de este mundo

Irène Némirovsky

ISBN edición en papel: 978-84-9838-575-5

ISBN libro electrónico: 978-84-15630-61-6

Depósito legal: B-9.115-2014

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2014

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Les Biens de ce monde*

Traducción del francés: José Antonio Soriano Marco

Copyright © *Éditions Albin Michel, 1947*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2014*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª — 08018 Barcelona — Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Contenido

Portada

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

Créditos